



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Postgrado
Programa de Magíster en Estudios de Género y Cultura
Mención Ciencias Sociales

**MASCULINIDADES RURALES:
CONTINUIDADES Y TRANSFORMACIONES GENERACIONALES EN LAS
IDENTIDADES DE GÉNERO EN LA LOCALIDAD DE NILAHUE**

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE MAGISTER EN ESTUDIOS DE GÉNERO
Y CULTURA, MENCION CIENCIAS SOCIALES**

**Alumna: CAROLINA GONZÁLEZ CÁRDENAS
Directora de tesis: LORETO REBOLLEDO GONZALEZ**

**Santiago de Chile
Julio 2013**

INDICE TESIS

A.	Introducción	2
B.	Planteamiento del Problema de Investigación	4
C.	Objetivos	6
	Objetivo General.....	6
	Objetivos Específicos.....	6
Capítulo I		
	Antecedentes	7
	Características sociales de la Hacienda chilena.....	7
	El Valle de Colchagua.....	15
	Pumanque y Nilahue.....	16
Capitulo II		
	Marco teórico-Conceptual	18
	Identidades de género.....	18
	Masculinidades.....	19
	Proceso de socialización de la Masculinidad.....	23
	El Patriarcado.....	24
	Las relaciones de poder y violencia en la masculinidad.....	26
	Lenguaje sobre el cuerpo y la sexualidad.....	28
	División de roles de Género.....	28
	Tipo de masculinidades.....	29
	El Cambio en la conformación identitaria.....	32
	Marco Metodológico	34
	Enfoque Metodológico	34
	Métodos y técnicas de recopilación de Información.....	36
	Campo y Universo de Estudio.....	38
	Informantes.....	39
Capitulo III		
	Análisis de las Configuraciones de identidades de Género	40
	Tipología de masculinidades.....	42

Proceso de socialización de la Masculinidad: Relaciones maternas/paternales.	49
Herencia de la tierra, línea padre.....	58
Convivencia sin matrimonio (Hasta generación intermedia).....	59
Experiencias de socialización entre pares y el paso y consolidación de la adulterz.....	60
Espacios de Homosociabilidad.....	60
Ritos de validación entre pares.....	70
Establecimiento de la familia y la importancia del trabajo.....	75
Estereotipos, Roles de género y la división sexual del trabajo.....	75
El Trabajo como rol masculino y paso a la adulterz.....	78
La sexualidad, y la visión sobre la mujer.....	82
La Doble moral.....	85
La doble moral sexual: Infidelidades y sexo casual.....	85

Capitulo IV

Factores de Cambio.....	90
Proveedor y padre paternidad.....	90
Paternidad más responsable, más cercana y comunicativa.....	90
Familias más pequeñas y “desintegradas”.....	94
Afectividad: Hombre más emocionales y sentimentales.....	98
Percepción del Cambio Femenino.....	100
Mujer Proveedora.....	100
La sexualidad de ambos.....	103
Las relaciones de poder y violencia en lo público y en lo privado: cada vez más críticos.....	104
Cambios contextuales.....	108
Valoración de la Educación como factor de movilidad social y estatus... ..	108
Identidades juveniles en época de Modernización y Globalización... ..	111
Los Jóvenes más urbanos tienen otros sueños	114
D. Conclusiones.....	116
Transformaciones de la identidad masculina en contexto Rural.....	116
E. Bibliografía General.....	132
F. Anexos.....	138

A. Introducción

Esta investigación¹ da cuenta de las transformaciones y continuidades en las identidades masculinas rurales, de sus percepciones, valores y significados, a través de las últimas décadas, a partir de los cambios estructurales y socioculturales acaecidos en nuestro país en el mundo rural que modificaron y modifican los modos de ser y vivir de hombres y mujeres.

La obtención y posterior pérdida de tierras, los cambios en lo laboral que modificaron las inserciones de los trabajadores de permanentes a temporales, la educación obligatoria, la apertura del mundo rural a un mundo globalizado y a los procesos modernizadores incentivados por políticas estatales sucedidas desde los años 70, profundizadas en las últimas décadas del siglo XX y comienzos del nuevo milenio, fueron modificando los roles de productividad y las relaciones de género que venían reproduciéndose en el marco "patriarcal" tradicional de las haciendas y en la propia visión e identificación de una masculinidad normativa y hegemónica.

Estas modificaciones en las identidades de género son las que el presente trabajo expone, entrelazando los procesos de construcción de identidad con las transformaciones estructurales, sociales y culturales, con el fin de conocer y comprender los cambios y continuidades identitarias de la masculinidad, específicamente en hombres residentes en áreas rurales de la localidad de Nilahue, Valle de Colchagua, en la VI región.

Con el fin de obtener la información necesaria para dar cuenta de estos elementos identitarios, la investigación se realizó observando y entrevistando a hombres de edades diversas, desde los 15 hasta los 75 años: Los de la generación mayor, (hombres desde los 60 años) tienen una historia de trabajo como inquilinos en fundos de la zona, ubicados en la comuna de Pumanque, y que hoy residen en la localidad de Nilahue, dedicándose a agricultura doméstica, al ganado, o a trabajar en los fundos y viñas instalados en el sector. Los hombres de la generación intermedia, cuyas edades están entre los 30 y los 59 años, al igual que los de la generación mayor, se desempeñan, como trabajadores dependiente de viñas y fundos cercanos de forma temporal, mientras que los jóvenes (desde los 15 hasta los 29 años), estudian en escuelas, liceos, internados o en universidades.

¹ La investigación se realizó enmarcándose en el Fondecyt adjudicado para el periodo 2012-2015, por el equipo conformado por Ximena Valdés, Loreto Rebolledo y Viviana Manríquez.

Ellos fueron entrevistados en la propia localidad, en sus propios hogares o en sus lugares de trabajo, con el fin de conocer sus labores, sus costumbres y sus actividades cotidianas, y a la vez, crear un ambiente de confianza y distensión.

En este sentido, nuestra investigación realizó una comparación de generaciones de hombres trabajadores, herederos del mundo hacendal, entregándonos una visión sobre las variaciones de los procesos ocurridos en el ámbito público y privado de las masculinidades, en las relaciones sociales de género y en las relaciones intergeneracionales.

El texto está organizado en cuatro capítulos, el primero de los cuales presenta los antecedentes históricos de la zona, donde se explican los procesos sociales de las haciendas ubicadas en el Valle central, para luego dar una descripción de la zona estudiada. El segundo capítulo abarca los marcos teóricos y metodológicos que orientan el trabajo. El tercer capítulo recorre los factores analizados de la masculinidad que muestran una continuidad en la configuración de la identidad de género rural. Posterior a éste, en el cuarto capítulo, se despliegan los elementos de cambio y transformación de la construcción de género masculino, considerando las percepciones frente al cambio, frente a los otros varones rurales de distintas generaciones, y sobre sí mismos como agentes portadores de una identidad local específica, diversa y dinámica. Finalmente, se presentan las conclusiones analíticas que entregan la reflexión y la investigación.

En los apartados destinados al análisis, se estructuraron los distintos factores que caracterizan las configuraciones de las masculinidades tradicionales, considerando las distintas generaciones de hombres herederos del sistema de hacienda y fundos. Para esto, hemos organizado el relato estableciendo las diferencias y similitudes intergeneracionales a partir de los recuerdos de las relaciones maternas/paternales, las experiencias de socialización entre pares y el paso-consolidación de la adultez, considerando la sexualidad, la violencia, y la visión de la mujer, el establecimiento de la familia y la paternidad, para finalizar en la importancia del trabajo y la política en su constitución viril.

De este modo hemos querido demostrar la construcción y reconstrucción social de las identidades masculinas, en relación a su contexto cultural, incorporadas en las subjetividades socializadas que configuran las identidades de género a lo largo de sus ciclos vitales.

B. Problema de Investigación

Los fenómenos que afectan al mundo rural, laboral y familiar van a constituir un escenario de surgimiento de nuevas identidades de género, las que se verán afectadas según la generación de pertenencia, la actividad productiva desempeñada y lugar de residencia en el espacio rural.

La pregunta de investigación que orientó nuestra tesis fue: *¿De qué manera se conforman las **identidades masculinas** actuales en distintas generaciones de **herederos del sistema hacendal y de fundos**?*

Ello se fundamenta en que, a pesar de existir estudios sobre el mundo rural que dan cuenta de los cambios en la tenencia de la tierra, las relaciones de trabajo, actividades económicas, aportes de las mujeres a las economías campesinas y feminización del trabajo en la agroindustria, existen pocos trabajos de investigación que aborden los procesos de cambios estructurales y culturales y su incidencia en las construcciones identitarias de hombres y mujeres y en las relaciones de género. Y, si bien hay acercamientos al tema, tienen una menor densidad en estudios sobre identidades masculinas en el medio rural.

En Latinoamérica, diversas investigaciones sobre masculinidades han insistido en la necesidad de abordar y propiciar transformaciones en los hombres como estrategia importante para avanzar hacia la equidad de género (Faur, 2004 y 2006), sobre todo con una perspectiva relacional que considere aspectos espaciales, generacionales, de clase y étnicos, entendiendo como funciona el sistema de género en cada uno de los contextos. De esta manera, esta investigación busca ser un aporte a los estudios sobre las prácticas masculinas (paternidad, sexualidad, homosocialidad y violencias, entre otras) que tanto en lo particular como en lo colectivo están sujetas a los momentos históricos y a las dinámicas culturales en la cual se desarrollan (Tovar y Pavajeau, 2012). Es por esta razón que consideramos que a través de la incorporación del género en la producción de conocimientos, a partir del estudio histórico, del tejido social, de las instituciones y las mentalidades (Guzmán & Salazar, 1992), se podrá consolidar el camino que nos permitirá comprender los elementos tradicionales o innovadores de la subjetividad masculina a nivel nacional y local.

La importancia de una investigación sobre los cambios en las formas de vida de los hombres del mundo rural y los patrones de masculinidad presentes y tradicionales, radica en que, no sólo es fundamental para entender a las poblaciones rurales, sino para el conjunto de la sociedad chilena. Pues se pueden abrir nuevos espacios de reflexión sobre la reconfiguración de las masculinidades y la valoración de los cambios como un proceso que produce tensiones, reacciones y transformaciones en sus subjetividades de género, vinculándose además con las nuevas formas de interrelación entre los diversos actores.

De esta manera, se contribuye a la reflexión y problematización en torno al conocimientos sobre temáticas tales como Género y Cultura, integrando la perspectiva de género a los nuevos procesos de cambio sociocultural que acontecen en nuestra sociedad, construyendo, finalmente, una visión crítica que promueva procesos de deconstrucción identitaria y transformación de las subjetividades hacia mayores grados de equidad de género.

Los objetivos que se propuso esta investigación fueron los siguientes:

C. Objetivos

Objetivo General

Establecer y analizar los cambios y continuidades identificando las diferencias y similitudes en la configuración de las identidades masculinas a través de distintas generaciones de hombres rurales, herederos del sistema de inquilinaje hacendal, en el valle central de Chile, específicamente en la localidad de Nilahue, Comuna de Pumanque, VI Región.

Objetivos Específicos

- a. Dar cuenta de la **configuración de las masculinidades** a través de distintas generaciones de hombres herederos del sistema de hacienda y fundos.
- b. Establecer cuáles son los **factores de continuidad y de cambio que modelan las identidades** de los hombres de generaciones distintas herederos del sistema haciendas.
- c. Indagar **cómo son experimentados los cambios** en la conformación de identidad masculina y en las relaciones de género, según actividad, circunstancias y lugar de residencia.

CAPITULO I

Antecedentes

Características sociales de la Hacienda chilena

La hacienda fue una de las bases sobre la cual descansó la estructura social chilena durante un largo período. El orden jerárquico imperante en el área rural (patrones, mayordomos, inquilinos y peones) reflejó el ordenamiento semiestamental que caracterizó a nuestro país durante los siglos XVII, XVIII, XIX y parte del siglo XX.

Al desarrollarse como un espacio de resistencia y hermetismo frente a los cambios institucionales, políticos y jurídicos, y por la misma débil figuración del Estado en la sociedad rural, la hacienda influía en el modo social del resto de la sociedad. La influencia del sistema hacendal radicaba –además de lo temporal- en la forma cómo se ejercía el poder, y en las consecuencias que esto tuvo para la conformación de la identidad de los distintos grupos sociales y de los hombres y mujeres que habitaron el territorio.

En palabras de Bengoa, el latifundismo en nuestro país ha sido “la institución de más ‘larga duración’ que ha habido en Chile”, (Bengoa, 1990) perdurando durante siglos, con lentitud y resistencia, en los procesos de transformación, siendo la expresión más clara de desigualdad social en la sociedad chilena del siglo XX.

Diversos autores plantean que la mixtura cultural existente dentro del territorio hacendal fue marcando, poco a poco, una diferenciación, generando distintas clases sociales al interior de la misma hacienda. (Salazar, 1989, Bauer, 1994)

Los *inquilinos-arrendatarios* eran inicialmente campesinos pobres pero independientes los que, con el auge triguero destinado a satisfacer el mercado en Lima, fueron capturados por los nuevos propietarios a través de deudas y trabas a la exportación y comercio, transformándose en campesinos dependientes, una “*especie de siervo que pagaban sus contribuciones ya no sólo en especies, sino también con trabajo*” (Bengoa, 1990:15) reconociendo su vínculo personal con el terrateniente. (Bauer, 1994).

A medida que aumentaba la demanda por trabajadores, crecían las exigencias sobre éstos. Como su trabajo no bastó, tuvo que pagar con el trabajo de sus hijos, llegando incluso a exigirles que aportaran mano de obra adicional (parientes o afuerinos), en calidad de “obligados”. (Salazar, 1989; Bengoa, 1988; Rojas, 2004;

Gómez, 1990)

Las esposas de los “empleados” del campo trabajaban en las haciendas como empleadas domésticas, cocineras o lavanderas. A un nivel siguiente al de los capataces y mayordomos se encontraba una serie de trabajadores especializados, los que eran traídos desde la ciudad, aunque generalmente, se reclutaba a los inquilinos de mayor confianza. (Bauer, 1994)

Otras categorías laborales presentes en el mundo rural eran los *voluntarios*, quienes surgieron como un trabajador semi-asalariado que vivía al interior del fundo, generalmente en una casa de inquilino, siendo el inicio de un asalariado (futuro proletariado rural) que trabajaba en forma estable en la hacienda, pero sin recibir regalías (Bengoa, 1990); el *gañan*, era una persona sin residencia o destino fijo, que prefirió el trabajo manual en labores rurales o urbanas, que encontraba generalmente empleos de tiempo parcial, colaborando en las cosechas o rodeos, a menudo por unas semanas al año y por una pequeña remuneración, además de la abundante comida y bebida presentes en tales ocasiones (Bauer, 1994); y los *peones*, conformados por grandes concentraciones de hombres y mujeres que se desplazaban constantemente en busca de trabajo, como una masa laboral excedente que se estancó a medio-camino entre su origen campesino y su destino proletario-industrial. (Salazar, 1989).; Bauer, 1994). Respecto a estos últimos, los hacendados fueron promoviendo su sedentarización de acuerdo a sus necesidades, (Bengoa, 1990:9) De esta manera, el peón, para “asentarse” o trabajar bajo el régimen hacendal, debía reconocer autoridad, “aceptar el salario” y así convertirse en inquilino o en “allegado” a algún pueblo, caserío o villorrio cercano a una hacienda.

La situación de no-participación de la economía salarial y de aislamiento cultural de las haciendas se reflejaba en el desconocimiento de lo ocurrido en la urbe, lo que profundizaba esta permanente relación paternalista hacendal. Todo esto formaba parte de un sistema de control efectuado con el fin de mantener las relaciones laborales tradicionales a los que estaban acostumbrados los terratenientes, y en las cuales se beneficiaban directamente. En estos mecanismos de control de la elite latifundista, la iglesia católica cumplía un rol importante a través de la prédica de un conformismo terrenal o promoviendo los valores de los vínculos familiares, logrando retener a los trabajadores al interior de las haciendas. La pulpería y más tarde, la escuela y el reten de carabineros, continuarían con esta labor. Otro mecanismo de control era la

articulación de alianzas matrimoniales entre los mismos inquilinos para impedir que estos, al casarse con gente de ciudad, se impregnaran de los valores e ideologías socialistas y comunistas. Un modo diferente de mantener la forma tradicional de la hacienda chilena, era el control del capital de inversión de los terratenientes. El dinero acumulado en hipotecas y préstamos efectuados y las ganancias que les dejaba la minería a aquellos hacendados que eran dueños de empresas mineras, no eran invertidas en innovación tecnológica, lo que profundizaba la dependencia mutua de los inquilinos y patrones y la perpetuación de su sistema de trabajo. (Bauer, 1994)

Bajo estas formas de control, el hacendado mantuvo a la gran propiedad rural anclada en fuertes tradicionalismos por más de cien años, gracias a las alianzas, a la presión y al control político del país que poseían, al ser parte del poder legislativo y judicial, por lo que las leyes eran formuladas para ellos, lo que hacía muy difícil transformar esta situación. A comienzos del siglo XX el panorama económico para los terratenientes era favorable. La propiedad rural era un símbolo de estatus social y no importaba tanto trabajarla eficientemente.

Los hacendados y administradores intervenían directamente en los hogares inquilinos, infringiendo la autoridad patriarcal de los trabajadores, ya que además de menoscabar sus derechos patriarcales como jefe de familia en la definición del trabajo, desafiaban su derecho a definir el lugar que debían ocupar sus mujeres. Esto se concretizaba en el temor generalizado a un posible asalto sexual a una esposa o hija por parte del patrón, lo que simbolizaba una doble subordinación del campesino, el cual despojado de su dominio sexual exclusivo sobre sus mujeres, se veía imposibilitado de impedirlo. Estas violaciones terminaban por alienar a las mujeres de su comunidad.

Todo esto transformaba al interior del hogar campesino como uno de los pocos espacios en que los hombres podían ejercer su autonomía y autoridad, lo que provocaba un control excesivo de sus esposas e hijos y un involucramiento en todas las decisiones, profundizando las formas de dominación masculina al interior del hogar campesino. (Tinsman, 2009)

“Las relaciones racializadas entre patrón y trabajador eran también relaciones patriarcales. Tanto para las mujeres como para los hombres campesinos el patrón aparecía como la figura predominante y la principal fuente de poder en la sociedad rural. Pese a que algunos hacendados por herencia o subdivisión legal de la propiedad, eran mujeres, el ejercicio de la autoridad era, en general, un privilegio

exclusivamente masculino” (Tinsman, 2009:52)

Como vemos, el inquilinaje descansaba también sobre jerarquías de género establecidas tanto dentro de las familias como en las relaciones con el hacendado. En el caso de este último, tenía un poder incuestionable que determinó no sólo las relaciones que éstos establecían con el personal a su servicio, sino también marcó las que se establecieron entre hombres y mujeres, a través de normas establecidas para la organización social y las relaciones al interior de la hacienda, las cuales se transmitían como parte de la herencia paterna. (Valdés, Rebolledo & Willson, 1995)

Dentro de las mismas familias campesinas, las diferencias de género se reflejaban en la superioridad del número de mano de obra masculina, sobre todo como inquilinos. Éstos eran habitualmente jefes de hogar que dependían de los trabajadores de reemplazo y obligados provenientes generalmente de su misma familia (hijos y parientes masculinos), que bajo su mandato eran entregados a la hacienda. Mientras la mujer supervisaba generalmente el cultivo de subsistencia, a veces podían también criar animales y faenar los subproductos para consumo familiar o venta en los poblados cercanos. (Valdés, Rebolledo & Willson, 1995)

No obstante, pese a la clara distinción de actividades, no existía un patrón definido y estricto en cuanto a la división de trabajo. Esto puede deberse a que “la división de trabajo y la inferioridad adjudicada a las mujeres dentro de la población remunerada, obedecía más bien a prejuicios sociales e ideológicos, como la idea de que las mujeres eran incompatibles para determinados trabajos, y no a las supuestas diferencias naturales entre las capacidades de mujeres y hombres, lo que produjo la exclusión de las mujeres de la contratación en trabajos más permanentes y mejor remunerados. Esto profundizado por la red de factores institucionales y culturales de la sociedad chilena que establecía la autoridad de los hombres campesinos por sobre las mujeres. (Tinsman, 2009) Las mujeres, lejos de considerarse en la categoría de “empleados,” eran consideradas familiares de inquilinos, de peones residentes y de afuera, lo que la dejaba a un lado del derecho a tierra ni a casa al interior de la hacienda, permitiéndoseles solo un salario jornal, por lo general, del tipo temporal.

En cuanto a los matrimonios y las uniones consensuales, en general tenían un sesgo endogámico entre los dueños de la tierra. Este sistema de parentesco constituyó para los dueños de la tierra, una forma de preservar las propiedades. (Valdés et al., 1995) De la misma manera, dentro de los habitantes inquilinos, también se producían numerosos matrimonios y uniones, las cuales se desarrollaban dentro de

un ambiente de control hacendal.

Dentro del matrimonio, el sexo era concebido como un aspecto central de los derechos del hombre sobre sus esposas, legitimando su autoridad sobre otros aspectos personales y laborales de las mujeres. El sexo para ellas se constituía en cuanto “deber”, para la satisfacción del hombre por sobre la propia. Para ellos, era común que se vinculara el sexo con los servicios domésticos, como deberes inherentes a la esposa. Todo esto desembocaría en una violencia conyugal que encontraba su base en los celos maritales, en las infidelidades y en el no cumplimiento de estos “deberes” establecidos. (Tinsman, 2009)

En cuanto a la vida sexual, para las mujeres casadas estaba limitada al matrimonio, mientras que para los hombres, se insistía en su derecho a mantener relaciones sexuales extra maritales. Ellos poseían el privilegio sexual, la que aparecía como una de las prerrogativas de la masculinidad en el campo, sobre las mujeres y especialmente sobre una, la mujer que le sirviera en el hogar (Tinsman, 2009).

Respecto a las formas de filiación, existía la legitimada por el matrimonio y la ilegítima de los hijos nacidos fuera de él. Así, tanto peón como hacendado practicaban una poligamia temporal, manteniendo relaciones dentro y fuera de su matrimonio, lo que era fundado en su autoridad y derecho sobre el sexo. (Valdés et al., 1995)

Para esta cultura masculina fraguada en la hacienda, el protagonismo de las figuras masculinas al interior de la hacienda, tanto en lo laboral como en las actividades festivas tradicionales, se manifestaban tanto en dominar caballos como seducir a las mujeres, constituyéndolos como atributos inseparables de la masculinidad (Valdés et al., 1995).

Otro elemento que contribuyó a dotar a la masculinidad de nuevos atributos, fue el hecho de los de los jóvenes que cumplían 18 años debían presentarse en los cuarteles de servicio militar. Esto permitió el acceso a mayor alfabetización y una concepción del mundo en que la patria y la identidad nacional existían mas allá que la hacienda (Tinsman, 2009).

La movilidad masculina superaba a la femenina, al asistir a rodeos, cantinas, mercados, y ferias de actividades festivas o de comercialización.

En 1955, de 345.000 familias existentes en el campo, la mitad carecía de toda tierra y del resto, 10.000 grandes propiedades sobre 151.000 hect. concentraban el 80% de la tierra. La mayoría de los grandes predios era de tipo extensivo con baja capitalización (Chonchol, 2006).

Pese a los intentos por parte del estado por hacer extensivas las normas sociales, laborales y familiares desde las primeras décadas del siglo XX, es en la Reforma Agraria cuando éstas se univertalizan y llegan a toda la población, al iniciarse una serie de cambios profundos en las bases de las viejas instituciones agrarias, abriendo paso a la modernización del sector, liberando el mercado de trabajo y de tierras, ampliando el consumo y los servicios de educación y salud a amplios sectores. (Rebolledo, 1997) Así, la redistribución de la tierra no sólo afectó la estructura de tenencia de ésta, a la vez que terminó con las grandes haciendas, cambió las relaciones de trabajo.

Pero no todos los trabajadores fueron parte del proceso de Reforma Agraria, lo que se refleja en la declaración: “los sindicatos hacían hombres a los campesinos” lo cual manifestaba la utilización del concepto de masculinidad apropiada, denominando a los no participantes como “amarillos”, “maricones”, “mujeres” y “niñas”. Como hombres que rechazaban sus responsabilidades masculinas. Este machismo sindical fue nutrido y reforzado por el alto precio que muchos hombres debieron pagar por su participación (Tinsman, 2009:106).

Con la reforma Agraria la vida de la mayoría de los campesinos había mejorado notablemente, tanto hombres como mujeres. Además de la garantía al acceso de tierras, los salarios rurales aumentaron, la tasa de alfabetización creció, mientras disminuían los índices de mortalidad infantil y de muerte materna (Tinsman, 2009). La Reforma Agraria promovió la organización de los trabajadores agrícolas en sindicatos y la agrupación de los pequeños productores independientes en cooperativas campesinas, con el fin de lograr una mayor efectividad en la integración de sus propuestas de desarrollo e implementación de actividades de capacitación. Mientras que, para las mujeres, la reforma propuso su participación en los Centros de Madres (CEMA), lo que significó su integración al proceso de organización, y donde este sector femenino, pudo por primera vez, vivir y compartir la diversidad (Rebolledo, 1997).

Los nuevos sindicatos, significaron para los hombres negociaciones con sus empleadores por mejores condiciones de trabajo. A través de las nuevas organizaciones comunitarias, las mujeres establecieron industrias artesanales y programas educativos (Rebolledo, 1997).

No obstante, en este proceso existió una desigualdad que profundizó algunas diferencias, puesto que aumentó el poder de los hombres, por sobre las mujeres. Así, fueron los hombres los receptores directos de la tierra, eran ellos quienes constituían el grueso de los sindicatos rurales, y ellos fueron los definidos como actores principales en este proceso de Reforma del mundo rural. Esta orientación de la Reforma Agraria hacia el sector inquilino masculino, dejó fuera de sus beneficios más significativos a la fuerza de trabajo temporal (peones, afuerinos, mujeres y jóvenes) los que fueron considerados como fuerza de trabajo marginal o ayuda familiar no remunerada. Quienes fueron beneficiados por las tierras reformadas, al cambiar la relación directa con el patrón por la atención preferencial por organismos estatales, agudizan sus conductas machistas, especialmente por la interacción entre hombres en el marco de las nuevas organizaciones. (Rebolledo, 1997; Tinsman, 2009) Pese a la aparente ausencia de las mujeres del movimiento laboral, ellas cumplieron un papel fundamental en la construcción de la masculinidad del campesino, pues su marginación fue clave para constituir los sindicatos como espacios de militancia varonil.

“(...) La supuesta “naturalidad” de la autoridad sexual de los hombres sobre las mujeres condicionó divisiones de trabajo con perspectiva de género, y condicionó el consenso entre los partidos y los sindicatos rurales a través del espectro político en el sentido que la participación femenina en las luchas laborales debía circunscribirse a los roles de las mujeres como esposas y madres” (Tinsman, 2009:21).

Sin embargo, las mujeres no fueron pasivas ni excluidas. Pues, si bien la Reforma Agraria reforzaba algunas formas de dominación masculina (rol masculino de proveedor) erosionaba otras (el sentido del derecho sobre el cuerpo de las mujeres rurales), permitiendo que las mujeres vivieran y negociaran al interior del patriarcado, y, aunque éste permaneció, sufrió cambios significativos, especialmente para las mujeres (Tinsman, 2009).

La irrupción de la dictadura militar en septiembre de 1973, agudizó la proletarianización, transformando nuevamente la tenencia de tierras, pues, donde antes existieron haciendas y donde los parceleros beneficiados de la Reforma no retuvieron las tierras, aparecen propietarios con mentalidad empresarial, invirtiendo en sus explotaciones e incorporando nuevas tecnologías, reorientando la producción hacia la exportación. (Rebolledo, 1997). La presencia estatal cada vez más débil en el campo

chileno, disminuyó y restringió las posibilidades de reproducción de los parceleros de la reforma agraria y de los campesinos lo que también influyó en que las formas de trabajo se modificaran.

El proceso de globalización y los cambios en la estrategia productiva con la internacionalización de los procesos productivos, en el marco de instauración del neoliberalismo, contribuyeron a una gradual incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo temporal, desarrollando labores de tipo manual, especialmente en relación a la manipulación y embalaje de la fruta, mientras los trabajos rurales masculinos permanentes tienden a desaparecer. Esto trajo cambios en la estructura de la vida privada del mundo campesino, como también en el ordenamiento de los territorios donde se asentaban originalmente los trabajadores, formando caseríos y villorrios alrededor de los centros de trabajo, así como nuevos centros rurales y urbanos. Esto se produce sobre la base de dos procesos: la expulsión de la fuerza de trabajo por las distintas formas de tenencia de la tierra hasta los años setenta (fundos) y aparición de una nueva forma de producción (Valdés, 1998; Rebolledo, 1997; Salazar, 1989; Bengoa, 1990).

Estos cambios de vida de los habitantes rurales a través de los procesos de campesinización y descampesinización, de urbanización del campo y aparición de nuevas formas de ruralidad, del cambio de residencia, del trabajo de la mujer, y la ruptura en las relaciones comunitarias y de vecinos (Rebolledo 1997; Valdés, 1998, Salazar, 1989) provocan cambios en la provisión masculina al hogar, transformándose en una actividad compartida con la mujer, puesto que ella también contribuye con un salario, porque si bien, en el pasado también trabajaba, esto se daba en el marco de la hacienda donde el hombre era el proveedor mayor.

Esto provocó un sentimiento de no ser necesitados, en los hombres, mientras que la palabra “trabajador” y “salario” ya no eran la base para la identidad masculina ni tenían los medios para asegurar la lealtad de las mujeres. Frente a esto crecen los rumores de promiscuidad sexual de las trabajadoras de la fruta, las peleas domésticas sobre el sexo, y las acusaciones de infidelidad de las mujeres, poniendo en tela de juicio la autoridad masculina sobre las mujeres (Tinsman, 2009).

Del mismo modo, la represión a los sindicatos terminó con la vía por la que los hombres de la clase trabajadora se enfrentaban a los hombres de la elite, como participantes activos de la política nacional, y que había fomentado el sentido de

camaradería masculina. Junto a esto, se transformó las relaciones laborales y las formas de autoidentificarse con el ideal masculino de gestión política e independencia productiva desarrollado en la Reforma Agraria, al encontrarse nuevamente en una relación de dependencia y control patrón-empendedor, perdiendo todos sus derechos sobre la tierra (Tinsman, 2009).

Como vemos, todas las transformaciones acaecidas en el sector rural son experimentados de manera diferente por sujetos femeninos o masculinos, y han tenido efectos disimiles para hombres y mujeres debido a razones de género, por las diferentes significaciones y expectativas culturales sobre el deber ser y el deber hacer, lo que incluye a las diferentes inserciones económicas y sociales que se les van ofreciendo como alternativas a cada uno (Valdés et al. 1995; Rebolledo, 1997).

La generación pasada fue testigo de un modo de organización social y familiar desarrollado en el régimen hacendal que, regulaba la vida del campo por su peso político y social, a pesar de coexistir con las formas de vida propias del área de la pequeña propiedad y con una población no asentada ni dentro de las haciendas ni dentro de las comunidades campesinas (Valdés y Araujo, 1999).

El Valle de Colchagua

La provincia de Colchagua está constituida por diez comunas, Chépica, Chimbarongo, Lolol, Nancagua, Palmilla, Perarillo, Pumanque, Placilla, San Fernando y Santa Cruz. Según el Censo 2002, la población de esta provincia para ese año era de 182.330 habitantes, de los cuales 92.897 eran hombres (50.9%) y 89.433 mujeres (49.1%), donde un 47.9% correspondía a la población rural y un 52.1% a la población urbana (INE, 2002).

Esta provincia, ha sido llamada “el riñón de la oligarquía” (Bengoa, 1990:85) por ser tradicionalmente el lugar donde se ubicaban los fundos más destacados y tradicionales de las grandes fortunas de nuestro país. Del mismo, se reconoce por su patrón político definido y tradicional.

Junto con el señoralismo, Colchagua se desarrolló como una región con un fuerte paternalismo en las relaciones entre patrones e inquilinos, consolidando un sistema de inquilinaje fuertemente arraigado en la lealtad, en la religión (los patrones o "señores" eran en su mayoría católicos) entre otros valores similares.

De esta matriz cultural patronal ha surgido la mitología del campo chileno y la visión idílica del agro frente a la urbe, así como ha desarrollado la imagen del patrón

como "responsable", "ejemplo" y consejero.

El Valle de Colchagua, especialmente el Departamento de Caupolicán², se caracterizó por ser una de las áreas de mayor tradicionalismo en sus relaciones socio-laborales y en la poca tecnificación de la agricultura y en la mantención de las relaciones paternalistas. Sin embargo, en la actualidad, esta zona del valle central se dedica a producir vino para exportación, lo que implica nuevas tecnologías, conexión con mercados mundiales, zonas turísticas, y la aplicación de nuevas leyes laborales, entre otras. Pese a esto, la situación sigue mostrando grandes diferencias sociales entre propietarios y trabajadores, y en la concentración de las propiedades productivas en pocas manos.

Pumanque y Nilahue

Pumanque es una comuna de Chile de la Provincia de Colchagua, ubicada en la VI Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, a 100 kms. al suroeste de San Fernando. Integrando junto con las comunas de Placilla, Pichilemu, Chépica, Santa Cruz, Nancagua, Palmilla, Peralillo, Navidad, Lolol, Litueche, La Estrella, Marchihue y Paredones el Distrito Electoral N° 35 y pertenece a la 9ª Circunscripción Senatorial (O'Higgins). Esta comuna abarca una superficie de 440,9 km² y una población de 3.442 habitantes según el Censo INE Año 2002, correspondientes a un 0,39% de la población total de la región y una densidad de 7,81 hab/km². Del total de la población, 1.649 son mujeres (48%) y 1.793 son hombres (52%). El 40% de los habitantes corresponde a población urbana (INE, 2002).

Su nombre proviene del mapudungún y significa "muchos cóndores". La comuna incluye al Distrito de cabecera y al pueblo de mismo nombre, Pumanque, y a los sectores de La Gloria, Las Barrancas, Orilla los Silva, Rincón Las Higueras, Rincón Los Perales, Virintún y Rincón El Sauce. El Distrito de Nilahue Cornejo que incluye al mismo y a los sectores de la Quesería y de Hacienda Pumanque, el distrito de Ranquihue que incluye al mismo, a Matarredonda y a Colhue, y finalmente al distrito de Peñablanca, que incluye al mismo, al sector de Palmilla de Reto y al sector de Camarico. (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile (BCN), 2012)

La comuna poseía para el censo del 2002 una población de 3.477, mientras que

² Departamento comprendido dentro de la hoya hidrográfica del alto río Cachapoal, aguas arriba de su confluencia con el río Claro; Ubicada aproximadamente a unos 150 Km. al sur de Santiago, entre Rancagua y San Fernando, que posteriormente se dividió entre las provincias de O'Higgins y Colchagua. Este departamento estuvo vigente hasta 1934

para el año 2012 se observa una disminución a 3.395 habitantes, con una Variación Intercensal de -2,4%. Esta comuna también muestra una leve predominancia masculina frente a la población femenina, con un índice de masculinidad de 108,73% para el 2002, cuyos rangos etáreos predominantes son los que se encuentra entre los 0 y 14 años, seguido de los que se sitúan entre los 45 y 64 años. (INE, 2002; 2012). La población entre los 45 y 64 y sobre los 65 años ocupa más de la mitad de la población, proyectándose para el año 2012 del 80% del total. (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, 2012) Siguiendo lo anterior, el Índice de Vejez (%) del 2011, arroja un 107,33% en el año 2011 y se proyecta con un 171,46% para el 2020. (Observatorio Social, 2012). En cuanto a la población indígena, la comuna ocupa posee en un número muy pequeño a integrantes de la cultura mapuche, frente a las otras culturas precolombinas, ausentes en la actualidad.

Específicamente, la Localidad de Nilahue Cornejo, foco de nuestra investigación, ubicada en la Comuna de Pumanque, con un total de 751 habitantes para el año 2002 y posiblemente disminuida hasta 487 habitantes para el año 2012, poseía para el Censo 2002 un total de 202 viviendas, todas identificadas como vivienda rural. (INE Región de O'Higgins, 2007)

La historia de Nilahue Cornejo es el desarrollo de un pequeño caserío, formado por la venta de los terrenos de Ramón Cornejo, quien decidió vender antes de producirse la Reforma Agraria, la cual era inminente. Este sector, cercano a otras Haciendas, estuvo atravesado por conflictos políticos y cambios en los accesos y tecnologías modernas. Su historia nos será revelada a través de la historia de estas tres generaciones.

Estas tierras, de propiedades pequeñas con dos hectáreas promedio cada una, se dividen en secanos³ y tierras de riego⁴. De esto depende la tenencia de animales, el trabajo con el trigo o la agricultura domestica. La ciudad más cercana en cuanto a servicios como bancos, bencinera, cajeros automáticos, se encuentra en Santa cruz. Sus autoridades son predominantemente de derecha y su oficina municipal está en Pumanque, a 10 minutos del centro de Nilahue. Actualmente en la localidad funciona el Club Deportivo, la Conaproch⁵ y la Centro de Adulto Mayor.

³ Tierra de labor que no tiene riego y solo recibe el agua de lluvia.

⁴ Tierra fértil para la siembra, donde se riega de forma humana y natural, a través de mangueras o tubos de plásticos, puestos sobre o debajo de la superficie de la tierra.

⁵ Conaproch (Confederación Nacional de Asociaciones Gremiales y Organizaciones de Pequeño Productores Campesinos de Chile).

CAPITULO II

Marco Teórico-conceptual

Identidades de Género

El tema de la identidad ocupa un lugar importante en los estudios de género, ya que, al estar relacionado con el sentimiento de pertenencia y reconocimiento de lo femenino o masculino, y a la construcción histórica que responde a momentos del ciclo vital, apoyada por la actividad reflexiva del sujeto, permite la desencialización de la sexualidad y los imaginarios construidos sobre el *ser hombre* y *ser mujer* en una cultura. (Hopman, 2004; Fuller, 2001).

Siguiendo a Joan W. Scott, es posible aproximarnos al estudio de la identidad desde los estudios individuales, lo biográfico, y mediante un tratamiento colectivo, es decir, estudios acerca de la construcción de la identidad genérica en grupos. Estas últimas nos ofrecen *“caminos distintos e insospechados descubrimientos que los estudios tradicionales hasta ahora no arrojan”* (Hopman, 2004.; Joan Scott; 1996), puesto que, una aproximación colectiva al estudio de la identidad desde el género, nos permitiría deconstruir y revelar determinadas “ilusiones colectivas” acerca de las diferencias sexuales, permitiéndonos entender cómo se estructura en las distintas culturas la percepción y organización concreta y simbólica de toda la vida social y la cuestión del poder.

Asimismo, es necesario ampliar la lectura que debemos hacer de la identidad, considerando la gran variedad de identidades, reforzando la idea de que la identidad no es un asunto fijo, invariable, ni está compuesta por elementos únicamente masculinos o femeninos, sino que tiene componentes de ambas (Hopman, 2004; Lamas, 1996.) Además de establecer el cuerpo como elemento fundante de la identidad, también considera la importancia de la cultura en esta construcción, donde el tema de la identidad de género restituye un doble movimiento, desde lo particular y desde lo universal (Lamas 1996; Montecino, 1996). En otras palabras, la identidad de género empieza con la percepción de la pertenencia a un sexo y no al otro. Asimismo, esta identidad de género se construye a lo largo de la vida, aprendiendo los códigos del ser masculino o femenino, ajustándose según sea el ciclo de vida y el entorno social o estableciendo otros códigos ampliando el concepto binario de género. (Fuller, 2001:20)

La construcción de nuestras identidades y su significación actual plantean un

complejo escenario de contradicciones de nuevas realidades y antiguas ideas y símbolos, tanto en la sociedad como en la vida privada. Las transformaciones y permanencias de simbolizaciones y de relaciones sociales de género, permiten la coexistencia de representaciones contradictorias que impiden el establecimiento y la legitimación de nuevos patrones de masculinidad diferentes a los tradicionales, a la vez que manifiesta cambios visibles en las identidades masculinas rurales (Valdés, 2000).

Es por esto que los estudios de género nos dan una oportunidad para analizar tanto lo social y cultural lo que nos permitirá desentrañar las relaciones entre los géneros en una cultura o sociedad determinada, como también lo personal y subjetivo, es decir el cómo una persona asume su identidad, ya que el sujeto social es producido por las representaciones simbólicas, y por lo tanto, es susceptible de transformación o de refundación (Joan Scott; 1996).

Masculinidades

La masculinidad la definimos, en un punto de inicio, como un conjunto de normas, atributos, valores, funciones, significados y códigos de conductas que se suponen esenciales al hombre en una cultura determinada que dictan los patrones de socialización para las personas de sexo masculino. (Figueroa & Franzoni, 2011; De Keijzer 2001).

De esta forma, lo masculino no es únicamente el conjunto de rasgos característicos de quienes nacen con ciertos atributos anatómicos, sino que condensa cualidades humanas (actividad, la razón, el poder, la fuerza, por ejemplo) construidas en la oposición binaria por la cual lo femenino se convierte en ausencia y negación. (Fuller, 2001) Pero también es necesario entenderlo, al ser configuraciones de prácticas estructuradas por las relaciones de género, como una dinámica que se construye en la interacción social y la experiencia individual, inherentemente históricas, cuya construcción y transformaciones son parte de un proceso político, a través de un individuo-agente constructor social y culturalmente inscrito, que influye en el equilibrio de los intereses sociales y por ende, en el curso que tomen los procesos de cambio social. (Valdés & Olavarría, 1997; Viveros, 2001)

La orden social “Se un hombre” expresa que la virilidad es algo que va más allá de poseer un miembro sexual determinado, sino que implica un trabajo y un esfuerzo constante de no parecerse a la mujer. Por el lado contrario, la mujer parecería que

recorre un camino más natural en su paso de niña a mujer. Esto demuestra una especie de vulnerabilidad en cuanto a identidad sexual pues a los varones se les exigen pruebas permanentes de su virilidad. (Badinter 1993)

El principio de división primordial que divide a los seres humanos en hombres y mujeres, asigna a los hombres las únicas tareas dignas de ser desempeñadas, las labores que el mundo social constituye como serias. Esta *illusion* original, principio indiscutido que hace al hombre verdaderamente hombre, viril, (Bourdieu, 1990) y en la cual se establece al Hombre como imagen representante de lo universal, manifiesta tanto en semejanza como en posición, la superioridad de hombre, justificando su superioridad frente a la mujer, la que fue reafirmada en los descubrimientos biologicistas, contribuyendo como base epistemológica a las prescripciones sociales. En ellos, el útero y los ovarios determinan a la mujer en su papel de madre, opuesta a la función de su compañero. Esto trae como consecuencia que hombres y mujeres se desarrollen en dos mundos diferentes: La mujer en lo doméstico (lo privado), reproducción, cuidado y educación, y el hombre en el resto del mundo, en la producción, creación y lo político (lo público). (Badinter, 1993)

Para P. Bourdieu y Robert W. Connell la fuerza simbólica es una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos, y el papel fundamental del cuerpo en la construcción de la masculinidad se encuentra en que, en él surgen los mecanismos dentro de los cuales son significados los atributos y a la vez, son corporizados los significados, configurando además su mundo social, todo esto mediante "prácticas reflexivas relativas al cuerpo", es decir, a través de las relaciones de poder, de las relaciones de producción y las relaciones emocionales, a través del deseo y la sexualidad, explicando a la vez, la preeminencia social de la *heterosexualidad* en la construcción del sexo y de la identidad de género. (Bourdieu, Hernández & Montesinos, 1998; Zapata, 2001) Para lograr esto, los hombres se mueven en espacios reservados exclusivamente para ellos, permitiéndoles efectuar sus luchas y competencias. En este aspecto, dice Bourdieu, todos los juegos dominados por hombres son juegos de honor, independientemente de su campo de desarrollo.

Por otro lado, de acuerdo con J. Butler, las categorías de sexo, identidad de género y deseo, son efectos discursivos de dos instituciones, el falocentrismo y la heterosexualidad impuesta. Ambas son causantes de la construcción de identidades de género "inteligibles", que excluyen y discriminan a las identidades de género que no nacen de esa relación binaria construida en oposición entre "lo femenino" y lo

"masculino", por clasificárselas como condenables y culturalmente no inteligibles. Para esta autora, las relaciones entre grupos de hombres están basadas en el "deseo homosocial" reprimido, permitiendo la heterosexualidad, utilizando la diferenciación forzada de los deseos físicos y de las partes del cuerpo, como parte del proceso de identificación (Zapata, 2001) así como de una constante afirmación de las fronteras establecidas con mujeres y sexualidades disidentes. (Andrade y Herrera, 2001)

De igual manera, la masculinidad no se puede definir fuera del contexto socioeconómico, cultural e histórico en que están insertos los hombres. Los Ideales dominantes variarán según sociedad, época e incluso de década, puesto que cada grupo, define el ser hombre, acorde a las posibilidades económicas y sociales (raza, clase, orientación sexual, generación, entre otros) (Kaufman, 1997) lo que hace imposible explicar la violencia simbólica, sin tomar en cuenta al *habitus* y las condiciones sociales de la que es fruto y que da las condiciones para su eficacia real. (Bourdieu et Al., 1998)

Asimismo, el conocimiento sobre la masculinidad, y el entendimiento de sus atributos y características, lejos de ser aislados, se constituyen en relación al otro género, cuyas construcciones no se pueden entender sin hacer referencia a la otra.

Las construcciones socioculturales en torno a la diferencia corporal habrían sido internalizadas como parte constitutiva de la diferencia del ser, lo que pasó a formar parte de sus identidades de género, y en consecuencia, de sus diferencias que posibilitan las inequidades, como dones concedidos por la naturaleza. Y, por lo tanto, esta masculinidad sería inmutable y un privilegio heredado del patriarcado histórico. (Olavarría, 2006b)

La diferencia sexual se establece como una "*valencia diferencial de los sexos*" (Héritier, 2007) que explica el lugar desigual que reciben universalmente hombres y mujeres en una tabla de valores, marcando el predominio del principio masculino sobre el femenino, y señalando que esta representación social va a permear el pensamiento humano de manera permanente y duradera, desde las culturas pre-estatales hasta hoy, transformándose en una verdadera gramática para decodificar la realidad social sobre la base de jerarquías sexuales que situarán a mujeres en lugares diferentes y desiguales a los que ocupan los hombres.

El varón se define negativamente, es decir, el "no deber ser" para ser masculino, y hacer valer su identidad masculina: No ser una mujer, no ser un bebe, no ser un

homosexual. (Badinter, 1993 citando a Ruth Hartley, 1959) Esto podría explicarse en la fragilidad psíquica masculina, a lo largo de su existencia, que podría encontrar su punto de inicio en el único-cromosoma X, sus efectos en la conformación masculina y la lucha que debe enfrentar desde su confirmación, hasta la resolución de su conflicto y su desidentificación con su madre, y la angustia posterior sobre este hecho. (Badinter, 1990)

En la constitución de la masculinidad está presente la pertenencia al mundo homosocial masculino, definido por términos de complicidad, reconocimiento y competencia, y aquellos ámbitos en que comparte con las mujeres, definido por términos de complementariedad, oposición y dominio, constituyendo una frontera y el límite, que no se debe traspasar, formando una paradojas en la conformación de la masculinidad: *“la ilusión de su fijeza (origen biológico) y el temor de perderla amenazada por lo femenino”* (Fuller, 2001:26)

Para José Olavarría (2006) existen por lo menos cinco ámbitos en el cual los varones tienen acceso a recursos cualitativamente superiores para la construcción de sus identidades y relaciones de género, en comparación con las mujeres: Los *padres*, que inducen a apropiarse de recursos de poder para reproducir los referentes de masculinidad, que apuntan a la autonomía personal; La *construcción de los cuerpos* y la interpretación de las “pulsiones” como algo natural de un hombre, en contraste al cuerpo femenino que debe ser pasivo, delicado y débil, cuerpos emocionales, para ser penetrados por el hombre y para la maternidad, cuerpos del hogar, complementarios que se debe proteger -o incluso agredir- por esta idea de “superioridad corporal” del varón; La *heterosexualidad*, pues sólo el hombre heterosexual es plenamente hombre. Esta sexualidad asociada a un instinto animal, librándolo de sus responsabilidades sexuales, tendría como consecuencia un cuerpo fragmentado de subjetividad, lo que podría llevar a ejercer violencia más allá de su voluntad. Bajo esta interpretación de los cuerpos de hombres y mujeres, les lleva a distinguir entre sexo y amor, puesto que el amor se reserva solo a la mujer amada, la cual es responsable en la reproducción, dada la irresponsabilidad instintiva del varón; La posición asignada al varón dentro del núcleo familiar le entrega recursos de poder –a través de la *paternidad patriarcal*- potenciados por los anteriormente mencionados, bajo el establecimiento de “roles” para cada uno de sus miembros que refuerza, naturaliza e invisibiliza la inequidad, desde las identidades y las relaciones de género. (Olavarría, 2006b)

Proceso de socialización de la Masculinidad

La familia, como institución primaria, desarrolla múltiples funciones entre las que se encuentran la regulación sexual, reproductiva, de definición de estatus, de protección, económica, de socialización y afectiva. En su rol de socialización, las personas reciben una batería de herramientas identitarias y de comportamientos propias de cada sociedad en la que se ha nacido, transmitiendo parámetros dentro de los cuales se permite y espera que los individuos actúen socialmente (Ortega, 2005).

El proceso de socialización se inicia en la familia, en el periodo de la infancia por ser una etapa de gran susceptibilidad, donde se incorporan los primeros mensajes socializadores con profundos resultados. En esta etapa los niños y niñas aprenden y aprehenden a ser masculinos, en su función de hijo, adolescente, novios, maridos y padres; o femeninas, en su función de hija, novia, madre y esposa, en el marco de una jerarquía establecida de roles, estatus, funciones y deberes, con sus valoraciones y las pautas reglamentadas de comportamientos y el sistema de relaciones a mediante los cuales las personas llevan a cabo su comportamiento. Este involucra el aprender a cumplir las obligaciones y a exigir los privilegios del rol, y adquiriendo las actitudes, sentimientos y expectativas apropiadas al mismo (Ortega, 2005).

Con esto se busca lograr una homogenización de normas y expectativas sociales para todos los nacidos en una misma sociedad bajo un mismo sexo biológico, de manera tal que hombres y mujeres se socialicen de distinta manera, según la variable sexo, integrando y transmitiendo roles aceptados, expectativas, y posiciones específicas en la estructura social. De tener éxito en la transmisión de roles, la diferencia entre estas identidades de género serán marcadas, y cada una transmitirá a su vez a las nuevas generaciones, los patrones de conductas que rigen en la sociedad.

Muchas de las explicaciones psicológicas de la masculinidad están fundadas en la relación entre el padre y el hijo, como hijos de hombres y de padres de hijos, en la cual, la construcción de la identidad de género masculina de muchos hombres se origina en una relación distante entre ambos, influyendo y conformando las concepciones que tendrán los hombres de sí mismos. (Ortega, 2005; Kaufman, 1989) Sin embargo, no siempre los modelos representan el estereotipo socialmente deseado, donde cada una de las experiencias, condiciones, personalidades e inquietudes van transformando los modelos, que pueden ser de manera pausada, o bien radical y conflictivamente, sobre todo si está en oposición con otros roles

fuertemente tradicionales.

En el sistema patriarcal, se fomenta la diferencia radical de los roles y de las identidades sexuales, en la cual, el niño, femenino en sus orígenes, debe comenzar su reafirmación frente a sí y frente a los otros, diferenciándose de su primera oposición sexual, su madre. Este camino, impuesto y deseado, determina el destino del niño de un modo más complejo y dramático que el de la niña, puesto que el primero debe constituirse en la inversión de roles, mientras que la última reafirma su identidad en la identificación (Badinter, 1990).

En esta lucha por la diferenciación masculina, es posible advertir diferentes métodos para conseguir que los niños se conviertan en hombres. Todos ellos tienen en común la superación de un umbral crítico en la preadolescencia, en el cual el niño debe salir de la infancia indiferenciada, a través de un *hacerse hombre* –a diferencia de la niña, que ya es mujer desde su nacimiento sin necesidad de *hacerse mujer*. Esto se entiende como una forma de sustituir a la naturaleza (que posee la mujer) mediante diferentes pedagogías de la virilidad que a menudo implican dolor físico y psíquico –heridas simbólicas-; y del papel nulo o relegado de los padres como imagen presente, en relación a otros hombres – que pueden ser los propios pares o ejemplos externos de masculinidad -, que cumplen la función de la masculinización de los más jóvenes (Badinter, 1990).

En este proceso, es posible advertir tres etapas fundamentales: La separación de la madre y del mundo femenino; la transferencia a un mundo desconocido, un mundo de los hombres que debe adoptarse para no acabar siendo inexistente; y el sometimiento a unas pruebas dramáticas y públicas. Todas estas etapas existen en numerosas sociedades en mayor o menor medida, pero demuestran las diferentes formas que pueden adquirir los ritos de diferenciación y reafirmación de la identidad masculina, formando parte de aquellos que lograron romper con la debilidad y la dependencia de la infancia (Badinter, 1990).

El Patriarcado

El patriarcado puede ser definido como un modo de dominación cuyo paradigma es el hombre; basado en la supremacía de éstos y de lo masculino, sobre la inferiorización de las mujeres y de lo femenino. Es uno de los espacios históricos del poder masculino que se encuentra y se ha manifestado en todas las formas políticas, sociales, económicas y religiosas, muestra una significativa diversidad tanto histórica

como geográfica (Lagarde, 1993, 1994; Pérez Nasser, 2010). Del mismo modo, la sexualidad – como instrumento y objetivo del orden genérico- es constantemente reproducida como norma de control de las personas y de valorización social que da contenido de obligatoriedad y deseabilidad a las relaciones cotidianas.

De esta manera, el patriarca, que domina de forma directa o a través de personas intermediarias e instituciones, tales como el Estado, la sociedad política y la civil, se muestra como el personaje al que los mandatos culturales y las instancias supervisoras de su cumplimiento han delegado la autoridad y el dominio patriarcal en las esferas de la vida social, pública y privada (Cazés, 1994, en Pérez Nasser, 2010).

No obstante, el poder patriarcal no se limita sólo a la opresión de las mujeres sino también a otros grupos etarios como niños/as, ancianos/as y a todos aquellos grupos o personas que, se estiman dependientes, subalternos, discriminables e inferiores, como los indios, los/las jóvenes, entre otros. De esta forma, se define a los grupos sociales sujetos al poder patriarcal en torno a características genéricas, de preferencia erótica, de edad, de salud y de plenitud vital, articulando las opresiones de clase, étnica, política, religiosa, racial, lingüista, etc. donde cada sujeto queda inserto diferencialmente en la estratificación social que define niveles de dominio y poder, lo que lleva a que los “otros/as” sujetos dependientes de este poder sean oprimidos de manera patriarcal en las relaciones e instituciones privadas como en la públicas (Pérez Nasser, 2010).

Así, el patriarcado tendrá como objetivo en su dimensión social, mantener ese dominio, su ampliación y reproducción y la división clasista según el modo de producción, con sus formas específicas de explotación, de riqueza y privilegios, y con sus definiciones concretas de productividad y ajuste económico; el de las concepciones religiosas dominantes; y el de lo étnico y nacional con sus acuerdos jurídico-políticos, lo que tendrá como resultado modos de vida particulares en los que se construyen y a la vez inciden concepciones de la realidad, contradictorias y complementarias, que prevalecen simultáneamente en cada sociedad.

Como resultado de esto, la construcción social del ser varón, en la sociedad patriarcal, implica una importancia *per se*, por el hecho de ser varón, dado, por un lado, por el hecho que las mujeres no lo son, y porque todo lo importante es definido como masculino, es decir, lo masculino comunica lo importante. Sin embargo, omite que la importancia es producto de retraimiento del rol de las mujeres, y no por atributos propios de su sexo.

Las relaciones de Poder y Violencia en la masculinidad

Un elemento clave en la masculinidad es el poder. Es decir, ser hombre significa tener/ejercer poder y control. No sólo porque “*todos los hombres, en mayor o menor grado, experimentan estos significados del poder*” (Kaufman, 1997: 67), sino porque la dominación sigue siendo la razón última de la identidad masculina. (Bourdieu et. Al., 1998:23) Esta dominación asociada a la masculinidad hegemónica se equipara al hecho de tener algún tipo de poder, y exige poseer atributos como ganar, ordenar, lograr objetivos, ser duro, pero también exige características consideradas “naturales” tales como objetividad y racionalidad, lo que incluye controlar sentimientos, emociones y necesidades afectivas, con el fin de evitar la pérdida de dominio y el control sobre los otros, y por el miedo de que le sean atribuidos características femeninas.

Pierre Bourdieu (1998) plantea que la construcción sobre la división sexual satisface sólo a la parte masculina de la humanidad, y opera bajo la dimensión simbólica que permite obtener de los dominados una forma de adhesión que descansa en la sumisión inmediata y prerreflexiva de los cuerpos socializados, consecuencia de la incorporación de las relaciones de poder, expresadas en un conjunto de pares de opuestos (alto/bajo, grande/pequeño, etc.) que afirman el dominio, asimilando la sumisión y haciéndolas aparecer como naturaleza biológica. (Bourdieu et Al., 1998) La fuente de tal poder no radica sólo en instituciones y estructuras abstractas sino también en las formas de aprender, interiorizar, individualizar y reproducir estas instituciones, estructuras y conceptualizaciones del poder masculino. (Kaufman, 1997)

Kaufman (1999) establece las P's de la violencia masculina⁶, las cuales explican cómo se configura la masculinidad en torno a estas manifestaciones de poder, subordinación y violencia, en esta triada de los hombres contra las mujeres, contra otros hombres y contra sí misma. En ellas, el Poder Patriarcal da arraigo a la violencia negociada y naturalizada, y convertida en un medio para asegurar el disfrute continuo de privilegios y de ejercicio de poder a los hombres (como grupo). (Kaufman, 1999) Es el dividendo patriarcal que los hombres obtienen del patriarcado, en términos de prestigio y del derecho a mandar. (Connell, 1997)

No obstante, las denominadas “experiencias contradictorias del poder entre los

⁶ Estas son: Poder patriarcal: la primera "P"; La percepción de derecho a los privilegios: la segunda "P"; La tercera "P": Permiso; La cuarta "P": la Paradoja del Poder de los hombres; La quinta "P": la armadura Psíquica que la masculinidad; Masculinidad como una olla Psíquica de presión: la sexta "P"; La séptima "P": Pasadas experiencias. Kaufman, Michael (1999) "Las siete P's de la violencia de los hombres".

hombres” por M. Kaufman (1999), nos hablan de que, esta construcción del poder social e individual masculino son, paradójicamente, la fuente de una fuerte dosis de temor, aislamiento y dolor para ellos mismos, debido a que las expectativas interiorizadas de la masculinidad son en sí mismas imposibles de satisfacer o alcanzar. (Kaufman, 1999:7; 1995)

La violencia desde los hombres contra las mujeres, otros hombres y contra sí mismo, es un mecanismo compensatorio que tiene como resultado la internalización de la violencia en los hombres desde la niñez. Es la forma de reestablecer el equilibrio masculino y de afirmarse a sí mismo y frente a otros su identidad y características masculinas, generalmente frente a un otro físicamente más débil o más vulnerable, tales como: niño, niña, mujer, o bien grupos sociales como hombres homosexuales, minorías religiosas o sociales, o inmigrantes. Este modo compensatorio de la violencia también ha sido aceptado como un medio para solucionar diferencias y afirmar el poder y el control, a partir de la codificación de las creencias, las prácticas, las estructuras sociales y las leyes. (Kaufman, 1997)

Conjuntamente, la violencia simbólica en la estructura social, conlleva prácticas y discursos sociales que se ejercen bajo el principio de una sociedad androcéntrica que legitima la relación de dominación y que tiene como resultado una funcionalidad binaria y excluyente, expresada en discursos (refranes, proverbios, enigmas, cantos, poemas), en representaciones gráficas, en objetos técnicos, en la estructuración del espacio, en la organización del tiempo, en las técnicas del cuerpo, postura, ademanes y apariencia, según distinciones reducibles a la oposición entre lo masculino y lo femenino, lo que termina finalmente por situar al hombre en el ámbito público, mientras que a las mujeres se les destinaba al espacio privado, a la vida doméstica y a la crianza de los hijos, en un lugar de espectadoras, a cargo de las tareas ocultas invisibles o vergonzosas. En el ámbito de las relaciones de producción y reproducción del capital simbólico, descansa la idea en que las mujeres no puedan aparecer salvo como objetos o, mejor, en tanto que símbolos cuyo sentido está constituido fuera de ellas y cuya función consiste en contribuir a la perpetuación o al aumento del capital simbólico detentado por los hombres. (Bourdieu et Al., 1998.; Olavarría, 2006b)

En el marco de las jerarquías de género que avalan el uso de la fuerza como forma de ejercicio del poder, cuyo resultado es la naturalización de la violencia, históricamente ha sido asociado hacia la mujer, ocultando una realidad en la cual el hombre también puede ser víctima y no sólo victimario. No obstante, es tal el efecto

social en su masculinidad, que es muy difícil que los hombres reconozcan estas agresiones, aunque sean menos profundas, pues temen a la humillación y al cuestionamiento de su hombría. (Báez; Carrasco; Hernández: 2006)

Lenguaje sobre el cuerpo y la sexualidad.

El orden de los géneros también se encarna en el cuerpo, ya que la autoridad y el dominio parecen emanar de los cuerpos fuertes, presente como una cualidad innata/natural, perteneciente al núcleo de la virilidad. (Fuller, 2001)

El lenguaje que se construye sobre este cuerpo masculino y el femenino, y sobre la sexualidad, brinda imágenes sobre el sistema heteronormativo. Por un lado, existe un ocultamiento del habla sobre el sexo factual, y por otro, se presenta una proliferación verbal en la forma de tratar al cuerpo. El ejemplo inmediato es la referencia hacia el cuerpo a través de la figura del pene, el cual transita bajo distintos términos y connotaciones, en su mayoría descriptivas, pero también con la función de establecer *“jerarquías, clasificar masculinidades y distinguir percepciones sobre distintos grados de virilidad y potencia sexual”*. (Andrade y Herrera, 2001:22) Frente a esto es recurrente la relación establecida de la sexualidad masculina como símbolo de virilidad y el poder que esto refleja, frente a un objeto sexual (lo femenino) cuya sexualidad es reprimida, mientras la sexualidad masculina es motivada y exigida. (Montesinos, 2002) Esta paradoja del exceso y el silencio también buscan construir su masculinidad frente a los otros hombres, quienes también constituyen una audiencia receptora. (Andrade y Herrera, 2001)

División de Roles de Género

Las divisiones genéricas del trabajo se pueden entender como la asignación de funciones, de roles, y una ubicación de las personas en la sociedad, y su lugar material en la producción. En nuestra economía capitalista, esto se expresa en la discriminación laboral, salarial y el carácter de género del capital, como proceso de acumulación del género, ligada al proceso de acumulación de riquezas, produciendo una definición cultural del sector o ámbito laboral como un espacio masculino, tanto en los beneficios como en el porcentaje de participación masculina en la fuerza de trabajo en algunos sectores tradicionalmente masculinos, a pesar de que en la actualidad se tienda a la igualdad o a la incursión femenina en espacios masculinos, debido a las necesidades del mercado y del sistema de nuevos trabajadores.

De ahí, que la entrada de las mujeres al ámbito público se asocia a su constitución como sujetos de la modernidad (Díaz-Romero, 2004; Perez Nasser, 2010) lo que proporciona un espacio de atención sobre la figura del varón que sitúa al trabajo como núcleo central de la identidad subjetiva y social masculina moderna.

Respecto a la paternidad, podemos decir que la autoridad del varón sobre la esposa y los hijos es uno de los pilares en que se asienta la definición de la masculinidad y el código de relaciones que debe regir en la esfera doméstica. Estos atributos sostienen su lugar en el núcleo familia, su relación frente a los padres y su relación hombre/mujer, estableciendo la subordinación de sus miembros, y supeditándose a las reglas públicas de la homosocialidad que también presentan una imagen del deber ser. No obstante, está en una constante negociación debido a que la casa/femenina sigue el orden impuesto por la madre/esposa. (Fuller, 2001; Olavarría, 2006, Andrade y Herrera, 2001)

Las formas bajo las cuales el proceso de socialización entre padre e hijo/a y por ende, la manera en que opera el status paterno en la producción de concepciones dominantes sobre la masculinidad, demuestra una diversidad de adaptaciones y negociaciones, debido a distintas condiciones estructurales, en distintos contextos (espacio-tiempo) incluso en una misma sociedad, la que posibilita la redefinición de posiciones de género y las percepciones sobre paternidad y maternidad están sujetas a cambios permanentes. (Andrade y Herrera, 2001; Tovar, Pavajeau, 2010)

Tipo de masculinidades

Como hemos mencionado, la masculinidad es constituida en un cruce de clase y raza, nacionalidad y/o posición en el orden mundial, lo que permite desentrañar las relaciones de género que operan en cada una de ellas. Es así como entendemos que las masculinidades en sus diferentes formas (hegemónicas, subordinadas, marginales) son dinámicas, dependiendo del contexto en que se presenten (Connell, 1997) Esto quiere decir que, no es lo mismo un hombre blanco que un hombre negro, blanco homosexual o un negro homosexual, en un determinado país, o ellos en diferente lugar, clase o situación.

El concepto de *Hegemonía* se refiere a la dinámica cultural por la cual un grupo demanda y afirma una posición de liderazgo en la vida social la que depende del tiempo y el lugar en el cual se desarrolla para desarrollar los atributos que la

acompañarán (Connell, 1997). Una masculinidad hegemónica es entonces una configuración de práctica genérica que representa y da solución a la legitimación del patriarcado, garantizando la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres (Connell, 1997).

Al asumir el género como una manera de estructurar la práctica social general, ligada con otras estructuras sociales, podemos decir que la hegemonía es posible que se produzca y desarrolle sólo si hay alguna correspondencia en el ideal cultural y el poder institucional, colectivo e individual, las cuales se encarnaran en una estrategia aceptada y divulgada desde distintos niveles institucionales y cívicos.

Para los hombres, salirse de estos marcos y “normas” con el que se comparan y son comparados, que delimitan en gran medida, los espacios y márgenes, que aseguren su pertenencia, sería exponerse al rechazo de mujeres y otros varones, instalándose en las masculinidades subordinadas y marginales, sufriendo las sanciones correspondientes (Olavarría, 2006; Fuller, 2001). Esto responde a que el trabajo de construcción simbólica opera lógicamente por diferenciación en relación al otro sexo socialmente constituido, excluyéndolo del universo de lo pensable y de lo factible, para producir este artefacto social que es un hombre viril o una mujer femenina. (Bourdieu et Al., 1998)

De esta manera, mientras a algunos pocos varones estos patrones dominantes les brindan satisfacciones, a la mayoría estas exigencias les causan incomodidad, molestia, fuertes tensiones y conflictos. Si bien es posible diferenciarse intencionalmente, las posibilidades de que suceda son pocas, ya que si bien puede ser una carga, también confiere y otorga privilegios, en relación con las mujeres y con otros hombres o masculinidades considerados inferiores en cuando a su escala de posiciones. (Olavarría, 2006; Kaufman, 1997)

Esta incomodidad y cuestionamiento, sumado a los cambios socioculturales, ha permitido reacciones, no necesariamente como resistencia, sino más bien como respuesta a interrogantes, existiendo en la actualidad un aumento en los estudios e investigaciones que abordan los cambios en las percepciones y significaciones de las identidades de género tradicionales (Morgade, 2001).

En las sociedades europeas y americanas, esta relación de *hegemonía* y subordinación y marginalización se presenta de diferentes formas, siendo la más común, la dominación de los hombres heterosexuales y la subordinación de los

hombres homosexuales. Esta opresión sufrida ubica a las masculinidades homosexuales en la parte más baja de una jerarquía de género entre los hombres, puesto que, en la ideología patriarcal, la homosexualidad abarca todo lo que es simbólicamente rechazado de la masculinidad hegemónica, similar a la femineidad. (Connell, 1997)

Otras masculinidades subordinadas son aquellos varones heterosexuales, expulsados del círculo de la legitimidad, poseen o se relacionan con rasgos femeninos, los cuales terminan por ser insultados y agredidos por quienes se consideran parte de ese modelo normativo. (Ibíd.)

Estas relaciones de *hegemonía, subordinación y marginalidad* son relaciones internas al orden de género. Sin embargo, la interrelación del género con otras estructuras, como lo son la clase y el género, crea nuevas relaciones, las cuales se pueden definir como marginales. La raza, como elemento constitutivo de las masculinidades, desde lo indígena hasta el ser mestizo, también forma grupos subordinados, que, a pesar del intento de no caer en las esencializaciones, forman parte de una estructura de dominación y blanqueamiento importante. Cabe destacar que dichas relaciones de marginación y autorización también pueden existir entre masculinidades subordinadas. (Connell, 1997)

La temática de los procesos de construcción de las Masculinidades hegemónicas, y la validación/visibilización de las masculinidades “otras”, nos permitiría pensar nuevas acciones para lograr cambios profundos para el desarrollo social y justo, no sólo de las diversas masculinidades, sino también de las femineidades.

Asimismo, cabe mencionar que, si bien la cantidad de varones que cumplen con los patrones de masculinidad hegemónica pareciera ser un número reducido, existe un gran número de hombres que no encarna el tipo de masculinidad dominante, pero tiene alguna conexión con el proyecto hegemónico, lo que demuestra que existe una relación de *complicidad* con el proyecto hegemónico, de tal manera que permite realizar el dividendo patriarcal, sin las tensiones o riesgos de ser la primera línea del patriarcado, permitiendo que la mayoría de los varones gane por hegemonía aquella ventaja que obtienen los hombres en general de la subordinación de las mujeres (Connell, 1997).

El Cambio en la conformación identitaria

Si consideramos que la masculinidad se aprende y se construye, es lógico pensar en su posible cambio. Del mismo modo, al entender la masculinidad como una categoría relacional, que describe un proceso histórico colectivo e individual, y que da cuenta de significados cambiantes, es posible pensar que las crisis en que se ha puesto en entredicho el significado y pureza de la masculinidad (o de feminidad), debería señalarse como una crisis de un orden de género como un todo, pues la feminidad y la masculinidad son configuraciones de prácticas que se encuentran dentro de un sistema de relaciones de género, en las cuales, los cambios afectan a ambas categorías. (Viveros, 2001; Badinter 1993; Connell, 1997)

A partir de las tensiones y las negociaciones en las concepciones dominantes sobre la identidad de género y los roles asociados se van forjando procesos de cambio y resistencia en las concepciones dominantes de la masculinidad. (Andrade y Herrera, 2001). Es así como se ha observado que las nuevas transformaciones graduales en las relaciones de género, en algunos códigos, significados y conductas se han debido a las transformaciones estructurales y reacomodos en los procesos individuales y grupales de intercambios cotidianos. Asimismo, los cambios en la estructura social que obligaron a las mujeres a incursionar en el mundo del trabajo remunerado han ido replanteando también la organización de funciones y roles en la familia, lo que ha contribuido a transformar el rol de los hombres, las relaciones de género y el significado de la masculinidad. (Olavarría, 2006) Esto explica que la entrada de las mujeres al mercado de trabajo, ha significado un desplazamiento de la frontera, lo que no significa que se anule, ya que se han constituido al interior del mundo laboral sectores protegidos, lo que ha sometido a cuestionamientos y revisiones permanentes a los principios de división tradicionales de la distribución entre los atributos y las atribuciones (Bourdieu, 1998).

Es importante también, comprender la vinculación entre la crisis de la masculinidad y otras crisis, como las económicas, *“ya que no se trata solamente de aceptar la competencia de las mujeres en todos los ámbitos sociales, sino que la crisis económica provoca la reducción social de oportunidades de desarrollo entre sus integrantes, hombres y mujeres. (...) No se trata de una autodesvalorización del género masculino ante el ascenso de las mujeres, sino de una desvalorización como individuo, al ser parte de una sociedad que no parece ofrecer alternativas de progreso económico.”* (Montesinos, 2002: 105)

Esto significa que, independiente de las crisis de la masculinidad generada por los cambios que hacen las propias mujeres de su identidad, existen condiciones adversas que producen en los hombres cambios en su rol de únicos proveedores económicos, entrando en un conflicto con su posición material, poniendo en entredicho su capacidad histórica para reproducirse materialmente. Todo esto, produce, en los espacios más tradicionales y conservadores de masculinidad, un rechazo y una crítica a todo lo que amenace su seguridad (Montesinos, 2002)

A pesar de esta masculinidad (y feminidad) en permanente cambio, cuestionamiento y transformación, es desde las mujeres donde se han suscitado los replanteamientos, dada la situación privilegiada del hombre en este tipo de sociedad. (Connell, 1997) No obstante, el cambio cultural y las tendencias del feminismo contemporáneo han logrado permear las estructuras psicológicas que otorgan a los hombres su estabilidad emocional, transformando los valores y principios que rigen las relaciones sociales, que alteran las prácticas que reproduce la vida cotidiana. (Montesinos, 2002).

Marco Metodológico

Enfoque Metodológico

Nuestro trabajo de Investigación se enmarca entre las investigaciones **Cualitativas o Interpretativas**, en las cuales el significado y la intencionalidad se consideran inherentes a los actos, relaciones y estructuras sociales. Estas investigaciones permiten alcanzar un acercamiento significativo a las personas con las cuales se trabaja con el fin de obtener información de primera mano. En ella, se pretende comprender e interpretar la realidad, los significados y las intenciones de las personas, tratando de construir nuevo conocimiento, a partir de la propia implicancia. La investigación, al estar enfocada al rescate de discursos, evidencias y experiencias, presenta a este método como el más acertado para acceder a los contenidos requeridos, de manera de centrar sus esfuerzos en caracterizar, analizar y comprender los procesos de configuración de identidad, sus expresiones y cómo son experimentados las transformaciones y diferencias, a partir de las experiencias y discursos de los actores masculinos en las áreas rurales. Desde esta perspectiva, la investigación busca la **interpretación de los fenómenos**, aceptando la idea de que un fenómeno admite diversas interpretaciones, existiendo sólo dentro de un determinado contexto, y siendo aceptada la posición subjetiva del investigador como un elemento más del proceso investigativo de una experiencia social. Así, los resultados no pueden constituir conclusiones generalizables, pero si pueden ser comparables y aportar información relevante para otras situaciones y entornos concretos. (Marquès Graells, 1996)

Es por esto que, al hablar de identidades y de relaciones sociales de género, establecemos nuestro foco de atención en los procesos culturales situados en contextos regionales específicos, con el objetivo de rescatar las versiones que los propios sujetos hacen de sus experiencias, donde expresan en su propio lenguaje y reflejan su cultura.

Atendiendo a los objetivos de la investigación, el estudio también responde a una investigación de carácter **descriptiva**, ya que su objetivo es describir la estructura de los fenómenos y su dinámica e identificar aspectos relevantes de la realidad, basándose en la observación y recogida de datos usando técnicas cuantitativas o cualitativas. Pero además nos encontramos con una investigación que examina un tema o problema de investigación poco estudiado -a pesar de que el número de

investigaciones interesadas en esta temática vaya en aumento- cuyo objetivo es el de aumentar el grado de familiaridad con fenómenos relativamente desconocidos (Hernández, 1996:59).

Del mismo modo, el **Método comparativo** nos entregó una visión general y objetiva de las distintas visiones y subjetividades encontradas en el estudio a través de distintas generaciones de hombres de similar procedencia histórica (Aguirre Baztán, 1995).

Asimismo, el **enfoque metodológico de género**, nos permitió abarcar las dimensiones internas y externas al grupo investigado, haciendo referencia a lo masculino y lo femenino, desde el punto de vista del hombre rural, donde cada una de ellas se constituye en la relación con el otro y con el mismo género, así como también a los ámbitos y contextos temporales, espaciales y las condiciones que los determinan, considerando lo político, la cultura, las tradiciones, y las costumbres derivadas del reconocimiento de la diferencia sexual.

En relación a los procesos identitarios, si bien el concepto de género es principalmente de orden cultural, ideológico y social, también tiene una dimensión subjetiva en tanto es constituyente de la identidad, y es precisamente en este nivel donde es posible pensar también en lo fundamental del género, en tanto permanece fundido con el sexo. Es por esto que, al hablar de identidades y de relaciones sociales de género, establecemos nuestro foco de atención en los procesos culturales situados en contextos regionales específicos, con el objetivo de rescatar las versiones que los propios sujetos hacen de sus experiencias, donde expresan en su propio lenguaje y reflejan su cultura. Su estudio nos destaca su importancia en los procesos subjetivos, tanto en la creación de los propios significados y sentidos de existencia, como también como un reinventarse a sí mismo, adecuándose a las nuevas formas de observarse, entenderse y relacionarse, de acuerdo a los cambios externos e internos.

De igual modo, creemos en la importancia de comprender el género como categoría de análisis relacional, puesto que nos permite entender cómo el género se aplica y desarrolla en cada contexto; cuáles son los códigos éticos y políticos que lo determinan o influyen; y cómo se consolida, reestructura o tensiona la norma y el deber ser en las subjetividades y sociedades hasta naturalizarlo, anclando así una visión crítica que facilita pensar en la necesidad de una deconstrucción cultural (Tovar y Pavajeau, 2012).

Esto podría ser la particularidad de esta metodología, puesto que se alejaría de un estudio feminista sólo por la focalización del sujeto/objeto "suma o agregación de las mujeres", mostrando nuevos elementos constituyentes, tales como una mirada desde las experiencias de los hombres, que ofrecen nuevos recursos y nuevas valoraciones de los vínculos entre los propósitos y del análisis; revelando también la subjetividad y empatía de la investigadora. Frente a esto es necesario aclarar que la posición de la investigadora frente a un grupo de hombres de diferentes generaciones, permite establecer no solo un punto de vista femenino frente a la masculinidad, sino de lo masculino en conversación con lo femenino, lo que entrega nuevas visiones relacionales de la conformación y reafirmación de la identidad de género.

Métodos y técnicas de recopilación de Información.

Los métodos que se emplearon en este trabajo toman como base los procedimientos propios de la **Etnografía**, tales como observación, registro de datos y el análisis de los datos observados y recopilados (Aguirre Baztán, 1995), en la cual el investigador se sumerge en la realidad para observarla de manera natural y así encontrar supuestos que faciliten su comprensión.

Se llevó a cabo el proceso de **observación y descripción**, a través del **trabajo etnográfico**, haciendo una descripción sistemática de las ideas y comportamientos de los individuos, que obtuvimos a partir de la *observación participante* y de las *entrevistas*, tratando de acercarnos a la perspectiva de los sujetos. Bajo esta técnica, se pudo dar cuenta de los fenómenos sociales desde una mirada exógena de las actividades económicas, el uso de los espacios, las vestimentas, el equipamiento doméstico, las infraestructuras, las relaciones entre hombres y mujeres, y entre generaciones, entre otros. El trabajo de campo constó de visitas durante los meses de Octubre, Noviembre, Diciembre 2012, y Enero del presente año. Estas visitas incluyeron una participación en distintos espacios mixtos y masculinos (Partidos de Fútbol, Trilla, Funeral, Plaza, Misiones, Juegos, entre otros), además de permitir la conversación y el conocimiento mutuo tanto de la gente como de la localidad.

Para la recolección de información, se utilizó las **entrevistas cualitativas**, donde no existió una pauta rígidamente estructurada, pues no se buscaba de un intercambio de preguntas y respuestas, sino algo que se acercara a un modelo de conversación. Asimismo, estas entrevistas tomaron una forma de **semi-estructuradas**, es decir, que poseían alguna orientación en las preguntas, como pautas a seguir, a partir de

preguntas semi-abiertas y orientadas a los procesos de la configuración de la identidad de género y a las sensaciones de cambio, definido en el marco de la investigación. Estas entrevistas se realizaron con herederos del sistema hacendal e inquilino, actuales propietarios y trabajadores de las tierras y las nuevas generaciones de hombres rurales.

Esto nos entrega además un **relato de vida**, el cual enfatiza en periodos de tiempo determinados en la vida de una persona o familia (De Souza 1997). Lo que nos entregó un producto final que recorre los recuerdos y etapas más importantes, ayudando a la construcción y configuración de su masculinidad a lo largo de su vida, a través de la narración que hizo el informante, convirtiéndose en interprete de sus acciones, decisiones y emociones (Figuroa y Franzoni, 2011). Esto nos otorgó la posibilidad de observar la doble relación de un individuo con su historia, en tanto determinado por ésta, pero también en cuanto a su capacidad de actuar sobre ella. (Sharim, 2005) A partir de la profundización y conocimiento de los casos individuales, pudimos acceder a una dimensión más universal, considerando lo subjetivo y la heterogeneidad de las situaciones individuales, y que a la vez permitieron analizar los procesos comunes que estructuran las conductas y organizan estas situaciones. (Ídem.) Para esto se contactó a un informante clave, Martín Vásquez, dirigente sindical, quien colaboró en el establecimiento de vínculos con hombres y mujeres locales, y en el conocimiento y participación de las actividades desarrolladas, lo que posibilitó la obtención de veinte informantes, provenientes de diversos sectores de la localidad y de actividades diversas, quienes accedieron a entregar su relato de vida para la presente investigación. Junto con el contacto del informante clave, se lograron entrevistas a partir de la conversación y la presentación en un establecimiento escolar, cuyos profesionales y estudiantes estuvieron dispuestos a ayudarme.

También se llevaron a cabo para nuestra finalidad investigativa, **entrevistas grupales** a partir de conversaciones semi-estructuradas, donde se buscó comparar opiniones contrarias, similares recuerdos, percepciones y opiniones sobre modelos de comportamiento identitarios, sobre modos de hacer y vivir, según su pertenencia y género. Estas entrevistas se desarrollaron exclusivamente con los jóvenes, realizadas en dos grupos, uno de tres hombres, y otro mixto, compuesto de 5 hombres y 5 mujeres. Esto nos permitió además diferenciar las representaciones, características e identificaciones propias y externas de las experiencias y consideraciones personales sobre su identidad desde la dimensión discursiva.

Se utilizó además, como herramienta anexa, diversos soportes visuales, tales como fotografías y mapas de ubicación, permitiendo reforzar la comprensión clara y profunda de las personas y espacios que abordamos.

En una etapa final, se realizó un **Análisis de los contenidos** obtenidos, tanto de una revisión bibliográfica y de documentación de fuentes variadas, como también del trabajo etnográfico y de las entrevistas grupales y en profundidad. Esto se hizo a través del **Método comparativo**, el que nos entrega una visión general y a la vez crítica y objetiva de las distintas visiones y subjetividades encontradas en el estudio a través de distintas generaciones de hombres de similar procedencia histórica. Las variables de análisis se enfocaron en la configuración de la identidad de género rural, a través de temas como: familia de origen, infancia y juventud; edad adulta, pares y relación de pareja; familia actual; elementos de su vida social y laboral; ocupación actual y políticas públicas.

Esta forma de abordar la problemática nos pareció el adecuado para un análisis de género de los cambios en las identidades y relaciones sociales en el mundo rural, rescatando y aportando con las percepciones y experiencias de hombres y mujeres en otros contextos, otorgándonos información valiosa sobre las transformaciones y resistencias identitarias en diferentes espacios y tiempos.

Campo y Universo de Estudio.

La investigación se realizó en la zona central, en la VI región **Valle de Colchagua**, específicamente en la Localidad de Nilahue Cornejo, perteneciente a la Comuna de Pumanque. Este lugar posee una historia hacendal y campesina, donde encontramos el universo necesario de los informantes, observados y entrevistados, descendientes de padres o abuelos que vivieron al interior de fundos, lo que incluyó diferentes categorías laborales, inquilinos, empleados o peones.

El estudio abarca distintos periodos de tiempo a través de historias personales, dando cuenta de las variaciones en los procesos, de acuerdo a situaciones de contexto y a las percepciones subjetivas, evidenciando las diferencias entre generaciones. Para este estudio se consideró tres generaciones, en el que la generación mayor vivió bajo el sistema de inquilinaje en fundos y haciendas, al margen de su actual actividad económica y residencial.

Informantes

La muestra no buscó una representatividad estadística. Es una muestra fue intencionada, no probabilística, es decir, que contuvo un número de hombres pertenecen a generaciones diferentes. Es una muestra focalizada, de hombres que han vivido en el sistema inquilinal y de generaciones que tienen relación con esa historia. Su temporalidad se estableció en un periodo que abarcó los dos últimos tercios del siglo XX y la actualidad, lo que nos permitió abordar como contexto espacial y temporal los grandes cambios estructurales en la propiedad agrícola, y el proceso de modernización y urbanización.

Para la generación mayor, se contactó a siete hombres, ligados en su propia historia a fundos de la zona central o a áreas de pequeña propiedad minifundista, y que se encuentran actualmente residiendo en la localidad de Nilahue. Su rango de etario estuvo determinado por el periodo hacendal, establecido desde la edad de 60 años en adelante.

Para la generación intermedia se consideró un rango de edad entre los 30 y los 59 años, considerando los eventos políticos y democráticos que marcaron su infancia y juventud, lo que les da una experiencia más de transición entre dos mundos. Se contactaron cuatro hombres que respondían a este rango. Su número es menor dado el porcentaje de personas en la localidad que se encuentran en esta edad.

Finalmente, para la generación más joven, se tuvo en consideración la experiencia educativa (educación básica y media) prolongada, relativamente ausente en las otras generaciones. Esta generación encuentra su límite en los 29 años, dando un margen para carreras universitarias o técnicas profesionales. En este rango se logró conversaciones profundas con nueve jóvenes, cuyo representante más joven tiene 15 años, una edad que consideramos óptima, como límite mínimo, en cuanto al criterio, reflexión y experiencias necesarias para lograr una buena configuración identitaria.

CAPITULO III

Análisis de las Configuraciones de identidades de Género

Ser hombre en el contexto rural: “Las manos no son las mismas”

Para comenzar el apartado que reúne los resultados de mi investigación, es preciso entender que, antes del aspecto rural de la masculinidad, para los hombres de campo, está presente el “deber ser” de los varones como categoría, una descripción de lo que implica ser un hombre “real”, dejando claro que un macho que tenga los valores masculinos debe “darse a respetar, siempre mantener lo que uno dice, y no violar lo que uno dice”, lo que le permite al hombre obtener el reconocimiento y la valoración como sujeto, “porque yo soy sincero, soy hombre, de una pura palabra”, “él es un hombre, el vale la pena”, de lo contrario “uno valdría muy poco si se anda contradiciendo lo que uno habla (...) y las cosas tampoco se deben hablar dos veces, sino, solamente una vez” (Rafael, 65 años. 1º Generación).

La herencia hacendal, la oportunidad de trabajar la tierra como medio de subsistencia de la familia, la opción de ser propietario de la tierra que se trabaja a partir de la reforma, la pérdida de terrenos, las opciones de trabajo que entregan las nuevas condiciones económicas actuales, todo esto unido al mantenimiento y reproducción de los patrones de masculinidad tradicionales ligados al mundo rural, forman una virilidad cuyas principales características son la tierra, el trabajo y la producción, el rol de proveer, la lealtad y la responsabilidad. Esto se observa tanto en las descripciones que hacen de sí mismos y como la que expresan de los hombres ciudadanos.

En una primera instancia, los hombres identificaron como característica del hombre de campo el trabajo con la tierra, la naturaleza y el esfuerzo de esta actividad:

“El hombre de campo, si tuviera tierra trabajaría y sembraría” (Javier, 71 años, 1º Generación) o “las manos no son las mismas, de partida, la vestimenta también es otra usted no va a ver ningún santiaguino con ojotas así como yo” (Luis, 66 años, 1º Generación).

Esto también se observa en otras generaciones:

“Para mi ser un hombre de campo es tener contacto directo con la naturaleza y con todo su entorno. Cuando digo naturaleza digo no haberle hecho

alteraciones o modificaciones de lo que nos han entregado nuestros ancestros. Nuestros padres". (Walter, 40 años, 2º Generación)

Frente a la masculinidad opuesta externa, como lo es la urbana, se resaltan los valores, la valentía, la vida sana, el esfuerzo, la pasividad, la fuerza, y el conocimiento y dominio de la naturaleza, lo que incluso corre peligro al tener contacto con las ciudades cercanas.

"Hartas cosas nos diferencian de la gente de la ciudad. Yo creo que primero está lo de compartir, la parte valórica, respetar la naturaleza, las plantas, los animales, los árboles, ser más tranquilo también, otro ritmo". (Walter, 40 años, 2º Generación)

También es importante ver como los jóvenes criados en un ambiente rural también buscan o identifican una diferencia en la constitución del ser hombre de campo frente a un hombre citadinos, considerando ciertos valores, el conocimiento de la tierra e incluso cierta ideología.

"Mis amigos son de ciudades. Ellos son un poco más locos. Tienen otra ideología" (Sergio, 24 años, 3º Generación)

"Yo creo que también va el tema valórico de la gente del campo. Porque siempre cuando la gente del campo va a la ciudad se toma como gente trabajadora, por gente honrada". (Luis, 18 años, 3º Generación)

De esta manera, aparece el campo como lugar idílico, donde se conjuga la naturaleza y su conocimiento, con la tranquilidad del vivir, un espacio ideal para la configuración masculina tradicional. Sin embargo, los cambios contextuales en la última parte del siglo XX, vividos en cada una de las generaciones, especialmente la más joven, expresados en el ingreso y la oportunidad de asistir a una escuela en un periodo de tiempo más amplio y constante, además de los contactos en un mundo globalizado, sumado a la llegada de la adolescencia y la juventud como etapa etaria, han producido que los procesos de identificación y configuración de género en esta generación se acerquen más a la idea de jóvenes urbanos, especialmente a través del consumo y expresión de nuevas músicas, nuevas costumbres, vestimentas e identificaciones (tribus urbanas).

"Es que igual la vida del campo es sacrificada. O sea, al menos para mí, que estoy estudiando, no tengo manos para el campo. Es que ahora uno tiene que estudiar, porque acá en el campo no hay trabajo. Y es muy sacrificado. Se

trabaja mucho y se gana poco. (...) No soy anti campo, si igual me gusta el campo. Pero no para venir a trabajar. O sea, igual trabajaría en el campo, pero es difícil por lo que estoy estudiando. Eso es lo complicado. Me gustaría, pero es difícil. La otra vez trabajamos en el campo, instalando... pero por dos o tres semanas, más no, y terminé con las manos reventadas. No soy como mi tío, que tiene las manos bravas. Pero entre campo y ciudad, el campo me gusta más". (Sergio, 24 años, 3º Generación)

"Me gusta el campo. Es filete. Más que la ciudad. Es mucho mejor. Pero no me siento tanto un hombre de campo" (Gustavo 17 años, 3º Generación)

Para ellos, los proyectos de vida y de familia se enfocan en salir de la localidad rural, pero a lugares donde se repitan parámetros del campo (belleza y tranquilidad) incluso dentro de Santiago, o bien, dejando estos terrenos para visitas vacacionales o de retiro. Bajo estos parámetros, la idealización local se conjuga con nuevas herramientas y anhelos modernos.

Tipología de masculinidades

El primer factor observado, que se mantiene en la configuración masculina, es la categorización y reproducción de las distintas formas de asumir la masculinidad en las tres generaciones.

Las características masculinas, atribuidas desde los referentes corporales propios del sexo, enmarcadas por el contexto sociocultural y la época en que está instalada, presentan una continuidad, donde la tipología y diferenciación dentro de este grupo parece repetir sus categorizaciones. Sin embargo, cada hombre y cada generación asumen los valores patriarcales que le caracterizan, a la vez que contribuye al surgimiento de adaptaciones y resignificaciones dentro de la misma tipología.

Nuestra historia nacional, marcada por regímenes de autoritarismo ha influido en las formas de integración bajo el sistema de dominación paternalista, fijado en la figura masculina del patrón, como dueño y señor de las tierras, el dinero y el trabajo. En ellos se centra su dominación, y continuará como modelo de masculinidad hasta nuestros días, no sólo en la cultura rural, sino como base de la cultura tradicional chilena.

La masculinidad se establecía clara en ese periodo hacendal, donde el hombre "dominante" imponía su poder sobre otras masculinidades "subordinadas", inquilinos y obligados, y a su vez, entregando una masculinidad intermedia, como era la función de los ministros o capataces, a veces más cruel que el mismo patrón. La obediencia era

parte de la aceptación y de la integración simbólica, con espacios de producción y recreación exclusivos para el desarrollo de la masculinidad, tales como la trilla, el arado, los asados, entre otros que explicaremos más adelante, y que perduran hasta nuestros días.

Sin embargo, también existían aquellos hombres que pertenecían a la masculinidad "libre" como los gañanes y los peones que, si bien no es posible afirmar que no repitieran ciertos patrones de masculinidad cultural debido a su origen de clase, es posible mencionar que su roce era menor, más acotado y con mayores posibilidades de establecer otro tipo de relaciones menos patriarcales ni violentas.

Dentro de la cultura rural actual encontramos los tipos de masculinidades descritos en la tipología mencionada en el marco teórico, es decir, masculinidades hegemónicas, de complicidad y subordinadas, sin embargo, cada uno presenta ciertas particularidades que mencionaremos a continuación.

Para comenzar, es importante señalar que, tomando en consideración la diferencia entre los modelos de masculinidad y sus prácticas específicas, los efectos de discursos de masculinidad sobre los individuos y el desenvolvimiento de las prácticas masculinas, establecidas por Gutmann, no consideraremos las formas de masculinidad como *ideales*, sino como una multiplicidad de disposiciones, y a veces contradictorias formas de masculinidad, en un mismo varón (Zapata, 2001:249). Es por esto que creemos que la mejor manera de lograr una descripción es clasificar conductas y no establecer una categorización de personas, puesto que, al ser identidades en un contexto de constante cambio, sus acciones y pensamientos se mueven distintamente en cada una de estas clasificaciones.

Por un lado tenemos masculinidades *dominantes*, que responden a su necesidad consciente o inconsciente de demostrar su predominio frente a otras identidades, bajo un paternalismo hegemónico, donde sus conductas no son de violencia física, pero sí de violencia simbólica, circunscrita al cuidado de la mujer a consecuencia de su supuesta "debilidad" femenina y a su "ignorancia" ante ciertos temas considerados como "fuera de su incumbencia", por no pertenecer al espacio asociado al mundo femenino, y de esta forma garantizar la posición controladora de los hombres y la subordinación de las mujeres. Esta masculinidad también se expresa en aquel ideal a seguir de lo que significa ser hombre, con validez en su palabra y en su cumplimiento, expresada en frases como: "*Tiene que darse a respetar, y siempre mantener lo que*

uno dice” (Rafael, 65 años. 1º Generación), en contraposición a la palabra femenina, pensada como flexible y cambiante. Esto se observa con mayor preponderancia en las conductas de la generación intermedia y mayor.

En esta masculinidad se aprecia también una atribuida superioridad moral de parte de los hombres, representantes del respeto y del compromiso, lo cual se contrapone a la desconfianza que les producen las mujeres, quienes sólo se interesarían en ellos por el dinero, la protección y la comodidad.

En la masculinidad *hegemónica* del tipo paternalista se observa un sentimiento de superioridad sobre las mujeres, asumiendo un “deber” de protección de aquella “sujeto” que tienen a su lado, necesitada de alguien que le entregue fuerza y la acompañe, frente a su propia debilidad y a su imposibilidad de estar solas. Este sentimiento trae consigo la idea de que, en su poder y protección, coexiste también su derecho de decir/decidir qué pueden o no pueden hacer las mujeres de su familia, expresado con frases como “*Nunca trabajó afuera (...) y a mí no me habría gustado tampoco, pero como es aquí en la casa*”; “*Porque casi el 100% de las mujeres son así, son nerviosas y con poco se meten cosas en la mente*” o “*Es el cahuín el que no me gusta y trataría de protegerla*”. (Rafael, 65 años, 1º Generación). Sin embargo, a pesar del intento de no oponerse con un mandato a las decisiones de sus parejas, o de ser “flexible” frente a las intervenciones de los otros miembros de la familia, con frases como “*pero es que se meten los hijos (y dicen) ‘si po, déjela’, ‘ella sabe*” (Rafael, 65 años, 1º Generación), aún se considera que son los varones quienes deben permitir la salida al mundo laboral de la mujer, en cuanto a la facultad de regular sus relaciones y actividades señalando lo que estaría prohibido y lo que está permitido.

Asimismo, el sentimiento de debilidad opuesta y su consecuente protección, y la regulación de la vida de femenina, les otorga la libertad de exigir ciertos comportamientos sexuales y servicios domésticos obligatorios. Cuando éstos no se cumplen como “es debido” afloran las inseguridades ocultas, los miedos y los celos, intentando buscar explicaciones en los comportamientos y fenómenos externos más que en sí mismos y en sus conductas, pues siempre están disfrazadas de ternura y cariño, tal como lo veremos cuando analicemos los celos en el discurso de los varones.

Del mismo modo, observamos que, bajo la masculinidad dominante, se posicionan aquellas identidades que también son objeto de control, como lo son niños y niñas, entendiéndolos como un símil al mundo femenino dadas sus características de

dependencia.

De esta manera, la violencia simbólica toma la forma de prejuicios y juicios de dominación, celos, infidelidades y servidumbre, a pesar de tener un discurso aparentemente igualitario frente a los derechos, el trabajo o a las tareas del hogar; situando al hombre en un nivel superior, por pertenecer históricamente al mundo público y político, y reproduciendo mediante estas conductas el patriarcado donde están insertos. Esta conducta se manifiesta especialmente en las generaciones mayores e intermedias, es decir, en aquellas que tienen una cultura rural más tradicional y que presentan un grado bajo de escolaridad. Esto no quiere decir que para aquellos con más años de escolaridad de la generación intermedia y joven, no existen estas diferencias y percepciones, sino que están dentro de una transición de aceptación de límites pero en un marco históricamente patriarcal. Estos fundamentos de acciones se apreciarán en la medida que analicemos cada una de las visiones sobre el sexo opuesto, las prácticas sociales y los roles de género.

En el caso de los jóvenes, la masculinidad dominante y la dominada se refleja en las dinámicas escolares o en las instancias de pares, donde aparece y se relatan episodios de abuso o “Bullying” como una forma común de presión en los colegios que se realiza a personas, en este caso varones, con características mentales o de personalidad específicas: *“al que le pasan todas las tragedias”, “Bullying al más pajarón”, y “al material del curso despistado, al más pasmado, al más especial”*. Del mismo modo, la exclusión o discriminación de los grupos se establece bajo parámetros físicos o socioeconómicos.

“A ver, no había mucha discriminación, a pesar de todo algo sí, porque tenía un amigo bien gordito pero nunca le decía ‘oye guatón’, ‘oye chancho’, tonteábamos con él no más. Si de repente le dábamos con él (el gordito), una vez se nos pasó la mano, otros chiquillos lo empujaron de una escala porque estábamos en el segundo piso, le pusieron el pie y se fue por la escalera. Había un grupito que era como los matones (...) Si era un grupito de que no falta en el colegio”. (Mariano, 64 años, 1º Generación)

Por otro lado, encontramos masculinidades *“de complicidad”* los cuales no cumplen con el ideal de macho dominante pero reproducen su hegemonía, agrediendo a quienes se consideran “más débiles”, a pesar de sentirse ellos mismos discriminados.

“Se molesta a los que no son capaces de defenderse. Es que siempre se forman grupos. Yo llegué en primero, y me molestaban porque tenía un lunar. Me operé y ya nada”. (Francisco, 15 años, 3º Generación)

En consecuencia, estas prácticas de abuso, discriminación y agresión van expresando aquellas características ideales y dominantes de la masculinidad, pero al mismo tiempo, nos muestran una realidad donde todos los varones son susceptibles de ser fuente de burlas, discriminación y de violencia socialmente aceptada.

Desde otra perspectiva, los hombres de todas las generaciones que presentan conductas masculinas de complicidad, a su vez expresan respeto por las mujeres cercanas, idealizando a las madres y queriendo a las esposas, y en algunos casos, colaborando en los quehaceres domésticos, sobre todo cuando las condiciones los obligan a eso (enfermedad de la mujer y/o de la madre o ausencia temporal de ellas). En esta categoría también vemos algunas de las conductas de los jóvenes, los que, pese a profesar la “igualdad”, ésta es discursiva, pues, por un lado, rompen con lo realizado por sus padres, por el otro, repiten prejuicios, juicios y el “*deber ser*” de una “*señorita*”, criticando a las mujeres que no cumplan con esos parámetros, aceptando lo que les conviene en las nuevas situaciones, en un mundo que los beneficia.

Del mismo modo, los hombres de la primera generación, es decir, sobre los 60 años, asumen una conducta más emotiva, donde sus sufrimientos más profundos son a causa de la debilidad frente a sus esposas, los cuales no pudieron o no quisieron ejercer un control fáctico con ellas. Ellos también presentan una crítica frente a la violencia física de las mujeres, e incluso, en algunos casos de este grupo, la amenaza de una agresión femenina frente a ellos es también posible: “*hay que buscar una que no sea muy altera para que no le pegue todos los días a uno*”. (Luis, 66 años, 1º Generación). Esto manifiesta por un lado un cuestionamiento a la violencia desde el hombre, pero también nos habla de una posible presencia de violencia desde la mujer, estableciendo distintos niveles en las agresiones.

Siguiendo la misma línea argumentativa, encontramos masculinidades que transitan entre la forma de masculinidad romántica y sensible, con experiencias de dolor y esperanza en la unión con sus parejas, a una justificación de infidelidades por error o por ser en menor cantidad, expresando una imagen de mujer compañera/madre respetada y amada, pero donde todas las demás mujeres no son dignas de respeto por no contener sentimientos involucrados. Esto se vio especialmente en la generación mayor, cuya escolaridad es menor en comparación a las otras

generaciones, y con la edad que conlleva la reflexión que tiene mirar hacia atrás acciones como las infidelidades, "*Después tenía a otras mujeres. Tenía que cumplirle (...) Pero no me arrepiento porque yo a ella, la quería de verdad*" (Víctor, 82 años, 1ª Generación). Esto entrega además un tipo de masculinidad dominante, donde las otras mujeres son reducidas a objetos de placer, o como fuente de deslices sexuales, pero a la vez, es una masculinidad dependiente de "sus propias" mujeres.

En el caso de las masculinidades *subordinadas* y *marginadas*, consideramos, en primer lugar, la situación que sufren especialmente los jóvenes varones rurales en la eterna lucha que tienen con las masculinidades ciudadanas, especialmente proveniente de Santiago, los cuales son, en su contexto más globalizado, una masculinidad más hegemónica e idealizada que aquella que se desarrolla en ámbitos rurales, sobre todo en la competencia frente al sexo femenino.

Asimismo, la homosexualidad, definida desde el ejercicio obligatorio de la heterosexualidad, aun cuando se hace cada vez más visible en las generaciones jóvenes, sigue siendo invisibilizada en el discurso y en los grupos de pares inmediatos de los hombres, siendo alejados de sus círculos y de sus experiencias de amistad. A través de este silencio y de la distancia, es que estimamos que existe este grupo de masculinidad *marginada* en relación a los otros tipos de masculinidades. Fuera de este grupo están quienes viven la confusión entre homosexualidad y feminidad desde la perspectiva de la masculinidad hegemónica. En este último caso, si bien existen prejuicios manifiestos, sin conocer a las personas y sus tendencias sexuales, también experimentamos que la soltería y los gestos femeninos, no son constituyentes de exclusión, siempre y cuando se realicen las tareas masculinas esperadas, y se lo respalde en un contexto masculino.

La homosexualidad en este contexto rural no es aceptada abiertamente, existen casos que se comprenden mejor, sobre todo en los jóvenes de la tercera generación, pero se burlan usando palabras peyorativas para dirigirse a ellos como "*hueco*", "*maricón*", "*fleto*" "*niñita*", etc.

El otro homosexual emerge desde un discurso tolerante, pero siempre desde una experiencia distante, aunque se lo plantee como aceptada. Esto se expresa en aquellas historias de compañeros de curso o amigos homosexuales que no se vieron más, que no se supo que pasó con ellos, e incluso que no se sabe si su homosexualidad era un prejuicio o real. Generalmente, todos aquellos "otros" fueron fuente de discriminación, burlas y abusos justificados por los entrevistados o tomados

como actos de tolerancia frente a su diferencia, y que sin embargo, demuestra la búsqueda de diferenciación que marque distancia de los considerados homosexuales, como una forma de demostrar y reafirmar una identidad masculina.

“Hay uno que vive por ahí que se llama Carlos Ignacio, lo tienen como el hueco de básica. Es que es afeminado pero nadie sabe si es en realidad porque nunca ha estado con una mujer y nunca ha estado con un hombre tampoco. Pero yo creo que es afeminado porque siempre ha estado con su hermana. (...) Yo lo hueveo hartó. Es que igual ese hueón es pesado. (...) Es como esos hueones que salen en la tele, esos hueones diabólicos”. (“Piña”, 17 años, 1º Generación)

“Los molestan de un principio. (...) Después no pescaba. Primero sí, se enojaba y todos lo molestaban. No sé, a mí no me caen ni bien ni mal. Igual yo tuve un amigo, lo bueno es que cuando le contaba algo se quedaba callado. Lo que no me gusta es que cuando está sentados a veces, se empiezan a dar besos... ahhhggrr. Yo me paro y me voy no más...” (Maicol, 18 años, 3º Generación).

En la primera Generación, la de los abuelos y padres de la generación intermedia y joven, que va desde los 60 años, si bien en una primera instancia es negada la presencia de la homosexualidad para esa época, sí es reconocida por otros como un grupo presente en sus espacios de interacción. Esto nos habla de la existencia de algunos discursos que entienden la homosexualidad como un asunto de aparición temporal, y no una condición presente en toda la historia, pero que ha sido visibilizada en estas últimas décadas en nuestra sociedad.

“Que yo sepa no, en ese tiempo no, después sí, por aquí aparecieron algunos, o a lo mejor eran más reservados los homosexuales en ese tiempo, no mostraban mucho la hilacha. (...) Aquí los que han habido han vivido y muerto tranquilamente. Nadie los jode mucho” (Luis, 66 años, 1º Generación).

“En mi colegio, sí. En una oportunidad me dijeron a mí, era medio pavo, no cachaba mucho, y después claro empecé a cachar, pero uno cachamos que incluso después quedo repitiendo y estuvo en el curso con nosotros. No, no nosotros nunca lo molestamos. Los del colegio sí, los otros sí”. (Mariano, 64 años, 1º Generación).

Cabe mencionar que el tema de la homosexualidad en algunos casos, especialmente en la generación intermedia, ni siquiera es tratado. Se omite cualquier posible recuerdo negando la existencia o moviendo la cabeza de un lado hacia otro,

como si ni siquiera ameritara una explicación en palabras. Esto sucede particularmente con aquellos que tienen su vida consolidada pero aún están protegiendo su identidad masculina frente a toda asociación que pueda desviarla. Todo esto manifiesta la consolidación de la segunda distancia y diferenciación sobre la cual se construye la masculinidad, "no soy homosexual".

Su visión esencialista acerca de lo que es la feminidad y la masculinidad, les da los argumentos necesarios para clasificar las variaciones presentes en su mundo, y despreciar aquellas que, por efecto de la modernidad, a veces, no alcanzan a comprender.

Proceso de socialización de la Masculinidad: Relaciones Maternales / Paternales

La familia, como institución primaria donde se inicia el proceso de socialización de los individuos, y una de las responsables de la socialización de género, es una fuente importante para analizar qué elementos continúan perpetuando las diferencias y las relaciones de género en el mundo rural.

A partir de lo leído y de lo expresado por los entrevistados, es posible afirmar que las familias que criaron a la generación mayor, y en particular las familias rurales de la localidad de Nilahue, tienen en común las relaciones asimétricas, discriminatorias hacia algunos de sus miembros, así como de maltrato y violencia, como parte de las costumbres de la sociedad tradicional chilena rural, la cual fue adaptándose en cada generación según las experiencias de cada uno, pero siempre respetando la línea principal de división de roles, responsabilidades, obligaciones y usos de espacios sociales.

Aquí se observa como la madre y el padre ocupan espacios establecidos, donde el padre toma las decisiones de los otros y siendo éstas respetadas, tanto por la mujer como por los hijos, expresado en frases como:

*"(Mi mamá) Nunca trabajo afuera, es que mi papá nunca aguantó eso".
(Rafael, 65 años, 1º Generación)*

Ella no tiene tanto pensamiento (político) como uno. Ella piensa como piensa uno. No tiene.... Mi padre era el que la llevaba. Ella se quedaba en la casa. Él era el que salía y veía los problemas, las injusticias". (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

"Mi papi no hubiese dejado que mi mami trabajara". (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

"No eran tan estrictos, pero había cosas que se debían hacer y otras cosas que no se debían hacer. Mi madre nos crio y mi padre trabajaba. Todo el tiempo en el campo". (Manuel L., 30 años, 2º Generación)

Esto se expresa también en la determinación del sistema familiar y en la socialización y construcción identitaria en torno al rol de proveedor paterno, en sus trabajos a temprana edad o en la ausencia de las labores domésticas en su crianza. En estos espacios se les forma desde la infancia sobre cómo debe ser un hombre, qué se espera de ellos, y qué actitudes o conductas los hace menos varoniles.

"Para él, que nunca hubiera hambre en la casa. Eso se lo agradeceré hasta el fin de la vida. Eso le gustaba, que en primer lugar, la casa. Y si alguien impedía que no tuviera, él al tiro le tendía la mano. Para construir la iglesia que se construyó allá el dio cualquier plata. Para construir la media luna igual". (Rafael, 65 años, 1º Generación)

"El cumplía con la casa. Bueno, en ese tiempo había poco trabajo. No había trabajo. No había viñas. No había todo lo que hay ahora. Era más acampado todavía. Eran las haciendas. Trabajaba en la corteza de quillay. Era como dos meses en el año, (...) estaba casi dos meses en el cerro sin ver a nadie. Ni a los hijos ni a nadie". (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

En la infancia, los varones reciben y aprehenden los primeros mensajes socializadores, los cuales comienzan el proceso de moldeamiento de los pensamientos, sentimientos y conductas, estableciendo expectativas de masculinidad como la meta a seguir, y ejerciéndola como una norma común a toda la sociedad. Esto se observa en los recuerdos aislados de grupos masculinos, y en las divisiones de quehaceres para los niños, sobre todo para aquellos donde las circunstancias, como la ausencia del padre, hacían del hermano mayor el principal responsable de la familia. Esto también se observa en aquellos valores traspasados por los padres y tíos, como el "ser de palabra", responsable y fuerte, todo sobre la realidad del trabajo con la naturaleza, elemento fundante en la identidad masculina rural.

A pesar de que algunos entrevistados expresaron un recuerdo de igualdad en el trato de sus padres hacia sus hermanos, se destacan ciertas diferencias que pensamos son importantes de mencionar. En primer lugar, el tema de los permisos, en

el cual los hombres tenían el privilegio y libertad mayor frente a sus hermanas mujeres, a las cuales había que cuidar para preservar el honor familiar, sumado a la protección de la familia cuando el padre no estaba. Y Por otro lado, el trabajo doméstico, donde las mujeres tenían una mayor responsabilidad y preparación.

“De repente le pegaban a uno hasta que se quedara callado. Con las mujeres eran más estrictos, porque querían que las mujeres se casaran en serio, que fueran honorables, que la familia tuviera honor, que nadie hablara de ellos. Y eso se mantuvo por muchos años. (...) No se les conversaba a los chicos casi oiga, más el golpe que la enseñanza”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

“A nosotros los hombres nos daban permiso para que saliéramos, a las mujeres no, las mujeres salían cuando ellos salían a misa o algo así no más. (Trabajo doméstico) A nosotros nos hicieron hacer de todo, que fuéramos capaces, aprendimos a hacer pan, a matar una gallina, hacer una cazuela, todo ese tipo de cosas (...). Algo que ellas no hacían era ir a trabajar al campo, y si de repente había que ir a dejar comida al campo ellas iban a dejarnos a nosotros. De chiquititas en casa, eran dos las mayores, una lavaba en la semana y la otra hacía el pan, por ejemplo y a la otra semana le tocaba a la otra. Yo, de vez cuando, no siempre”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“No sé, no creo que hayan tenido (diferencias) porque las hermanas mías también eran igual que uno, pero menos le daban permiso.(...) (Estaban) en la casa igual”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

"Cinco mujeres y tres hombres, con las diferencias típicas que todavía existen, los hombres hacen tal cosa, las mujeres hacen tal cosa. Se dividían las actividades según las habilidades que tenían en ese momento. Claro, las mujeres era de la parte doméstica y a nosotros, te podría decir que nuestros papás no nos hicieron trabajar tanto, yo creo que nosotros éramos más colaboradores. Yo creo que esa es la diferencia de otras familias en esa época que eran trabajadores, nosotros éramos colaboradores, y permitían que estudiáramos e inculcaban que estudiáramos". (Walter, 40 años, 2º Generación)

También se observa una relación con los hermanos donde la competencia sobre conquistas hacia mujeres es un juego y un desafío, lo que demuestra la dinámica que se establecía entre los varones.

“Hacíamos competencias con un hermanos, yo llegue a tener 8 mujeres en las Termas del Flaco en 15 días. Y mi hermano siempre me ganaba por una, mi hermano era hartó mejor que uno”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

La imagen ejemplo de los padres, los valores enseñados y las experiencias vividas, cada uno desde su función y su rol específico, va marcando los recuerdos y el presente de cada uno de los hombres. El padre, ejemplo de trabajo, lleno de conocimientos, y la madre, desde la bondad y la rectitud, estimulan a los hijos a ser como el padre, en esos aspectos, y a buscar una mujer bondadosa y abnegada -como su madre- de compañera.

*“Mi papá sabía mucho de Agricultura, era muy buscado. A mí me enseñó harto porque yo estuve toda la vida con él. Era bien querido por los ricos”.
(Rafael, 65 años, 1º Generación)*

“A trabajar. A ser constante en las cosas”. (Manuel L., 30 años, 2º Generación)

“...mi mamá, era un ejemplo. Si mi mamá quedó viuda a los 49 – 40 años no más. (...). Y podría haberse casado, haber buscado a otro hombre. Pero nunca más quiso, se dedicó 100% a los hijos y a trabajar”. (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

Finalmente, existe un reconocimiento colectivo por parte de los jóvenes de la tercera generación hacia las mujeres/madres, como importantes transmisoras de valores sociales durante la infancia, en contraposición a los valores prácticos y funcionales masculinos entregados por el padre.

Este ejemplo de rectitud y bondad que significa la imagen materna se puede apreciar en las descripciones y en el amor absoluto que se le entrega a la madre, en todas las generaciones, hasta el punto de que su objetivo en la vida, o la manera actual de retribuirle lo dado, es cuidarla, llevarla con ellos hasta el final de sus días. La madre se traslada al hogar de su hijo, el hijo cuida de ella, mientras ella lo sigue cuidando a él.

*“A mi igual me gustaría dejarla en la casa y que alguien le haga las cosas”
(Pablo, 16 años, 3º Generación)*

"En este momento soy yo, pero sin decírmelo nadie. Yo creo que ellos igual se harían cargo, pero como un asunto natural yo creo". (Walter, 40 años, 2º Generación)

La madre no ejerce una violencia similar a la paterna sobre los hijos, porque son ellos (los hijos) criados para ser la masculinidad dominante, mientras que lo femenino,

si bien es rectitud y norma, es también cercanía y bondad, siendo estas las características que definen el rol maternal y su relación. La madre es puesta por sobre todo y sobre todos. Es el parámetro con lo cual se buscará medir a todo lo demás.

“Lo más grande, lo más querido. Era un corazón de oro, pero no porque está muerta. Yo estuve muy enfermo cuando murió mi mamá, porque yo la quería demasiado (...) Es mi mamá, lo que más quiero después de Dios “ (65 años, 1º Generación).

Esta santificación aumenta en la medida que el rol del padre es radicalmente opuesto, con su violencia, sus exigencias e infidelidades, que son más generalizadas a medida que nos acercamos a las generaciones mayores.

“Mi papá tenía una mirada seria, que era respetado por la ley, porque él mínimo dos veces a la semana tenía que pelear a mano. (...) Sabe que todavía sueño que me persigue para pegarme. Lo tengo tan grabado. Con un lazo trenzado que tenía nos pegaba. No me acuerdo si a las mujeres también porque son todas mayores” (Rafael, 65 años, 1º Generación).

“De repente tomaba. No tanto que tomara sino que botara mujeres. Pero no en casas de esas, sino que tenía mujeres en otro lado. Porque se arrancaba a ver a unas mujeres que tenía por allá por Nilahue, y gastaba plata, si a veces estaba unos veinte días. Y qué le íbamos a decir, si era intocable” (Rafael, 65 años, 1º Generación).

“Mi papá en ese aspecto era muy prudente en palabras, en gestos. Creo que una vez me pegó a mí, una, no era golpeador vez, pero era bastante estricto en cuanto a si había que cumplir normas y horarios, y cosas así, y eso si no lo cumplíamos se molestaba, se enojaba, amenazaba que nos iba a pegar, pero se enojaba no más. Una vez me pego a mí, pero yo era súper rebelde.” (Walter, 40 años, 2º Generación)

La relación entre los padres se recuerda como una convivencia que expresaba violencia, conflicto y perdón, aceptación de los engaños y de los derroches monetarios, frente a la estabilidad parental y económica, y a la culpa.

“Mi mamá cómo no se iba a dar cuenta, si ella lo retaba, tenían grandes peleas. Y teníamos que defenderla a ella de repente, pero no interferir de golpes con él, no nunca. Pero él se iba para adentro después. Después él razonaba. Porque la gente antigua era así”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

Cabe mencionar que todos los hombres con que conversamos sobre la infidelidad del padre o la propia, emitían un comentario pequeño y luego cambiaban el tema. En

el caso del recuerdo de los padres, siempre se cambiaba el tema a las características positivas de los padres, como si estuviese prohibido hablar mal de ellos.

Pero también encontramos padres que no eran infieles, y nos aclaraban con un “Él era con la pura mujer no más. Una pura mujer” (Javier, 71 años, 1º Generación) la rectitud de su progenitor.

Pese a los recuerdos negativos, la figura paterna es con orgullo mencionada bajo parámetros no sólo de logros, capacidades cognitivas, educación, o valores en el trabajo, sino—en los casos que corresponde— por su forma moderna y cercana de tratar a sus hijos, dejando de lado la distancia para entrar también en el círculo de lo afectivo.

“Mi papá era harto bueno. Era letrado, (...) Mi papá le leía las cartas. Sabía las cuatro operaciones mi papá. Era igual que un profesor” (Javier, 71 años, 1º Generación)

“Yo en primer lugar, lo que siempre recuerdo es que nunca lo vi robar. Eso dejó. Y mi taita, nosotros somos seis hombres, mi taita sabe más que todos los hermanos juntos (...). El me enseñó a trabajar. Con él salíamos”. (Rafael V., 68 años, 1º Generación)

“El siempre hacía todo lo que los patrones hacían, eso estaba bien, lo que hacía el patrón, a nosotros nos obligaba incluso a trabajar, (...) claro para él estaba todo bien lo que fuera trabajo”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“No era chapado a la antigua. Era diferente. Igual era estricto. (...) Nos pegaba poco. A mi parece que nunca me pegó. Cacheteaitas me habrá pegado. Pero él era moderno porque los papas de él eran muy estrictos (...). A él lo trataron muy mal. Lo garroteaban si había que garrotearlos. Le pegaban. (...) Yo creo que él era más apegado a nosotros. Nos abrazaba, jugarreteaba con uno igual que chiquillo chico. Totalmente diferente como lo trataban a él”. (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

Esto sucede especialmente con la generación intermedia y en mayor medida con la generación más joven, donde el padre, toma un rol más cariñoso y permisivo, dejando a la madre como responsable de la conducta y los retos, las “cuidadoras” de los hijos e hijas, las responsables de alimentarlos, educarlos y acompañarlos, profundizando su dominio en el espacio doméstico privado.

“Ella era todo lo más recto. (...) o sea, uno lo sigue a ella al final. El guapeo”⁷.

⁷ Guapeo: Chilenismo que refiere al acto de enfrentarse, de confrontar. Guapo: Atrevido, osado, valiente

Igual la responsabilidad de todo". (Manuel L., 30 años, 2º Generación)

"Mi mamá es como todas las mujeres. Todo un misterio. A veces está feliz, a veces está enojada. Es muy rara". (Francisco, 15 años, 3º Generación)

Esto es dado por la división sexual del trabajo y por el rol tradicional, en contraposición de este padre cariñoso, pero cómplice, pasivo y permisivo, distante en los conflictos de normas cotidianas.

"Es que mi papá era un tipo tranquilo, no sé, nunca tuve problemas con él, ni siquiera me retó nunca". (Mariano, 64 años, 1º Generación)

"Mi mamá era la que nos guapeaba aquí, mi papá callado. Ese era el reto de él. Nada más que eso". (Manuel L., 30 años, 2º Generación)

Dicho distanciamiento no sucede en las grandes decisiones, como por ejemplo en el hito de matrimonio, ya que, en algunos casos apreciamos como la soledad o la vida de soltero llevó a una presión externa, especialmente del padre, a contraer esa posición y estatus social necesario para consolidarse como un "hombre de bien".

"Mi papá (...) me dijo 'sabes, tu deberías casarte antes que me muera, porque después vas a quedar solo, ya tenís tus años. Ya no la revolvái más'. (...)Y, como me llegó ya la época -dije yo- es verdad lo que dice mi papá, me voy a casar." (Rafael, 65 años, 1º Generación)

Este tipo de relación respondía a una especie de dependencia de padres e hijos, donde si bien existía violencia y condiciones de necesidad que procuraban trabajo y servicios infantiles, se tiene la sensación de que las familias estaban mejor conformadas, tal como lo dice uno de los hombres:

"Nosotros éramos tipos grandes ya, y todavía dependíamos de los viejos. Yo no sé si era temor o respeto lo que se tenía a los viejos, pero había algo que nos hacía sentir apego a la casa y a la familia. O sea, la familia era mejor constituida antes que ahora. Hoy día la familia es más desintegrada". (Martín, 73 años, 1º Generación)

Esto expresa una dependencia en lo social, donde la figura paterna autoritaria y que regulaba la vida familiar estaba presente a lo largo de la vida de los integrantes de la familia.

También hay varones que nunca conocieron a sus padres, "No hay papá. Nunca hubo" (Pablo, 16 años, 3º Generación), en la cual su relación paternal la establecen

con hermanos o con tíos. Este abandono o la distancia del padre conlleva la responsabilidad del hijo mayor a asumir responsabilidades de proveedor y protector, a diferencia de sus hermanos y hermanas.

Este es el relato de quien tuvo la oportunidad de reprochar su abandono:

“Mi papá lo conocí un día y cuando lo conocí conversé con él, lo hice llorar, yo estaba hombrecito ya. ¿Por qué lo dejan botado a uno? yo sufrí mucho en mi vida. Le dije lo que había hecho, que no nos había reconocido y que nos había dejado botados a nosotros, (...) Yo salí a dar una vuelta (...) y yo lo vi y lo salí a trincar⁸, porque uno queda botado, sufriendo con esas hambres.”
(Víctor, 82 años, 1º Generación)

En estos casos, las madres que no recibían el apoyo del padre en la crianza de sus hijos utilizaban estrategias de sobrevivencia que incluían el trabajo infantil y trabajos pequeños. El recuerdo de la crianza con la madre soltera, se relata de la siguiente manera:

“Mi mamá tuvo la familia a nosotros así no más, con papá si pero no casada, porque no conocían a nadie. Luego el papá la corrió y se fue. Se fue a pasar la vida (...). No fuimos muy bien criados, mi mamá no tenía y nos arreglábamos. Cuando uno era chiquitito abría el piquito como los pájaros. Recuerdo como ella trabajaba, se arreglaba para darnos comidita a nosotros. Yo andaba al ladito de ella, me acuerdo estaba chico, así atrasito. Ella pedía y yo servía y trabajaba”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

La figura del tío o del padrastro, en los casos de una ausencia del padre o la lejanía de éste, se transforman en una figura protagonista en la configuración del hombre, repitiendo las características y enseñanzas descritas para los padres, ejerciendo el rol correspondiente a lo masculino.

“Él me quería hartito de él aprendí a trabajar y todas las cosas de campo. Él me quería mucho. Si él me consiguió trabajo, él me decía hágalo así, él me decía ‘aquí hay gente vieja que no sabe hacer las cosas y yo no quiero que sea así’. Es que yo pase más allá. Siempre me decía que tenía que tener una responsabilidad con todo y respeto con toda la gente”. (Mariano, 64 años, 1º Generación)

“Con mi madre es buena y mala. (...) Si tengo un problema yo no le cuento. Por ejemplo, que yo quiero a una mujer, yo no le puedo contar porque para un hombre es difícil decirle de una mujer. Le cuento a mi padrastro”. (Maicol,

⁸ Enfrentar, confrontar.

18 años, 3º Generación)

Pudimos observar también el recuerdo paternal del patrón, para la generación mayor, expresado en episodios de castigo y manejo de las vidas privadas, controlando emparejamientos, reconocimientos de bebés, y casamientos.

“Esta señora mía fue empleada de ella (la señora -"patrona"- de Don Coco Barahona), antes de casarme yo. Después, cuando yo me enamoré de ella, y con el favor de ella, ahí le dijeron (los patrones) que tenía que casarse. “¿Y cuál es? – fulano de Tal”. (Estaba embarazada). Tenía que darme la prueba larga primero para la mujer y el hombre”. (Javier, 71 años, 1º Generación)

Esto refuerza la imagen paternal autoritaria, ordenada y controladora, con los simbolismos permanentes en la cultura tradicional, pero también potencia la imagen de padre/patrón como el ejemplo de masculinidad hegemónica por excelencia, del cual, emergen sentimientos de odio y de admiración, que determinarán las maneras de actuar posteriores en esa y en todas las generaciones, por experiencia directa o por historia rememorada.

“Los patrones eran bestias, (...) se acordaba mi papa que él iba con una chupalla en la mano, y poco menos que hincado a saludarlo. Y existía una que, la primer cría de una niña que se casaba tenía que ser del patrón. Si eso está en la historia. Eran como esclavos, eran como dueños, como propiedad de ellos. Si había algo, cualquier cosa, ellos interferían, para tener a la gente más amarrada”. (...)Aquí había un caballero, coco Barahona que les pegaba con una huasca a la gente, (...) Eran malos, malos, malos, si eran criminales. (...) “Muy rara vez se veía a la patrona. Había que tratarla de “misiada”, en esos años, hincados para saludar con la chupalla en la mano. Ellos no se paseaban, ellos tenían unos ministros que eran como unos perros adiestrados, ellos administraban a la gente. Ellos eran más crueles que los mismos dueños”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

“Los patrones eran abusivos antes. Los patrones eran, como uno no sabe leer y nos hacían firmar papeles falsos a veces, papeles a la vida de ellos, los contratos y cuestiones, uno caía en las ideas de ellos”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

En su mayoría, los varones revelaron poca comunicación y confianza hacia sus padres o sus figuras paternas (tíos, patrones, hermanos), pero observamos que en cada una de las generaciones, especialmente en la mayor y en la menor, es casi generalizado el hecho de que los hombres como padres se identifiquen a sí mismos

más participativos y presentes, menos distantes y autoritarios, y en el caso de los jóvenes, es bajo estas características como se proyectan en su paternidad. Pues, si bien, es el padre el más “guapo”, corresponde a la mujer la instauración del orden. La figura materna aparece también como la más conflictiva con la generación más joven, que podría deberse a un asunto de edad, propia de su etapa de adolescencia. Estos cambios en la paternidad irían posibilitando las modificaciones y adecuaciones generacionales hacia una distribución más igualitaria de algunas tareas, no así del significado y valoraciones jerárquicas de las mismas.

La presencia de la madre es lo único que se repite en todos los casos. En los jóvenes, las madres que están separadas⁹ de sus compañeros o esposos, trabajan en las viñas, de temporeras, y quienes aún mantienen a sus parejas, son identificadas como dueñas de casa. En este último caso, el hombre/padre pertenece a fundos, ejerce un oficio como mecánico, o trabaja en lo que encuentra disponible. Esto es importante destacar, ya que, por lo descrito por los jóvenes, la clara distribución de los roles en su familia se establece como lo tradicionalmente aceptado, donde el hombre proveedor, tiene a su cargo a su familia, esposa e hijos. Y cuando éste rol no existe, es la mujer la que debe salir a buscar trabajo. En ningún caso de padres de los jóvenes entrevistados que aun convivían a la fecha, se presentaba un rol de proveedor compartido, lo que demuestra que a pesar de que existan casos aislados donde ambos trabajen, esto es poco usual según los casos estudiados y registrados.

- Herencia de la tierra

Del mismo modo, hemos observado que los títulos de tierras y la responsabilidad del traspaso hacia sus familiares son y han sido de los padres, quienes compraron en sus inicios las tierras, pero también organizan la distribución a su muerte.

No hemos dividido nada todavía, estamos todos en buen haber, los hijos míos estarían recibiendo como dos hectáreas, nosotros quedamos 10 de los hermanos, murieron dos cuando chicos, así que como dos hectáreas le tocaría a cada uno. (...) Yo hice la sub división de los del tío y lo del abuelo y quedo cada cual, con lo que le corresponde, pero nosotros como familia, no, y aquí yo siembro, mis ovejitas”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“Acá si hay escritura. Acá mi abuelo le vendió a mi papi. (...)Y le compró mi papi una cuadra, para hacer la casa de más allá. Una cuadra son 12.500

⁹ En estos casos, se encuentra un mayor número de casos de separaciones de hecho por sobre la separación judicial.

metros. En el 1973. Y mi papá hizo la casa". (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

Es común ver como las tierras son propiedad comunitaria con hermanos y, si bien las mujeres también obtienen tierras, existe un desplazamiento femenino a las tierras de los hombres o a la familia de éste, dejando el trabajo o la ocupación de su propiedad a los hermanos y a las familias de éste. Solo en los casos de soltería, o en que el hombre pierde la tierra o no posee terrenos, la mujer decide ocupar su lugar en el terreno dejado por el padre.

Vemos entonces un sistema que repite la patrilinealidad tradicional y una patrilocalidad, donde el hombre determina su descendencia, y a la vez, la localización y residencia en los lugares masculinos. Estas dos situaciones permiten una sujeción y control mayor sobre las mujeres en todos los ámbitos sociales.

- Convivencia sin matrimonio (Hasta generación intermedia)

En nuestra investigación pudimos observar una preponderancia de los casos en que las parejas conviven y no establecen un matrimonio bajo las normas legales o religiosas. Esto es posible atribuir al poco alcance que tienen las ventajas o desventajas de contraer matrimonios, dejando a este ritual y estado civil como algo secundario. En otras palabras, sus vidas dispuestas y desarrolladas en pequeñas propiedades no cambiarían considerablemente, por lo tanto, el tema del matrimonio es remplazado por la acción de convivir, sin que se aprecien cambios significativos.

"Nunca nos casamos, hasta ahora nosotros convivimos, llevamos como 26, 27 años. Es que ella ya no tenía papá ya, teníamos una hija y yo le dije que si quería nos veníamos para acá (...) y aquí estamos todavía. Yo pienso que está demás (casarse) pero todo legalmente, todo, todo." (Luis, 66 años, 1º Generación)

"No casados, así juntos no más. Es que no se ha dado el tiempo todavía, no se ha llegado a acuerdo. Es que han pasado las cosas así no más y no se ha llegado al tema". (Manuel L., 30 años, 2º Generación)

Esta decisión de no casarse y optar por vivir en convivencia es tanto en hombres como en mujeres. No obstante, observamos que la decisión de no trasladarse al hogar masculino ni conformar una familia proviene desde la mujer, reflejando una imposición femenina de ciertos límites, considerando los grados de independencia y de poder

encontrados en su hogar y que podrían perder en el caso de residir junto a su pareja¹⁰.

Entendemos por tanto, que las construcciones de masculinidad y feminidad en el sector rural, han orientado las pautas culturales en la familia y en la comunidad, determinando el derecho de las mujeres al uso de la tierra, y a la residencia patrilocal y al limitado acceso a los bienes, todo esto ligado a la posición subordinada de las mujeres y a las condiciones sucedidas en su historia. De esta manera, la convivencia se entiende por sobre lo legal, las seguridades o beneficios sociales, pues éstas aparecerían como transiciones más simbólicas que efectivas en la transformación de la propia situación social. Es decir, la decisión pragmática en cuanto al tiempo ocupado, el dinero, o el apremio ante situaciones como el embarazo hacen que tanto hombres como mujeres decidan convivir o mantener su relación en casas separadas sin que afecte considerablemente su herencia, sus bienes y beneficios o su tenencia de tierras. Esto no quiere decir que no existan casos en que se hayan realizado matrimonios legales, o que el sueño de los jóvenes se determine a partir del conocimiento sobre las ventajas de las uniones legales. Esto surge como un tema sin cuestionamiento en conversaciones con jóvenes mujeres y varones, pues el formar una familia o casarse, es parte del nuevo imaginario urbano ligada a la educación, que los distancia de las otras generaciones.

Experiencias de socialización entre pares. El paso y consolidación de la adultez

- Espacios de Homosociabilidad

Uno de los elementos importantes en la conformación de la identidad masculina es que los espacios en que se desarrollan, son preferentemente masculinos, donde se expresa una competencia constante, en busca de una aprobación homosocial y el prestigio social correspondiente que les permita validar su virilidad. A partir de éstos, se va construyendo el ideal masculino dominante que traspasará generaciones y hará de estos espacios, instancias donde cada grupo de varones resignificará, reapropiará y determinará cuales son los beneficios y las presiones que se formarán en torno a ellos, y cuáles serán los castigos por no participar, o integrar actividades consideradas femeninas a los cuales son identificados como “*colepatos*” o homosexuales.

¹⁰ Si bien consideramos que en ambos hogares la mujer posee escasos grados de libertades, consideramos que las mujeres que conviven con sus parejas tienen mayores responsabilidades, como si éstas se ampliaran a dos hogares, en vez de trasladar las condiciones de un hogar a otro.

Afortunadamente este paradigma y la intolerancia hacia otras formas de socialización masculinas se han ido debilitando con el tiempo.

Los varones en el campo chileno tienen grupos de amigos con quienes se reúnen a tomar café, vino, y alcoholes hechos en los propios hogares (como aguardiente) o de procedencia comercial como ron, cerveza entre otros. En estos espacios los hombres han demostrado más apertura a contar sus intimidades entre sí y hacia el sexo opuesto, especialmente los jóvenes, donde su vida y malestares se expresan y conocen, sobre todo los problemas familiares y sexuales, pero a la vez, desarrollan instancias de validación de su hombría, a partir de la competición y la gallardía frente a diversas situaciones.

- El Fútbol

El fútbol se presenta como un espacio tradicionalmente masculino, que atraviesa todas las generaciones con la misma pasión y con las mismas condiciones desde antaño. Una extensión de tierra, un balón y varones que quieran jugar, se transforma en un ambiente netamente masculino dentro de la cancha, de tal importancia, que se reúnen familiar, amistosamente y entre localidades cercanas, de forma periódica, casi con la obligación ritual de un espacio de expresión necesario para el despliegue de la masculinidad competitiva donde se demuestra fortaleza y resistencia física, afirmando sus identidades de género. Todo esto viene acompañado por una reunión posterior, en la casa de turno de los propios jugadores, acompañado de alcohol y comida, donde se cuentan los logros y se cierra la instancia, acordando las próximas reuniones.

Para el evento masivo “oficial” entre distintas localidades de la región, llamado “El torneo”, los hombres tienen sus propias camisetas de fútbol, con árbitros, y espacios destinados para ello. Si bien hoy en día muchas mujeres ven y son fanáticas del fútbol, es raro encontrar a una mujer dentro del campo de fútbol, jugando. Por lo general se sitúan en las graderías, alentando a sus equipos que tienen a alguien conocido o con alguna relación cercana –generalmente familia o pareja- demostrando como este deporte se construyó desde siempre como un espacio propiamente masculino.

“La pelota no más, si no hay otro. Las niñas no po, esas se la hacían en la casa, ayudando a la mamá. En la casa jugaban todo eso. (Muñecas)” (Javier, 71 años, 1º Generación)

“Nos íbamos en un bus a una cancha nos amanecíamos cuando había lunita de verano, jugando futbol. Los puros hombres. Las niñas jugaban hartos juegos

que ellas conocían en sus tiempo, el de la “ronda ronda”, cosas así, cantaban hartas cosas bonitas, pero de repente si compartíamos harto”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

“Nosotros el único deporte que tuvimos a la pelota no más. (...) No se no creo que hayan tenido (juegos) porque las hermanas mías también eran igual que uno, menos le daban permiso. (...) se llevaban en la casa o en la escuela cuando jugaban no más”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

“Nosotros éramos fanáticos de la pelota. (...) A esta hora cuando nos estábamos desocupando estábamos jugando. Jugábamos con los hermanos y vecinos. (...) Mi hermana era más tranquila, no se metía mucho con nosotros. En algunas cosas sí, pero a la pelota no. Pasaba más con mi mami, en la cocina”. (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

“Mientras nosotros jugábamos a la pelota, las mujeres estaban en la casa. Igual ahora ha cambiado la mentalidad, hay equipos de futbol femeninos. Pero igual en el campo no hay mucha motivación”. (Pablo, 16 años, 3º Generación)

“Al que jugaba con las mujeres todos lo molestaban porque era colepato”. (Maicol, 18 años, 3º Generación)

La iniciación en este deporte/práctica se realiza a través de la presión de los pares, o de hermanos mayores, padres o tíos. Todos los varones han tenido alguna experiencia en el futbol, por lo menos una vez en su vida, a pesar de no ser buenos para ello. Esta instancia reúne a los hombres de todas las edades y todos los sectores, siendo claramente una actividad traspasada de generación en generación, donde el conocimiento y la enseñanza van por los varones cercanos en su crecimiento y socialización.

Las instancias fuera de la cancha, mientras se desarrolla el partido, tienen un carácter menos competitivo y más relajado, en contraste a la presión y las frustraciones que emergen sólo en el espacio donde se encuentran sólo los hombres jugando.

- La Trilla

Esta actividad aparece también como un espacio netamente masculino, la cual se desarrolla en función de un trabajo con la tierra y con las máquinas, reemplazantes de las yeguas de antaño. Esta labor se realiza luego de la cosecha de trigo, con el fin de separar el grano de la paja, generalmente en los meses de verano.

En este espacio masculino se mezcla el trabajo, la tierra y la complicitad de

género, surgiendo en una instancia de producción, todos elementos propios de la masculinidad rural. La distribución de materiales, el pedir prestado cuando faltan los sacos para echar el trigo, la organización sobre la preparación del cordero posterior a la faena, el espacio estratégicamente distribuido para que no se escapen los otros animales, y los acuerdos de mediería o cooperación, hacen de este acto productivo esencialmente varonil donde se despliega el conocimiento traspasado de generación en generación, y donde las mujeres se integran en la preparación de la comida.

Así se nos presenta este relato de las trillas en las épocas pasadas.

“Existían las trillas, se sembraba en el cerro antes o no había acceso a maquinas trilladoras, y trillaban con caballos, que llamaban trilla a yegua suelta, y esa era una verdadera fiesta. En grande. (...) puros hombres, pero las mujeres estaban haciendo la comida, iban a servirle el pencacito para refrescarse, y finalmente en la tarde eran las cuequeras, y la cantora le decían a la mujer que tocaba la guitarra. Esa era parte de los carretes del campo. (Martín, 73 años, 1º Generación).

Frente a la suerte de participar en una trilla moderna, pudimos observar que esta actividad sigue siendo masculina, siendo, notoriamente, la única mujer en la actividad. Como pudimos apreciar, son los hombres los encargados de reunir los materiales, tales como máquinas y sacos, y designar quien será el encargado de aportar con el animal que será el asado, luego de la faena. Por otro lado, en la ejecución de la actividad, y a pesar de la utilización de máquinas y tractores, el caballo aún sirve como un transporte y herramienta, y con el cual se controla a los demás animales para que no interfieran con la labor y/o no se escapen del lugar designados para ellos. Esto demuestra que este espacio homosocial continua siendo diferenciador de género, repitiendo la idea del trabajo con la tierra como una actividad masculina, así como el ritual de preparación de la carne que servirá de alimento, el cual se diferencia de las preparaciones femeninas, circunscritas a la cocina y al interior de las casas.

- El Asado

Otro de los espacios donde se valora y se valida la masculinidad, compartiendo en un espacio distendido las anécdotas, los logros y las burlas, es la reunión en torno al asado. En él, al ser en un espacio abierto, fuera de la cocina, el encargado debe ser un varón que demuestre sus conocimientos para preparar la carne del animal de su propiedad y recibir la admiración de los demás.

Este ritual es frecuente en las generaciones mayores e intermedias, y en reuniones familiares, donde generalmente acude una gran cantidad de gente, proporcional a la constitución de las familias en esta localidad rural.

"Cuando vienen los niños se hacen sus asados y hay que compartir con ellos". (Aladino, 54 años, 2º Generación)

Las mujeres, por su parte, no requieren de la exposición de su conocimiento sobre la carne animal, por lo que su participación generalmente se hace desde el espacio interior, en la preparación de ensaladas, el pan y la limpieza. Tal como lo dice Huberman "El hombre se va a sentir menos hombre si lo hace (el asado) una mujer" (Reinhold, 2013)

- La Plaza

La plaza, ubicada en el centro de Nilahue Cornejo, constituye un lugar de encuentro y de paso. Su decoración deteriorada, con aires de que en alguna época se quiso hacer algo más familiar e infantil, presenta focos dañados, juegos pintados y letreros oxidados.

Este espacio, a pesar de no ser preponderantemente masculino, varía en su uso según sean mujeres u hombres quienes lo utilicen, y cual sea su generación. Los varones jóvenes se pasean y congregan día y noche, con un incentivo de tomar alcohol o de compartir en este sitio. Es el lugar donde encuentran el espacio para *"Tomar en la plaza a veces, en la noche"* (...) *"chela, pisco ron, vodka, de todo"* (*"Piña"*, 17 años. 1º Generación).

Al parecer, el desplazamiento de las mujeres jóvenes es desde las casas al colegio y a otras casas, puesto que ellas no se instalan en el día en la plaza. El "carrete" o fiesta juvenil, empieza en la plaza pasada las ocho de la noche. Ahí empiezan a llegar las mujeres jóvenes, pero éstas lo utilizan como un lugar de paso y no como un lugar de llegada.

Para las generaciones intermedias y mayor, si bien su uso es mixto, la plaza es ocupada de distintas formas por hombres y mujeres. A veces llegan madres a aprovechar los juegos infantiles con sus hijos, pero nunca se vio un grupo de mujeres solas. En cambio, los hombres de estas generaciones se vieron en condiciones de ebriedad o de enfermedad mental, estableciendo conversaciones a gritos o durmiendo al sol.

- Almacén y Centro de Máquinas Tragamonedas

Las máquinas de Tragamonedas que se encuentran en el almacén cercano a la plaza también son centro de reunión tanto de hombres como de mujeres, con distintos propósitos. Para las mujeres es la compra de productos para la casa, o la apuesta en las máquinas. Para los hombres, sobre todo de edad mayor e intermedia (los jóvenes están en la plaza), es un lugar donde se reúnen a conversar no más de 6 personas, con vista puesta en la plaza y a los caminos de acceso que tiene la localidad. Es interesante ver como todos los varones se instalan (de pie o sentados) mirando hacia afuera, y no mirándose entre ellos.

Este espacio se presenta como un lugar de encuentro, descanso y conversaciones de tiempo libre, establecidas en un punto donde no se establece mayor contacto que la conversación. Esto se suma a otras actividades sociales y/o del azar, que son utilizadas preferentemente por los jóvenes.

“Se juega en los negocios de la plaza”. (Francisco, 15 años, 3º Generación)

“La principal actividad para el verano es jugar poolina, es como pool inglés, es como de una forma más fácil”. (Francisco, 15 años, 3º Generación)

- Velorio

Tuvimos la oportunidad de participar en un velatorio de una de las pobladoras de Nilahue Cornejo, donde observamos una distribución espacial regida por el género, lo cual nos habla de dos maneras de concentrar ambos espacios (público y privado) en una ceremonia religiosa ligada a la muerte, donde las ubicaciones son determinadas por el género.

En este ritual, el ataúd se encuentra en la sala/comedor de la casa de la difunta o de uno de sus familiares, mientras que las mujeres con sus rosarios se ubican rodeando el féretro, rezando los avemarías correspondientes. En el caso de los hombres, éstos se encuentran afuera, en el patio, mirando a través de la puerta, con los sombreros en el pecho, en símbolo de respeto, siempre respetando los límites espaciales, o bien preparando el fuego que calienta el vino que se les ofrece a los visitantes.

Es interesante notar como este espacio exterior se consolida masculino, pero su razón no estriba en que no existan mujeres en su espacio público, sino porque en el espacio privado, donde la muerte es velada particularmente por las mujeres, y donde el rosario –símbolo de religiosidad- sólo es portado y utilizado por ellas, no existe

ningún hombre participando. Dicho de otra manera, el exterior es masculino, porque el interior es exclusivamente femenino.

Esta separación donde los hombres no entran al lugar femenino, íntimo con la muerte, establece las diferencias más notorias en cuanto a la importancia de los límites espaciales en la configuración de género masculino, donde esos límites no son cuestionados, y son naturalizados, y prohibidos para quienes pertenecen al sexo opuesto, no así del lado contrario, lo que demuestra que el dominio de lo privado no sólo va por las cosas domésticas, sino también por ciertos lazos íntimos y emocionales, que el hombre prefiere observar de fuera.

- El Rodeo

En este espacio de competencia y dominación de la naturaleza es donde se observan los atributos masculinos rurales por excelencia: Control y conocimiento de las bestias, fuerza, exhibición y búsqueda de reconocimiento. En ellos se expresa el deseo de mostrar su capacidad para domar y de triunfar en competencia, y a la vez, donde se aprecia la importancia de la aprobación “homosocial” y la admiración de sus congéneres y de las mujeres.

El varón que no participa de esta instancia, no sólo amenaza la búsqueda y posible reconocimiento de su valentía y virilidad, sino también desafía la identidad del hombre de campo, y su trascendencia en el tiempo, como un valor esencial en la conformación masculina de esa localidad. El uso del caballo, el poncho y el sombrero eran costumbres que en estas instancias adquirirían un aspecto de ritual y diferenciador de status y de género, donde el alcohol cobraba un importante papel en el desenvolvimiento social, y donde las mujeres eran confinadas a las tareas domésticas y al servicio de los varones y la fiesta. Esta tradición no sólo se recuerda con nostalgia, sino que también es realizada en la actualidad, por varones de distintas generaciones.

“La gente se tomaba sus... pero a escondida. ¡Si la gente era buena para el toque! Y para los 18 hacia un rodeo el jutre¹¹, pero íbamos como 10 personas por casa, y eran hartas casas. (...) más de cien personas en poquitas casas (...). El 18 le gustaba marcar al jutre, capaba sus 100 novillos, los marcaban todos, y hacían cazuela y traía un chichón que tenía en la bodega, yo iba como un pollo, hacían vino, harto malo, (...). Ahí no peleaba nadie. Después la gente si quería tomar tenía que ir a buscar a Santa Teresa, a una bodega que se

¹¹ Modismo chileno que quiere decir: Patrón, futre, dueño del fundo.

llamaba el chingue". (Javier, 71 años, 1º Generación)

"...de hecho corro en rodeo. No he dejado de practicar cosas que se hacen en el campo". (Daren, 17 años, 3º Generación)

En el doble dominio y control, sobre el caballo y el bovino, se reflejan la necesidad de adquirir mando, jerarquía y poder. El estar sobre el caballo lo posiciona, no sólo como un varón, sino como un varón de campo, como sus antepasados lo hicieron, y en los cuales se conformó *"un estilo masculino en que el dominio del caballo, la presencia en faenas y ritos festivos contribuyeron a establecer mecanismos de integración social particulares"*. (Valdés, 2000)

La figura del hombre a caballo, con una postura y una actitud viril y fuerte, con destreza en el dominio de la naturaleza y el control sobre las mujeres, es parte del ideal masculino de huaso, que encontraba en el pasado su espacio de expresión en una actividad ganadera productiva, pero que actualmente, con los cambios en la vida rural y la modernización, es parte de una revalorización y resignificación de este tipo de instancias rituales del mundo campesino y de su imagen varonil, adecuadas en el contexto festivo y no como parte de la faena laboriosa.

- Las Dinámicas Escolares

Las dinámicas que se producen dentro del espacio escolar, entre alumnos y con los profesores, también reproducen y refuerzan ciertos roles que permanecen en la estructura social de la localidad, a pesar de las transformaciones que mencionaremos más adelante.

Por un lado, observamos que en las generaciones mayores era fundamental el trabajo infantil por sobre su asistencia a la escuela. De esta forma, la opción por el trabajo, sumada a las distancias que se debían recorrer para llegar a las pocas escuelas disponibles¹², obstaculizaba o negaba la asistencia de los niños y jóvenes a los establecimientos educativos. La decisión de asistir o no podía ser desde los padres como de los propios hijos que asumían la responsabilidad de trabajar para subsanar las irresponsabilidades paternas o la ausencia de éste, o para contribuir con la familia en sus trabajos respectivos. A pesar de las condiciones, una gran parte de los hombres mayores pudo asistir unos dos años en promedio a la escuela, aunque después decidieron enfocar su acción en el trabajo. Estos espacios eran mixtos, donde

¹² Los colegios que existían pertenecían a los Cornejo, al Fundo Baraona, La Quesería, y al Fundo Pumanque. Este último, destinaba un espacio de su tierra lejano al fundo.

las mujeres también debían asistir a las escuelas, y luego a trabajar, o bien, casarse y asumir su rol doméstico.

“Yo matriculado estuve dos o tres años, pero no fui casi nunca. Porque había que trabajar. Había que salir a vender, había que ir a ver los caballitos, había que madrugar para ver a los caballos”. (Rafael V., 68 años, 1º Generación)

“(Las mujeres) Terminaban el colegio, después se casaban y se iban a la casa”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

En las generaciones jóvenes se reproducen diferenciaciones de género que reafirman los roles de género y la exclusión de las mujeres de ciertos ámbitos a pesar de los cambios vividos por el país a través de la obligatoriedad y por el acceso de la mujer a los estudios superiores.

“Hay pocos de mi generación que seguimos estudiando (en la universidad): 10 de 40. Menos son las mujeres. Aunque por lo menos en mi generación es compartido. Quizás por problemas familiares o económicos. La mujer teniendo una guagua se complica”. (Sergio, 24 años, 3º Generación)

Estas diferencias son identificadas por los mismos actores jóvenes y se ejemplifican en las diferencias en torno a las motivaciones escolares y en las formas de corrección o de participación reguladas por los docentes, pues son éstos los que permiten las conductas desordenadas de los hombres o resaltan los comportamientos positivos en ellos, a diferencia de lo que sucede con las mujeres.

“Hay profesoras que, donde estudiaba yo, yo veía que había mucha diferencia. Por ejemplo, los hombres estaban trabajando: “¡oh, un milagro!”, en cambio una mujer está trabajando: “ah, trabaja no más”. Es como una gran diferencia”. (Patricio, 17 años, 3º Generación)*

“El tema de la discriminación contra la mujer yo la vivía porque en mi liceo, hace poco que es mixto, y como era un liceo industrial, hay pocas mujeres. En mi curso tenía dos compañeras de 45. Entonces como que siempre iban a hacer algo y “¡noooo!” mandaban a los hombres siempre. Y había una que siempre le pegaba a la puerta, y decía “pero si igual yo lo puedo hacer” y todos decían “¡noooo!”. Y siempre peleaba por eso”. (Luis, 18 años, 3º Generación)

Por otro lado, las escuelas también constituyen espacios de reproducción de estereotipos. Esto se observó en las diferentes descripciones que se realizaron de la escuela, ya sea en la época hacendal o en la actualidad. Es en esta etapa donde las

identidades se construyen a través del refuerzo constante de patrones culturales a través del sexo biológico, expresándose en juegos, actividades, comportamientos de niños y niñas, el “deber ser” y “deber hacer”.

“Hay señoritas que estudian para señoritas, y otras para tontas”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

“Pero también hay señoritas. Hay algunas que quieres seguir estudiando y otras que quieren estar acá (en la localidad). Y otras que quieren quedar embarazadas al tiro”. (Pablo, 16 años, 3º Generación)

El espacio escolar también sirve como escenario donde de una u otra manera, los niños y las niñas forman grupos del mismo género, y donde sus encuentros e interrelaciones tienen delimitaciones y códigos propios, siempre en oposición al sexo opuesto. Aquí también se incluyen aquellos juegos diferenciados según sexo-género, como el fútbol, las bolitas, y aquellos donde existe una interacción limitada y condicionada, como por ejemplo las naciones.

- Los internados

Luego de estudiar la educación básica en la Escuela ubicada en Nilahue, los jóvenes en su proceso educativo, se trasladan a liceos o institutos en ciudades o pueblos cercanos, lo que significa un cambio radical, no sólo por la distancia familiar que se genera y los nuevos grupos sociales con quienes interactúa, sino porque, para aquellos que se trasladan a internados o colegios de hombres, el paso de una infancia mixta a una conformada sólo por hombres implica la intensificación de las dinámicas masculinas en los adolescentes, al establecerse en un espacio meramente masculino. No obstante, en sus conversaciones, apreciamos que también se estrechan las relaciones homosociales aunque no se reconozcan en una primera instancia.

En el espacio de los internados masculinos, las mujeres pertenecen a otro círculo (colegios cercanos femeninos), y son en oportunidades particulares donde se buscan encuentros y reuniones entre ambos, siendo la mayor parte del tiempo dedicado a relacionarse con sus congéneres. Aquí las dinámicas de violencia y compadrazgos son intensas, en un marco de reglas de convivencia y espacios de liberación importantes.

Para algunos de los jóvenes entrevistados, la percepción sobre aquellos jóvenes que se inscriben en colegios o liceos mixtos sólo para relacionarse con el otro sexo-género, es identificado como una decisión mala y “mediocre”:

“En Santa Cruz hay un colegio que es como el bakan, que es donde van todos, el poli, es técnico, pero ahí algunos tienen una mente tan pequeña, ¿Por qué es bakan el colegio? porque van hombres y mujeres, es mixto, entonces van todos ahí y sacan un técnico todo cagado”. (Piña, 17 años. 1º Generación)

El desplazamiento físico a internados o a colegios masculinos ubicados fuera de la localidad, generalmente en las ciudades cercanas, implica un alejamiento de sus familias la mayor parte del año, pues su hospedaje permanente se desarrolla en la misma institución educativa, en posadas o piezas arrendadas. Esto marca una diferencia con los jóvenes de ciudades que no deben trasladarse ni abandonar el hogar para estudiar, los que los hace más independientes y a la vez más respetuosos de la familia que el resto de sus pares urbanos, pero también de sus pares femeninas, cuya experiencia de desplazamiento es menor.

“Así uno se acostumbra antes, por ejemplo, las mismas chiquillas no están acostumbradas a estar fuera de sus familias. Algunas si y otras no. Y después cuando tengan harto tiempo va a pesar”. (Daren, 17 años, 3º Generación)

“Aparte que nos ayuda a tomar bien las decisiones, con lo que aprendimos afuera, estando solo. Le tomas el valor a las cosas también. De repente nos empezamos a sentir más grandes. (Patricio, 17 años, 3º Generación)

Esto demuestra las percepciones y comprensión respecto al espacio masculino en el cual están insertos, valorándolos como una etapa de crecimiento y como símbolo de responsabilidad y madurez, elementos propios de la masculinidad.

Ritos de validación entre pares

La distancia frente a la infancia temprana también condiciona la forma como se presenta o no la conducta joven adulta. En este aspecto cobran aún más importancia aquellos rituales, prácticas e hitos que definen la adultez-juventud, tales como el trabajo, el alcohol y el cigarro, la capacidad sexual, la resistencia física y las relaciones con el sexo opuesto.

Los ritos de validación masculina también constituyen uno de los elementos que no han sufrido mayores cambios en generaciones, debido a que constituyen uno de los factores establecidos culturalmente en nuestro país para identificar los diferentes procesos etarios, y que se refuerzan en cada una de las instancias descritas como espacios de desarrollo, propios y exclusivos de la masculinidad.

Independientemente de los espacios, nos referiremos a ciertos ritos en los cuales

existen presiones de los pares. La ingesta de alcohol en una localidad rural está relacionada a sus usos y costumbres, tradiciones, fiestas, trabajos, rituales, entre otros, permaneciendo a través de generaciones. Es un medio para la socialización y validación de su género entre los hombres, a la vez que fomenta la complicidad entre ellos.

En primer lugar, tenemos la presión de los pares masculinos hacia la iniciación en el alcohol. Este rito ha variado en la composición del grupo. En la generación mayor, en la época hacendal, el grupo de pares se constituye con hombres mayores, donde todo se definía por los grupos de trabajo en el cual el joven estaba inserto. Esto también ocurre en la generación intermedia pero en trabajos no hacendales sino de fundos donde comienzan a trabajar desde pequeños. Este hecho cambia en los más jóvenes, donde los pares pertenecen a su mismo rango de edad, generalmente amigos del colegio o de localidades cercanas.

“Los padres nunca dieron vino. Yo me acuerdo ya hombre, cuando había chicha me convidaban los más grandes, (...) Tenía como 10 años. Pero trabajaba ya. Ahí me convidaron a tomar chicha. Yo estaba cachorro, pero no a tomar si no a empezar a probar el licor”. (Javier, 71 años, 1º Generación)

"Fue chico. Mi papi nos hacía tomar un vaso de vino cuando nosotros teníamos como 10 años. Compraba una garrafa para el cada cierto tiempo, o chicha también compraba, y él nos daba. Y me gustaba tomar un poquito. (...) Mi papi no nos quitaba que tomáramos, por eso a lo mejor lo hizo bien. Porque hay otros que hasta los 15 o los 18 años le prohíben, y después se lo toman todo". (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

Los jóvenes entrevistados también mencionan que, a diferencia de generaciones anteriores, la mayoría aprendió a beber alcohol con sus pares de igual edad y no con sus padres o pares de generación mayor. Es por esto que se aprecia un traslado en el agente principal de enseñanza de este rasgo de virilidad y de validación masculina. No obstante, el padre constituye siempre un ejemplo o un aporte en este tipo de costumbres ya sea a través de su negación o su permisividad. Del mismo modo, no se observó un desplazamiento importante en el punto de iniciación, en comparación con la edad demostrada en generaciones anteriores.

“A los 14, en Santiago, hice la cimarra y nos fuimos a una disco. (...) Estábamos tomando puro winky pelaito, y yo nunca había tomado. Empecé a tomar y me curé. Llegue a la casa apenas. Me fui directo al baño. Me fui durmiendo en la micro, con mi amigo, me fue a dejar a la casa y del baño no

salí". (Maicol, 18 años, 3º Generación)

"Nadie te enseña, Se aprende solo. Sin instrucciones". (Daren, 17 años, 3º Generación)

"Parece que en sexto. Con mi papá. Estábamos acampando en la playa con ron, estábamos como compartiendo y yo como nunca había tomado tampoco, con un vaso ya estaba muerto. Mi papá no me dijo nada. Él también estaba curado". (Gustavo, 17 años, 3º Generación)

Las edades y los contextos sociales y familiares determinarán también las presiones, los comportamientos, los rechazos y los rituales de validación de hombría, así como en los valores masculinos que se pretende demostrar. En los jóvenes particularmente, se deja de lado la madurez y la responsabilidad del trabajo, a través de la influencia de sus mismos compañeros de edad, orientándose como conjunto al tiempo libre y las fiestas como espacios preferidos y recurrentes, por sobre las fiestas en comunidad de antaño. Asimismo, la iniciación también difiere en el grado alcohólico y en las opciones de bebidas, siendo en tiempos anteriores, común la ingesta de vino, aguardiente en grandes cantidades, mientras que ahora se realizan con cerveza, pisco y otros alcoholes que tienen a su alcance.

Si bien observamos que en la etapa de adolescencia y juventud es cuando los jóvenes reciben mayores presiones externas procedentes de su contexto para su socialización y validación de la masculinidad, encontramos en la generación mayor e intermedia, más casos donde hubo iniciación tardía en comparación a sus pares, siendo su primera experiencia de borrachera después de los 20 años, lo que nos lleva a pensar que las presiones de pares de la misma edad puede ser más efectiva y colectivamente constante, que en los casos mayores, donde el consumo permanente es más cotidiana y personal. Esto además lo entendemos como un distanciamiento en el ritual de iniciación a la hombría a través del alcohol por parte de la generación mayor, cuya transición está ligada más al trabajo temprano y al asumir responsabilidades frente a su hogar. De todas maneras, creemos que la iniciación al alcohol produce un acercamiento entre varones, ya sea en lugares de trabajos con hombres mayores, como sucede con aquellos relacionados con el trabajo en haciendas o fundos, como son los varones de la generación mayor e intermedia, o en lugares que permiten la experiencia de pares de la misma generación, como sucede con los jóvenes y parte de la generación intermedia, como una estrategia social para demostrar su valentía y experiencia frente a los demás varones.

También observamos la existencia, en menor medida, de una presión ejercida por los padres frente a los hijos, para su validación masculina, los cuales incitan el aprendizaje desde pequeño para tener controlada en el futuro esta acción, *“¡Había que enseñarle!” (Luis C., 66 años, 1º Generación)*

Asimismo, las peleas constituyen también un rito en el cual todos los hombres han participado, con menor o mayor estímulo y gratificación, y donde se pone a prueba la virilidad, donde se reúne la valentía y la fuerza para controlar a otros y reafirmar su imagen masculina protectora, violenta y competitiva. De esta manera, la violencia se considera como la herramienta donde los hombres se validan, cuando alguien les amenaza su espacio, o bien, como un fin en sí mismo, cuando son ellos los que inician las rencillas sólo por la acción de luchar. Esto depende también del entorno familiar y amistoso, como también del tipo de personalidades.

“Yo les ponía un puro no más, con uno no más. Uno tiene que aprender solo a defenderse. No era grande pero igual no más, les dejaba caer un puro no más. Una vez me tuvieron bien jodido, porque cayó un cabro al hospital, (...). Uno puro, si yo le pegaba uno puro. Si uno no debe pegar más de uno”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

Las relaciones entre hombres y la validación de su virilidad con sus pares es a través de la capacidad de luchar, de evitar conflictos y de las peleas enfrentadas.

“En total, en total, en total, ¡juy!, ya no tengo la cuenta. Yo más de 50 yo cacho. Pero fuera de la escuela es algo infinito. Yo me considero bueno para pelear, sí... Si me buscan. Si me dicen algo, ahí o busco al tiro. Y nunca pierdo. Si alguien me dice algo y yo le tenía buena onda,.. cagó. Pero yo tampoco no pego a los de mi edad. Peleo con más grandes. Dos años más o más”. (Piña, 17 años. 3º Generación)

“Yo soy más pacífico para pelear. A mano limpia no más. Por puras tonteras, porque te cae mal alguien... hasta que le pegai no más”. (Luis, 18 años, 3º Generación)

Ninguno de los entrevistados de la generación intermedia reconoció ser de peleas, ni siquiera de confrontaciones. Solamente la palabra directa y el no dejarse atropellar reflejan o son reconocidos como formas de defender su dignidad o espacio. La pelea sin razón aparente, es el motivo por el cual podrían enfrentarse a alguien.

“Soy tranquilo, pero la confrontación no me gusta. Soy directo para las cosas,

pero no me gusta el confrontamiento. Nunca he peleado a combos con nadie".
(Manuel B., 46 años, 2º Generación)

Entendemos que la violencia ejercida entre los hombres forma parte de la identidad masculina, donde la probabilidad de que un hombre viva momentos de violencia en nuestra cultura es muy alta. Esto se demuestra en todos los relatos obtenidos, donde todos han sufrido actos de violencia o las han iniciado, siendo un rito de validación masculina, pero no exclusivamente individual, pues aquellos hombres que se reconocen como pacíficos, no tienen problemas con su autovaloración masculina, aunque si la identifican como una prueba que debían enfrentar.

Por otro lado, el cigarro y las drogas son manifestados como un aprendizaje que se obtiene por los grupos de pares, donde la presión o la curiosidad, hacen de estos, una amplia opción de integrarse a los grupos de pares o bien, enfrentarse a ellos, como una forma de conservar su identidad juvenil frente a los "otros" de su edad, antes mencionados.

"La primera vez que fume, eso empieza en el colegio también. Había uno que llego de san Bernardo (...), ya hombre ya, debe haber tenido sus 20 años y él llegó con cigarros. Ese fumaba y un día dijo 'quieren', me acuerdo que uno fumó, pero ese ya había fumado, yo le pegué una chupada y boté el humo y me dijo "no así no", y le hago yo y me atoro, después ya aprendí a fumar y ahí hacíamos vaquita y comprábamos unos cigarritos. (...) Bueno ahí fumaba por monería no más". (Mariano, 64 años, 1º Generación)

"Mis amigos me enseñaron a fumar (cigarro). Aquí veía a mi mamá y en Santiago con mis amigos. Estaban fumando y les pregunté que "qué se sentía" y me dijeron 'prueba'. Y ellos me enseñaron a fumar. Pero no sé, lo hago ahora de mono, porque no tiene ni un brillo. No siento nada". (Maicol, 18 años, 3º Generación)

"Una vez me dieron a probar (droga) pero no quise, le dije que no. Me dijeron que "si no lo hacis eris maricón", y le dije "si tu eris amigo mío no tenis porque obligarme", me dijo "ah no, estamos bien". En Peralillo. En el bus del colegio igual. Pero es mucho mejor que el cigarro. (Maicol, 18 años, 3º Generación)

Estas dos formas contrapuestas de reaccionar, demuestran una necesidad de ser aceptado en su grupo inmediato, pero también de procurar no arriesgar su estatus social, al no caer frente a la presión de un grupo considerado "drogadicto" del cual no quiere ser parte, aun manteniendo los lazos de amistad.

Finalmente, las primeras conquistas y relaciones con mujeres se desarrollan en la juventud tardía, a diferencia de las nuevas generaciones, aunque existen excepciones. Estas experiencias eran de corta duración, *“eran cositas de pasada así no más, (...) pero poco, no mucho”* (Víctor, 82 años, 1º Generación), condicionado por las distancias, las amistades y los traslados de trabajos.

“Un poco antes del servicio debe haber sido, la conocí una vez que fui a un paseo donde unos amigos y allá había una niña y enganchamos. Duró pocazo, no mucho, porque después yo me vine. Ahora viajan pero antes no se podía ni viajar, no fui más y después la niña parece que se casó con otro cabro que era de por ahí mismo”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“Tuve otras pocas unas por ahí pero por poco tiempo, a los 18. La conocí así en trabajo también porque fui a trabajarle a un tío mío”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

“...También por esas edades. En el colegio fueron como pinchazos, no como el pololeo de hoy día. Amigas sipo, amigas de pinchazos, pololeo como más formal, ya más adulto, como un año. Yo creo que ambos nos conquistamos. Era de la universidad. Fue como en la época de estudio, y después cada cual seguimos en nuestros caminos. Yo creo que fue serio pero ambos no estábamos... no se po, son cosas que se fueran dando”. (Walter, 40 años, 2º Generación)

El inicio de una sexualidad actúa como un estatus de cual sentirse orgulloso como hombre, aportando a su historial de experiencias de placer y de “victorias” frente a sus pares y al sexo-genero opuesto.

Establecimiento de la familia y la importancia del trabajo

- Estereotipos. Roles de género y la división sexual del trabajo

El rol observado y enseñado desde la infancia, se concretiza en la conformación del propio núcleo familiar o en las tareas designadas en las relaciones familiares o sentimentales, consolidando el estatus indicado para cada género, es decir, contando con cada uno de los privilegios y obligaciones correspondientes a lo esperado por la sociedad para hombres y mujeres.

La puesta en práctica de los roles enseñados se van adecuando a los nuevos contextos y a las vivencias que no se quieren repetir como padres de hijos, por lo que,

esta relación distante que consolidaba la masculinidad tradicional¹³, va a ir sufriendo transformaciones donde el trato afectivo es trascendental para modificar las conductas parentales de los hombres en las generaciones venideras.

Las dinámicas de género que se desarrollaron al interior de las haciendas establecieron patrones familiares y de dominio de espacios diferenciados según el sexo, lo que incidió en las prácticas y representaciones sociales femeninas y masculinas. Los hombres desarrollaron sus actividades en espacios abiertos y públicos, lugares donde se establecen las relaciones de prestigio y el reconocimiento social, de acuerdo a su estatus y relaciones con el patrón y “ministros”¹⁴, de modo colaborativo o conflictivo, y mientras las mujeres se encargaban del espacio recluido, en el hogar, relacionándose socialmente a través del hombre de la casa.

Tanto para los adultos como para los jóvenes, el buen hombre de campo tiene la idea de ser el único proveedor en su hogar. Es por esto que existe la reticencia de dejar a la mujer salir a trabajar fuera del espacio doméstico, a pesar de protestar por el peso de llevar la carga económica, pues ello permite su supremacía en otros aspectos relacionados, como el control de dinero, el orden y descanso correspondiente como privilegio del varón trabajador. Esto se expresa más claramente en los casos donde las mujeres trabajan de forma remunerada, dentro y fuera de las casas, en almacenes anexados a la vivienda, elaborando pan y otros productos en las propias cocinas y hornos, y las temporeras en fundos cercanos.

“Mi mamá en la pura casa. Nunca trabajó afuera, es que mi papá nunca aguantó eso, y a mí no me habría gustado tampoco, pero como es aquí en la casa”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

A partir de las conversaciones se pudo apreciar un discurso de igualdad, el cual no se concretiza ni se hace efectivo en algunas ocasiones, ya que el hombre ocupa un rol de “apoyo” doméstico - más que de responsabilidad inherente- en las tareas pesadas y de controlador de los ingresos, a pesar de que los dos cumplan un rol de proveedor.

“(En cuanto a las responsabilidades masculinas) Hartas cosas, la plata, la responsabilidad, toda esas cosas. (...) (En cuanto a las responsabilidades domésticas) Entre los dos igual (...) porque si yo llego primero, que ella ahora está trabajando en el mismo fundo donde trabajo yo, yo caliento la comida. Si ella llega primero, ella calienta la comida”. (...) Aparte de hacer aseo, pero

¹³Ver “Socialización de la Masculinidad” el párrafo referido a la relación paternal, pág.:48

¹⁴ Concepto local que designa a capataces y/o trabajadores cercanos al patrón.

cuando hay que barrer, cuando hay que hacer aseo también hago si hay que hacer almuerzo también hago. Lo que no he hecho nunca es pan. (Manejo del dinero) Yo la cuido más, ella la gasta toda. (...) Pero ella se paga y me pasa la plata a mi pagamos todo entre los dos todo lo que hay que pagar o sea con la plata de ella o con la mía y después el resto me lo pasa a mí y yo lo guardo". (Aladino, 54 años, 2º Generación)

De acuerdo a lo observado, coexisten dos representaciones sobre el rol paternal, una relacionada con la percepción de una rígida división sexual del trabajo, y otras en donde los hombres perciben a lo "masculino" como la posibilidad de asumir el cuidado y crianza de los hijos e hijas. Decimos "coexisten" porque si bien los padres se han acercado en la labor afectiva y en aspectos de la crianza, la labor del cuidado de necesidades básicas y de educación corresponde a las madres. Dejando las enseñanzas exclusivas del mundo público a la relación padre-hijo, pero alejándose del quehacer doméstico rutinario y permanente. Esto se observa tanto en lo discursivo como en la práctica, donde se asume natural esta diferencia, aunque se intente parecer más participativo. Entendemos que al mencionar la labor de cuidar a los hijos e hijas, la expresión se transforma en un concepto muy general que abarca distintas tareas de menor o mayor grado de complejidad y tiempo destinado (cuidado diario, aseo, ir a reuniones de apoderarlos, retarlos o preguntarles todos los días como están). Cada hombre entenderá su rol de "cuidador" en base a su experiencia de paternidad. Es posible que los hombres mencionen su participación como una virtud, pero en la práctica diaria observada, son las mujeres las que cumplen ciertos roles (madres e hijas), mientras que ellos colaboran sólo cuando las condiciones los obligan a ello.

"(Sobre el cuidado de los hijos)...Ella, y cuando estaba enferma ella a veces, me tocaba a mí también. (...) Como urgencia. (...) Aunque aquí uno para eso tiene poco tiempo porque tiene hartas cosas". (Aladino, 54 años, 2º Generación)

Esto lo pudimos apreciar en todos los casos de distintas generaciones, donde los hombres profesaban igualdad y participación, pero en ciertas ocasiones asumiendo el avance y apoyo pero considerándolo como una "ayuda", no como una obligación o un "deber ser". Esto se desarrolla en un marco de actitudes y diferencias con las mujeres que los rodean, demostrando la distancia entre lo ideal y lo real. De esta manera se confirma lo conceptualizado anteriormente en el marco teórico de acuerdo a las

proposiciones referidas a la división sexual del trabajo, aspecto central para cualquier estudio con perspectiva o enfoque de género o al reparto de tareas en función del sexo.

A pesar de observar un cambio en las generaciones más jóvenes, y de acuerdo al contexto global que exige y proyecta mayor participación y responsabilidad directa en el cuidado de los/as hijos/as, esto no implica que la responsabilidad y las tareas realizadas tanto por hombres como por mujeres sean iguales, pues aún subsiste – incluso en las generaciones menores- la idea de que el trabajo doméstico no es tan importante, argumentando que el hombre trabaja afuera, “*bajo el sol castigador*”, para luego trabajar en su campo, mientras que la mujer trabaja en cosas “*de menos complejidad*”, más cómoda, “*debajito de sombra*”, (Maicol, 18 años, 3^o Generación) dejando en claro –para ellos- que “*es más fácil ser mujer en el campo*” en lo que se refiere a las labores y al esfuerzo diario.

El Trabajo como rol masculino y paso a la adultez

En todos los casos en que nos acercamos a las vidas, historias y sentimientos de hombres rurales, uno de los factores que parecía inmutable en el tiempo, es el del trabajo masculino desde la infancia, el cual se presenta y desarrolla como un rito de tránsito de niño a hombre, de conocimiento, de responsabilidad e identidad, como un elemento simbólico que consolida y valida su ser social varonil, en su rol de proveedor y productor, resultado de una preparación masculina de conocimientos heredados de su padre, y la responsabilidad de saber que el trabajo no puede faltar ni detenerse nunca, si quiere poseer una de las características básicas de la hombría rural. El trabajo se conserva como un factor de rito de paso. En estos casos, su experiencia con el trabajo, el paso hacia a la adultez se condiciona con las responsabilidades y el trabajo, cuando se “*empieza a trabajar con gente adulta y tiene que ser capaz de trabajar como un adulto*”. (Aladino, 54 años, 2^o Generación).

“Yo siempre me sentí adulto, desde niño. Mi papá cuando yo tenía 12 él tenía un cerro arrendado y yo le cargaba (...) solo, él llegaba a la tarde (...). Toda la vida trabajando como un bruto”. (Rafael, 65 años, 1^o Generación)

“Yo creo que la etapa de joven no la tengo mucho, fue muy suave, porque yo creo que pasamos al tiro a tener responsabilidades de niño a adulto.(...) Es que

son muy trabajadores todos mis hermanos y mi familia, por esas cosas de los ancestros, mi papá, mis abuelos, mis papás, escuchar a mi mamá... ahí sí que no hubo infancia para ellos". (Walter, 40 años, 2º Generación)

La experiencia de las generaciones mayores e intermedias es el abandono de la escuela para dedicarse al trabajo, por un asunto de necesidad y de oportunidades reales de aportar a las familias, expresando todas ellas que sus infancias fueron "sin pérdidas de tiempo", con amistades condicionadas a través de las relaciones de trabajo. En estos casos, el trabajo se realizaba desde pequeños, alrededor de los ocho años, en compañía de toda la comunidad masculina y un referente paternal –padre o tío-, que lo integraba a la labor de las haciendas de la zona, para trabajar en las mismas condiciones que todos los adultos, con sus explotaciones, relaciones con el patrón, sus violencias y respetos a las jerarquías.

"No estudiábamos. Había que trabajar para mantenerse. A trabajar en primer lugar. (...) A los 10 años ya trabajaba, si había que trabajar para mantenerse. Yo andaba de la casa al trabajo hora y cuarto, todos los días. Eso me tenía cabreado". (Javier, 71 años, 1º Generación)

"Es que, como uno se iba a campamentos, antiguamente las amistades eras pura gente que trabajaba. O sea, adultos, como niñez de ir a jugar había muy poca, había que ir a trabajar". (Manuel L., 30 años, 2º Generación)

"Si entonces nosotros empezamos a trabajar de chiquititos por ejemplo de 10 - 12 años, empezamos a trabajar para la casa, para mantener a los más chicos porque a los viejos antes, a los mismos papás, no les alcanzaba para mantenerlos. (...) Mi papá (...) trabajaba en media en Colcura y ahí trabajaba con él yo. (...) Pura pega no más, a nosotros no nos pagaban. (...) Entonces sabíamos que incluso nosotros el día Domingo también teníamos que trabajar igual". (Aladino, 54 años, 2º Generación)

El trabajo es parte de su identidad y su deber ser, su capacidad, su rol de protector y proveedor, y su movilidad, un parámetro que se utiliza para valorarse y medir a otros.

"A mi cualquier cabro joven no me la gana en el trabajo. Es que hace bien moverse, estar trabajando siempre. Voy a trabajar hasta cuando Dios diga. Si algún día yo no soy más capaz, que yo diga "ya no soy más capaz" voy a descansar. (...) ahora estoy jubilado y sigo trabajando apatronado. Y tengo que darle, porque no quiero que mis hijos sean atropellados como yo. No quiero que les pase lo mismo, a ninguno". (Rafael, 65 años, 1º Generación)

"A mí me gustaba trabajar, que hubiera comida en la casa, mantenerlos a ellos"

(Javier, 71 años, 1º Generación)

Es por esto que, el hecho de encontrarse en una situación de cesantía, afecta su forma de vida y de percibir su hombría, sin embargo, esta situación -para la generación mayor- es temporal, ya que siempre existe algo en lo cual se puede laborar. Pero también se encuentran casos en la cual la ausencia de trabajo es producto de situaciones de fuerza mayor, como la enfermedad. Del mismo modo, se demuestra como el concepto de “trabajo” no es relacionado única y exclusivamente al hecho de recibir remuneración, a pesar de ser este aspecto el más relevante en un periodo de cesantía.

“Yo creo que trabajo no le falta nada. Aquí el que quiere trabajar aquí, hay harto trabajo. Yo, sin trabajo no he estado nunca más allá de quince días, porque hago cualquier cosa, le ayudo a otro, por ejemplo. Yo si no tengo pega y alguien está haciendo algo voy y le ayudo, siempre estoy haciendo algo, casi todos los días trabajo”. (...) “O sea trabajo todos los días pero remunerado no”.
(Luis, 66 años, 1º Generación)

Como hemos mencionado, la no retribución en dinero es lo que más les afecta, por ser parte de su rol, es por eso la frase *“Uno se siente mal, mal, mal. Lo que falta es la plata, si uno sin plata no vive. Si el hombre se queda sin trabajo está mal pueh”* *(Javier, 71 años, 1º Generación)*, y es ahí donde surge la mujer como apoyo en las entradas de dinero extra o de emergencia, por algunos años, como una forma de apoyar el ingreso masculino.

“Ahí mi señora comenzó a trabajar aquí también, en la escuela comenzó, de cocinera, estuvo como tres - cuatro años ahí. Ahí le pagaba el Estado. Yo estuve meses cesante, meses después comencé a buscar pega, me iba para afuera para Rancagua, a la cosecha de Manzana, después volvía aquí y ahí compraba cosas para la casa y cosas para los chiquillos que faltara”. (Javier, 71 años, 1º Generación)

Específicamente, para las generaciones mayores e intermedia, el trabajo responde a la necesidad y obligación, sobre todo si se es el primogénito. Mientras que, en los jóvenes, si bien comienzan a trabajar desde pequeños, el valor y el sentimiento sobre el trabajo varía, pues para ellos, al no ser siempre una necesidad económica imperiosa, pasa a ser una carga simbólica dentro del proceso de configuración de identidad masculina. Esto no quiere decir que sus ingresos no sean una fuente importante de contribución para la familia, para sus ahorros futuros o para sus propios

gastos.

“Yo desde chico, no me acuerdo en realidad. Pero más o menos siete años, en el fundo de un tío acá, haciendo etiquetas, cuestiones así, nada, así como el packing. Trabajábamos donde mismo. En el fundo donde mis tíos, pero ellos son de Rancagua. La Familia te lleva. Me llevaban mis primos, mis tíos, decían que fuera a trabajar allá. A mí por lo menos no me llegaba la plata porque era familia. A mi igual me pasan, pero de repente”. (Pablo, 16 años, 3º Generación)

“Pero es que igual va en una cosa de costumbre porque igual uno empieza desde chico a trabajar. Entonces después es normal trabajar para uno”. (Daren, 17 años, 3º Generación)

En este caso, la importancia del trabajo influye en que los jóvenes de la generación menor se asuman más grandes, pero no adultos, lo que lleva a un factor de diferenciación de identidad local con otros jóvenes, adquiriendo características de adulto, pero no en el hecho de demarcar una identidad adulta tan clara como en otras generaciones, debido a la concepción de juventud prolongada presente en la actualidad.

También se refleja la concepción que se tiene del trabajo en el campo, en la tierra, pues los jóvenes lo comprenden como una acción ardua y cansadora, incluso si no se participa permanentemente de él. Estos varones expresan otras opciones o aspiraciones para desarrollarse laboralmente, contando con la posibilidad de elegir salir de su pueblo o permanecer en él. Muchos de ellos plantean la idea de regresar una vez consagrados, o bien regresar sólo como una visita, pues su futuro y sus posibilidades están en la ciudad, no en su localidad.

“Después que salga, me voy a dedicar a recorrer Chile construyendo”. (Sergio, 24 años, 3º Generación)

“Yo, entrar a la escuela de Investigaciones. Pero en el campo no, Es que yo tuve una mala experiencia que cuando llegue aquí, llegamos sin ni un peso, porque llegue con mi mamá, después que se separaron. Y mi mamá trabajaba en el campo, y no me gustaba ver como mi mamá trabajaba en el campo. Entonces yo quiero surgir”. (“Piña”, 17 años, 3º Generación)

De este modo, los varones de la generación menor nos muestran otra manera de marcar diferencia con sus pares y su condición rural. Para aquellos que no optan por esa vía y se quedan en su pueblo, la opinión que tienen los jóvenes entrevistados sobre ellos (los otros jóvenes) es de mediocridad, de pocas ganas de surgir.

“Pero algunos tienen una mente muy penca, algunos quieren cuarto medio para sacar la licencia y manejar tractores no más, o algunos van a estudiar técnico agrícola para ser jefe de fundo y cuestiones así”. (“Piña”, 17 años, 3º Generación)

Para los jóvenes entrevistados, dejar la escuela no es una opción, pero si deben tener esta doble jornada que puede influir en el peso extra que siente la generación joven en la actividad laboral.

Si bien su discurso puede ser más urbano e informado, los jóvenes de Nilahue mantienen cierta relación con el trabajo, como un determinante del ser hombre en una cultura tradicional. Ciertamente, ninguno de ellos ha estado sin trabajo, o no ha trabajado en las labores correspondientes a los conocimientos del padre o de la figura paterna presente, no obstante su opción por el trabajo se basa en la independencia que el esfuerzo le otorga y en las presiones que tienen de sus padres y de sus madres, que intentan hacer reales sus deseos de formar hombres que lleven consigo las características identificadas como propias del hombre de campo, esforzado, trabajador inagotable y respetable con su entorno.

En contraposición, y como pudimos apreciar, las mujeres jóvenes no siempre trabajan. Esto nos muestra una diferencia importante en la importancia y posibilidad del trabajo para los hombres, frente a la experiencia laboral de las mujeres. Cabe destacar que a una joven (14 años, 3º Generación) habiendo sido aceptada dos años antes en los arándanos, como temporera, este año no fue aceptada por su edad. Al parecer hay nuevas leyes que sancionan el trabajo infantil, sin embargo, otros jóvenes varones sí estaban trabajando de temporero para la misma fecha. Creemos que es probable que haya un sesgo de género en ese límite o se naturaliza más el hecho de que el hombre joven no tiene edad mínima para trabajar.

La sexualidad, y la visión sobre la mujer

La práctica sexual asociada a la relación que se establece con el sexo-género opuesto, es determinada por la idea que se tiene de la mujer y sobre sí mismos, así como por cada uno de los aprendizajes y prejuicios que se tienen sobre ellas, con los cuales irá aprendiendo y experimentando la formación de una pareja y las maneras de tratar al “otro” en las relaciones.

Para los varones entrevistados, la búsqueda de una pareja masculina desde la mujer posee varias orientaciones pues, las variables que eligen las mujeres en un

hombre varían entre la seriedad de la pareja con quien se proyectan, hasta un protector y mantenedor de familia. Acá nuevamente se expresa una valoración positiva del pasado, frente a los nuevos comportamientos femeninos.

“Yo creo que ellas en mi época buscaban a alguien serio, que ya sabían que ya no iban a andar leseando. Las mujeres también eran serias, eran otro tipo, no como ahora”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

“El más responsable más serio en las cosas, (...) respetuoso”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

“Lo que ellas buscan: altos, musculosos y bronceado y rucios con ojos azules”. (Francisco, 15 años, 3º Generación)

No obstante, existen otras visiones alejadas de la visión romántica del matrimonio, o condicionadas por el prejuicio o una mala experiencia.

“Aquí yo me he fijado que hay mujeres que se han casado con los gallos por pura plata y están separadas luego y tratan de arreglar un poco si es que pueden y se separa, y hay otras que no que se casan nada más porque les gustó y porque lo quieren, yo creo que por ahí está la cosa porque el interés yo creo que no funciona”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“Casi todas buscan la plata. Yo creo que el dinero casi todas. Una persona que tenga un poco más. No buscan el amor”. (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

En el caso opuesto, los hombres buscan en la mujer aquellas características femeninas que les dé estabilidad, que sea confiable, bondadosa, los haga sentir cómodos en el espacio doméstico, que cumpla con los deberes de la casa, que sea fiel y comprometida, y les permita una relación tranquila.

“Yo, que la mujer sea ordenada que tenga la casa ordenada. A mí no me gustan las personas bonitas por fuera, me gusta la que es bonita por dentro, porque las apariencias siempre engañan, porque hay de todo, gente alterada y no alterada. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“Es que hay harto distinto. Hay mujeres que le gusta el carrete (...) entonces buscan una persona que sea así, porque si se casan con un hombre que no sea muy carretero va a durar poco, (...) o que tenga platita”. (...) Bueno que sea más dueña de casa, que después no lo deje hasta por ahí no más tener que buscar otra. (...) En que sea sepa bien las cosas de hacer de campo, dueña de casa como se llama”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

“Que lo apoyen a uno. Que no nos caguen”. (Maicol, 18 años, 3º Generación)

Los jóvenes y los varones de la generación intermedia, por su parte, poseen una visión particular sobre las relaciones amorosas o “pololeo” y el compromiso con las mujeres, determinada por la imagen femenina de “control”, frente al ideal masculino de “independencia”, lo que los lleva a definir las relaciones formales con el género opuesto como demandante o falta de libertades.

“Las mujeres también tienen su carácter, son súper complicadas. No hay ganas de pololear hasta el momento. (...) De repente algo loco, eso sí”. (Sergio, 24 años, 3º Generación)

“Yo estoy soltero. A mí me mandaban mucho. No, es que quería ponerme reglas. No, yo no sirvo para pololear. Prefiero personas que sean para el rato”. (“Piña”, 17 años, 3º Generación)

“...No hay mujeres que existen para que me comprendan. No voy a tener compatibilidad. (...) Porque tienen otras maneras de ser. (...) Por ejemplo, yo era fanático de la pelota, ahora no tanto, pero igual me gusta salir. Y supongamos, tengo una pareja, ella no va a querer ir, y ella se supone que me va a poner dificultades si no le gusta el fútbol. O me gusta compartir un asado. A veces yo llego aquí a las 10 de la noche, porque estoy compartiendo un asado con mis compañeros de trabajo, y como no uso teléfono no voy a poder llamarla. Y voy a llegar y ‘¿por qué te quedaste hasta tarde?’ A veces uno llega medio curado también, porque a veces uno se toma sus traguitos, y me curo también...”. (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

En sus comentarios es posible advertir una estereotipación de la mujer rural y de la labor del hombre de campo, estableciendo comparaciones en la que identifican una diferencia “injusta”, dado que, para ellos, el trabajo más pesado es el de hombre rural, aunque es preferido frente a la inactividad o dependencia femenina, y donde, el embarazo, sería la salida fácil para las mujeres rurales.

“Las que son dueñas de casa son las que no quieren estudiar ni hacer nada, entonces que mejor que embarazarse y con eso lo hacen todo”. (Francisco, 15 años, 3º Generación)

“La ventaja de ser hombre aquí es que son los que trabajan, porque las mujeres jóvenes no. Los hombres jóvenes sí. Como que las mujeres jóvenes están preocupadas de ellas”. (Pablo, 16 años, 3º Generación)

“La mujer no hace nada, cocinar, sentarse y nada más. El hombre trabaja y quita y trabaja. (...) El hombre trabajando al sol po, no como la mujer que

trabaja en la casa debajito de sombra, no po, no es lo mismo". (Maicol, 18 años, 3º Generación)

Es interesante ver como todos los comentarios y opiniones llevan una percepción sobre el egoísmo femenino, frente al rol de cuidador y proveedor que debe tener el hombre. Esta contraposición de valores y roles determinan las maneras de relacionarse y de entender el rol de genero propio y ajeno en la conformación de una relación. Además, se aprecia una desvalorización del rol doméstico, sobre todo en los jóvenes, lo cual es importante señalar, puesto que son una generación que aspira a salir de eso.

- La Doble moral

En las entrevistas realizadas, apreciamos la existencia de algunas críticas sobre el comportamiento femenino que, al ser analizadas comparativamente con el actuar de los varones, expresan cierta "exclusividad" masculina de algunos atributos. Esta "apropiación" de rasgos masculinos ocasiona conflictos sociales cuando son incorporados por el otro género. Nos referimos a características como el gusto por la sexualidad abierta, la vida social sin límites, especialmente nocturna, gusto por el alcohol y relaciones de pareja constantes. Frente a esto, los hombres de la primera generación hasta los más jóvenes, demuestran tener conflictos con estas nuevas formas de actuar de la mujer, y emiten juicios de valor, en comparación a la defensa o al silencio frente a los mismos atributos históricamente relacionados con lo masculino.

"Ahora la mujer le pone más pero antes no, eso casi no existía, pero había una que otra que se le pasaba la mano de repente, pero era muy mal mirada por la gente". (Martin, 73 años, 1º Generación)

A nivel general, se establece una diferenciación de comportamiento y de atributos de género, en cuya distinción se construye la masculinidad bajo el lema constitutivo "no soy mujer ni ella puede ser como un hombre". Sin embargo, existe también una doble moral sexual, la cual será detallada a continuación.

- La doble moral sexual: Infidelidades y sexo casual

La vida sexual de los hombres de campo, criados en la cultura de las haciendas, se recrea entre confesiones y silencios, frases lanzadas con sinceridad y angustia. En ellas se descifran ciertos pensamientos respecto de la forma en que se debe enfrentar

al otro género, su comportamiento, y los problemas que esto conlleva.

Para la generación mayor, la iniciación sexual es parte de un proceso donde ambos géneros poseen estrategias para seducir al otro, pero donde la mujer es señalada como principal motivadora de la acción sexual, con frases como: *“La mujer siempre ha sido más vivaracha”* (Martín, 73 años, 1º Generación), o bien, *“ellas lo hacen a sabiendas, a nadie engaña uno. La mujer se engaña sola. Porque llega el deseo y tienen que hacerlo”* (Javier, 71 años, 1º Generación). De esta manera, las mujeres aparecen como un ser que no puede controlar sus deseos, y como las responsables de actitudes como el capricho por un hombre.

Para los hombres, la compañía sexual femenina es considerada como uno de los mayores placeres, pero también como parte del estatus buscado por los varones, resultado del control y posesión “del otro” mujer, pero también estableciendo superioridad en la competencia con otros varones. Esto supone una presión personal y colectiva de tener una sexualidad activa propia de la masculinidad hegemónica del hombre de campo, desde joven.

Cuando le preguntamos a los jóvenes si estaban pololeando y si tenían relaciones con sus parejas, uno de ellos expresó que todos ya habían estado con una mujer, pero prefirieron la independencia, y señaló a su compañero, como el único varón que tenía una relación en la actualidad, y que esto le hacía sentir orgulloso.

“Él tiene, es el único. Y se siente orgulloso porque es la primera”. (Pablo, 16 años, 3º Generación)

Frente a todas estas concepciones del sexo, tanto para hombres como para mujeres, aparece la doble moral sexual, la cual se expresa cuando el mismo hombre o conjunto de hombres, frente a un mismo hecho o comportamiento, en este caso la infidelidad y la práctica sexual informal, cambia de valor en base a la persona protagonista, en este caso, practicadas por mujeres u hombres. Desde la generación mayor hasta los jóvenes, todos ellos demostraron una doble moral referida a la práctica sexual y al género. Por una parte, si la infidelidad o la práctica de sexo informal son cometidas por una mujer, desde todo punto de vista es negativo, y se le adjudican epítetos que, al margen de la palabra de moda en cada una de las generaciones, recurren al mismo concepto de prostituta o fácil, como sanción moral.

Es interesante notar esta diferenciación, donde el otro (la otra) mujer es calificada como “cada vez más sueltas”, evaluando a todas las mujeres como prostitutas, al apropiarse eróticamente de ellas, como parte de la cultura política patriarcal, pero no encontramos sinónimos de las calificaciones para el género masculino.

“Antes era más fácil para el hombre que para la mujer, las mujeres eran más cortas, y ahora ya no, ahora está la cosa fácil, llegar y llevar”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

“¡Ahora las minas son más pelás¹⁵! Es que antes eran señoritas. Ahora tu les decis ‘¿vamos para allá?’-‘¡vamos!’”. (Piña, 17 años, 3º Generación)

“Es que ahora se empezó a pintar y ahora parece mono, empieza con “pu” y termina con “ta.” Es que anda con escotes muy... si, en realidad parece. Es que cambio caleta”. (Francisco, 15 años, 3º Generación)

De este modo, si es el hombre quien tiene una sexualidad activa o libre, se describen sus acciones como un acto sin importancia, un asunto naturalizado o explicado desde el gasto económico que significa, por sobre el cuestionamiento moral. Para ellos, no existen sanciones morales o legales, no obstante, si la mujer es la que reclama, ellos sienten algo de responsabilidad y culpa, pero sin cambiar los argumentos de tal acto.

“Hacíamos competencias con un hermanos, yo llegue a tener 8 mujeres en las termas del flaco en 15 días”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

Si bien los varones de las generaciones mayores toman los casos de sus padres como “errores”, criticando las acciones cometidas por su progenitor, al momento de contar sus propias andanzas sexuales que implicaron actos de infidelidad, éstas las llevan al plano de la experiencia juvenil, o a situaciones esporádicas particulares, de las cuales, si bien se sienten responsables por el hecho de “perder” a su cónyuge, no se arrepienten por el acto cometido, pues justifican su actuar en la diferencia entre tener relaciones sexuales con otras mujeres sin importancia y el cariño que le tienen a su esposa.

“Porque cuando iba para afuera para trabajar de temporero, por allá eran cositas de pasada así no más, y por aquí también, pero poco, no mucho. (...) me metía

¹⁵ La denominación “Pelás” o “peladas” hacen referencia, en jerga juvenil, a las mujeres cuyas costumbres sexuales las deducen o son conocidas como activas, vivas y con hombres diferentes, relacionándolo la prostitución y su costumbre de depilarse el entrepierna.

en líos, y la perdía, después tenía a otras mujeres, tenía que cumplirla, yo a veces era muy poco hombre en ese sentido. Pero no me arrepiento porque yo a ella, la quería de verdad. Yo iba para afuera y me buscan las chiquillas algunas, y yo me venía, al final de las temporadas, me venía y ahí quedaban las cosas no más". (Víctor, 82 años, 1º Generación)

En cuanto a los celos, es decir, aquellas desconfianzas que responden a una ausencia de seguridad tanto en hombre como en mujeres, éstos tienen su explicación según la posición ocupada en el conflicto o en la causa. De esta manera, para los hombres existen razones puntuales de desconfianza, mientras que en las mujeres, los celos parecen ser parte de su personalidad.

"Yo creo que a uno le bajan de repente los celos también. Porque (los hombres) desconfían de las mujeres. Y las mujeres desconfían de los hombres, eso es lo principal. Uno encuentra celos a veces cuando la mujer no quiere, uno las exige para que quieran hacer el amor, y la mujer no quiere. Yo creo que ahí van celos. '¿Por qué no queris?' Ahí está en enredo que uno no entiende. Lo comprende ella no más. Y ahí vienen los enojos". (Javier, 71 años, 1º Generación)

"Terminábamos por problemas, que se yo a veces uno se pone medio... y algunas muy celositas. Y después ya en san Vicente, bueno con varias niñas tuve alguna aventurilla y con una tuve una hija". (Mariano, 64 años, 1º Generación)

"...En una mujer (la infidelidad) se nota más que en un hombre. (...) Porque en una mujer ya es más malo, lo mismo que la mala comparación de lo mismo que un hombre así ebrio, no importa, es un hombre bueno, a lo mejor uno lo toma por ese lado y una mujer en una fiesta ebria por ejemplo (...) aquí una mujer que anda ebria es toda una novedad porque se ven poco". (Aladino, 54 años, 2º Generación)

En el caso de los jóvenes, ellos tienden a asumir como normal su propia infidelidad, lo que no sucede con la de sus parejas, demostrando una intolerancia radical frente a esa posible situación, incluso cobrando supuestas represalias por su infidelidad.

"Yo no podría. Pero si ella me engaña, le saco la chucha". (Pablo, 16 años, 3º Generación)

"Caballo amarrado igual come. Me estoy preparando, una aventura no más. Y si ella me engaña para que quedemos igual. Pero igual no creo que me engañe. Llevo hartos años de bondad, debo ser malito por un año. Hay que probar. Digo terminamos y ya". (Francisco, 15 años, 3º Generación)

Como hemos visto, la sexualidad se comprende de forma relativa, dependiendo del sujeto quien la conceptualiza, practica, y rompe las reglas. Todo esto va configurando, junto a los otros elementos mencionados, una masculinidad arraigada en una cultura patriarcal tradicional, cuyos rasgos estructurales se encuentran en reproducción y continuidad. Sin embargo, también encontramos factores que podrían determinar ciertos cambios y transformaciones en la identidad de género masculina, en sectores rurales, presentes en todas las generaciones estudiadas. Estos factores son los que se expondrán a continuación.

CAPITULO IV

Factores de Cambio

Proveedor y padre paternidad

- Paternidad más cercana y comunicativa

En su dimensión emocional al interior de la familia, se ha considerado que es el hombre quien manda en el hogar y quien garantiza el aporte económico, mientras que a la mujer se le personifica el rol maternal a través de la dulzura, la sensibilidad, la pasividad, el afecto, y el ser cuidadora de los demás. No obstante, las influencias externas, las situaciones contextuales, las nuevas oportunidades, que suceden en un marco de derechos y de aperturas de temas que cuestionan y muestran otras realidades, han hecho que en localidades rurales, se cuestione y se reflexione sobre las relaciones paternas violentas y lejanas, dejando espacios para la una paternidad más afectiva.

“No hay nadie después de mi mamá y mis dos niñas que tenía, son más regalonas. Son mi vida. (...) Mis hijas al que elegían era a mí, me tenían más confianza, como nos queríamos tanto, los tres éramos como una pura persona. Me contaban todo a mí”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

“Pero antes no había comunicación pero sí había golpes, por eso la gente se criaba mejor, pero ahora que es lo que pasa, no hay golpe pero no hay comunicación, todavía no se llega a lo que se quiere”. (Daren, 17 años, 3º Generación)

Las modificaciones en el papel de proveedor de los hombres como jefes de familia como también el de su paternidad afectiva han acrecentado las “crisis” de las masculinidades tradicionales y de la configuración de su identidad de género, alterando las jerarquías y los espacios en lo público y en lo privado, provocando por una parte, una feminización de los deberes históricamente masculinos, y por otra, una incomodidad ante la idea de ceder espacios atribuidos simbólicamente.

Este tipo de modificaciones va permeando generación tras generación, sumado a las nuevas condiciones socioeconómicas, las que entregan, a la juventud actual, la idea real de que las mujeres estudien y sean independientes.

Por otra parte, la paternidad experimentada -entendida como un fenómeno cultural,

social y subjetivo- tendrá diferentes formas de ejercicio y acción, así como en sí misma constituirá un discurso revolucionario o tradicional en torno a lo absorbido durante sus ciclos de vida.

Dentro de lo observado, pudimos observar que en la localidad se distingue una paternidad social y una paternidad biológica. Si bien la mayoría de los hombres entrevistados unifican estos dos tipos de relación filial, uno de ellos (64 años) establece una diferencia estas dos paternidades en sus dos hijos, cada uno de distinta madre. Por un lado, una hija a la cual no ve ni lo reconoce como “padre”, y por otro, un hijo, con el cual tiene más contacto, debido a su cercanía espacial. A pesar de ser el único caso que expresó esta diferenciación, este tipo de caso no es tan aislado, ya que encontramos también historias y comentarios sobre madres que crían solas a sus hijos, donde el padre es inexistente, y en la cual, es el tío o los tíos los que cumplen con el rol paternal, como lo observamos en dos situaciones, una en la generación mayor, y otra en la más joven. Esto nos demuestra que la responsabilidad para lograr la paternidad social, es algo que aun encuentra obstáculos o justificaciones para no producirse, y donde la imagen masculina se extiende a otros varones de la familia que deben asumir esa función.

Por otro lado, las paternidades de los hombres rurales se asemejan a las realidades de las culturas urbanas¹⁶, variando según las lecciones aprendidas y las formas de aplicar nuevas formas afectivas de relacionarse, lejos de la violencia o la rigidez del trato de los antepasados. En nuestro terreno observamos algunas paternidades distantes y/o semipresenciales, en los casos de separación, donde los padres tienen escasa relación con los hijos, el contacto es poco frecuente estableciéndose en una llamada de vez en cuando y visitas esporádicas.

"Tengo buenas relaciones con ella hasta hoy día. No hace mucho, como un año y medio atrás la vi. Pero nos llamamos por teléfono siempre, casi siempre (...) en el caso de mi hijo siempre asumí la responsabilidad, ahí mi vieja me reto también porque me dijo teni que responder como hombre, eso tenía ella que era ahí(firme), y me dijo teni que ponerte los pantalones. Yo nunca yo la abandone siempre la ayude". (Mariano, 64 años, 1º Generación)

También apreciamos a partir de los discursos y las prácticas, la existencia de paternidades muy presentes y padres afectuosos, permisivos con los jóvenes en lo

¹⁶ “cultura urbana” entendida desde una similitud de condiciones educacionales, de tendencia, universalidad, conectividad e información global, y no desde una definición única de una cultura definida.

social, aunque exigentes en cuanto al trabajo, y muy protectores de sus hijas, con la consideración de siempre proteger a su familia, y no derrochar dinero.

“Yo le pedí a Dios dos niñitas para que se acompañaran. Y me dio dos niñitas. (...) Tenían un papá que no los dejaba ni un segundo libre. Yo les conversaba todo, (...) a diario: ‘¿Hemos cumplido la ley o no? Es por el bien de ustedes, así después cuando se casen nadie las va a apuntar con el dedo y va a decir al marido que ustedes tienen ‘ella fue mía’. Debe ser bien mirada”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

“Si hay mano dura ahora, los hijos le toman mala al padre. Yo fui mano dura con el mayor (...) puta, el cabro me agarró mala, me lo dijo una vez, que lo que le había hecho yo, me lo iba a hacer a mí. (...)..Fui mano dura con él no más. Era el mayor, para que no saliera flojo. (...) y el cabro no me quería ni ayudar a regar la chacra y la mujer que lo defendía”. (Javier, 71 años, 1º Generación)

“Valores, el papá tiene que enseñarle a los hijos enseñanza. (...)Igual el respeto, que aprendan a respetar a la gente y la educación se la dan en el colegio pero en la casa tienen que darle lo que le pertenece a uno”. (...) “Igual que las niñas que teníamos nosotros todas a los 12 años saben hacer almuerzo, pan todo”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

En el caso de un hombre de la primera generación, es decir, la mayor, reflexiona sobre el daño que produce el alcoholismo en la estabilidad del hogar. Esto expresa la significación que se tiene de la familia y de su rol paternal, en el cual el hombre debe encontrar todas las herramientas para cuidar y proteger a los suyos por sobre sus errores.

“A veces, cuando pasábamos por ahí, pasábamos por una parte y comíamos. Y después cuando me casé empecé a tomar más, tomé cuando no debería haber tomado, (...) yo hice el empeño, no ve que hay tratamientos, en Santa Cruz, (...), películas pasaban, de borrachos, y vi una niña ahí, (...) y el padre medio borracho y la llevaba así media simplona en el invierno, a patita pelá. (...) Yo pensé, que yo nunca a familiares les ocupé o vendí ninguna cosa en la casa. De alguna manera se hace el trago. (...) y me quedó muy grabado eso, entonces yo no tomé nunca más”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

Cabe mencionar que los hombres se reconocen como mejores padres que los que tuvieron ellos, repitiendo lo que consideran “bueno”, pero cambiando aquellas experiencias de sufrimiento, estableciendo el parámetro donde la paternidad se va modificando y proponiendo nuevas formas de relacionarse, a través del dialogo y el afecto, en un marco tradicional de paternidad proveedora y protectora, pero

modificando los tratos, involucrándose en el cuidado y la comunicación, a pesar de no realizar tareas domésticas y validar en ciertos momentos castigos físicos. Son paternidades en transición, todas ellas, en camino –lento- hacia una paternidad participativa.

“Y si ustedes hayan que ahora es estricto me gustaría ver que se metieran en el pellejo de nosotros hace 50 años atrás. Yo conozco esa vida porque fue la que viví yo, se criaron donde mismo me crié. Y los viejos antes no tenían nada que ver como son los viejos de ahora. Mi viejo era llavero y me sacaba la cresta a mí. Y nosotros no teníamos ni idea. Se quitaban la rabia con el primero que pillaba, tuvieran razón o no, y eran todos los viejos. No eran algunos, eran todos. Ahora yo creo que ha mejorado un poco la cosa y lo que yo creo que hay que tener con los hijos cada vez es más comunicación”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“Yo creo que hicimos lo que teníamos que hacer no más porque de repente ahora no se puede actuar como antes, por ejemplo, lo mismo que como fueron los papas de uno, que a los 18 años todavía no le daban permiso para salir. Ahora no, ahora los niños son más ellos por ellos mismos, de repente tienen más amistad, quieren estar en otras cosas que uno no tuvo. (...) El mismo caso mío, ojala los niños hubieran estado todos cerca de mí, más unidos a la familia porque ahora están todos repartidos”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

Para los entrevistados, ser padre afirma la masculinidad, pues ven (algunos) en la paternidad la experiencia afectiva y de responsabilidad más importante de su vida, lo que le da sentido a la existencia, una especie de “bendición” que, al cumplir con su función asignada, se establecerá un estatus de masculinidad superior y completa, la cual aumentará en la sensación de trascendencia y legado, a través de la responsabilidad de avanzar y mejorar la vivido posicionándolo como la figura principal en la pirámide familiar.

“Es una tarea, es dura. Para un papá que sea como uno sí, porque hay papas que si quiera nunca le han hecho un cariño a nadie, nunca han querido a un niño, y nunca le han dado un consejo, jamás los llaman a terreno. (...) El papá y el hijo ahora son como extraños, no son como familia. Hasta con mis sobrinos fui estricto. Mi señora tuvo buena enseñanza también, los papas eran muy estrictos”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

Bueno es una responsabilidad que tiene que tener uno. Hay que ser padre, por ejemplo de un hijo, tiene que entrar a una responsabilidad (...) y darle lo que a lo mejor uno no tuvo, estudios y enseñarle, para que no sea peor que uno”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

El hecho de que la mayoría de los entrevistados se mostrara a favor de que la responsabilidad paterna sea un valor y la mencionen como un hito fundamental en la vida, muestra un perfil de la paternidad tradicional en cuanto al rol de protector, pero que se complementa con lo afectivo, logrando nuevas maneras de expresar esta condición. A pesar de ellos, quienes no tienen hijos, no consideran esta situación como un castigo, y escogen otras vías, como sobrinos, para expresarse afectiva y responsablemente.

En los discursos de la generación más joven se compara la educación que recibieron sus padres con la propia educación, logrando reflexiones sobre la forma de educación que esperan ejercer sobre sus futuros hijos, a través de una mayor comunicación, empatía y principios. Esto se observa en las respuestas que obtuvimos al preguntar sobre la herencia que les gustaría dejar en sus hijos: *“Que no cometa los mismos errores que cometió uno”*. (Daren, 17 años, 3º Generación); *“Que respete a toda la gente, le caiga bien o le caiga mal”*. (Maicol, 18 años, 3º Generación); *“Que tenga buenos principios y que disfrute la vida mientras pueda”*. (Patricio, 17 años, 3º Generación). Esto se diferencia de las enseñanzas señaladas por otras generaciones, que manifestaban en su herencia paternal, conocimientos y educación, entendiendo el paso de transformación que esta generación le está dando a la cultura campesina.

Entendemos que las transformaciones de tiempo y modernidad, el contacto con otras realidades y experiencias, la diferencia con el ritmo de las ciudades, la diversidad de vivencias, y cómo todo esto afectó la constitución de las familias, a los roles femeninos y masculinos y a las formas de reflexionar la propia vida, han permitido pensar en nuevas maneras de relaciones y prácticas la paternidad, en un espacio sociocultural que aún mantiene rasgos rurales, pero que deja abierta una interrogante sobre su dinámica de transformación a nivel global.

- Familias más pequeñas y “desintegradas”

Las nuevas formas en que se constituyen las familias, han tenido consecuencias en la forma como el hombre y la mujer se consideran a sí mismos como parte de una familia y comunidad. La lejanía de los hijos a temprana edad y la separación de los padres han establecido otras relaciones de autoridad y dependencia. La familia rural ya no está unida por el trabajo agrario compartido, puesto que sus miembros ahora trabajan y viven separadamente. El rol de autoridad antes ejercido debe establecerse

en la distancia geográfica, con jóvenes estudiando en otras ciudades, lo que atenúa los conflictos producto de la convivencia, modificando además las formas de imposición sobre los hijos, en la medida que los modelos ideales de conducta y de formas de relacionarse en un entorno familiar van alterándose, aceptando nuevas figuras de autoridad o una autonomía lejana a la familia numerosa y dependiente de antaño. Esto es manifestado por uno de los hombres de la generación mayor, el cual critica la pérdida de unidad de las familias de su época, atribuyéndoles la causa de las conductas desorientadas y desordenadas de los jóvenes.

“Era una buena relación siempre, se encontraban núcleos familiares bastante unidos, con una buena conformación. Había siempre problemas menores, había borracheras en algunos hijos, habían problemas más bien rutinarios, que problemas muy acentuados, de malas relaciones, casi no existían. Yo creo que no tenía que ver mucho la mano dura. Yo pienso que era la conformación social de ese tiempo. El asunto de si era respeto o temor, hacía que la familia fuera unida, y ser respetuosas con sus papas, con sus hermanos, colaborar mutuamente, preocuparse de los problemas del otro, eso era muy acentuado. Hoy no mucho”. (Martin, 73 años, 1º Generación)

Por otro lado, el control de la natalidad es uno de los factores que más cambios ha sufrido. Las familias actuales tienen en promedio dos hijos, en comparación con la familia de la primera generación, donde a veces se llegaba a superar los 10 hijos por pareja. Esto se debe a que en esos tiempos, no existía información sobre planificación de la sexualidad, además de la no utilización de algún medio de protección para evitar los embarazos, y la concepción de la familia como abastecedora de brazos para contribuir con el trabajo familiar, sumado a la expectativa de realización personal de cada uno de los miembros y a la satisfacción, orgullo y la garantía de sobrevivencia de la familia. Todo esto significaba una familia numerosa en cuanto a trabajo doméstico y a los ingresos. Las consecuencias de las familias gigantes en las relaciones de género tiene que ver con el rol de los hermanos, todos contribuyentes a través de su trabajo, especialmente los mayores, donde los hombres asumen el rol de segundo padre, mientras que las hermanas educadas para el trabajo doméstico, sitúan generalmente a la hermana mayor en el papel de segunda madre.

En la primera generación se observa una pequeña disminución por sobre la cantidad de hijos que caracterizaba a sus predecesores. Si bien la mayoría mostró una preocupación por la economía frente a la paternidad, decidiendo por un promedio de 5 hijos por pareja por sobre los 10 o 12, la visión sobre el embarazo y el número de

hijos, sigue permaneciendo, con comentarios como *“Tuvo un puro hijo no más”* (Javier, 71 años, 1º Generación), lo que se contrapone a su discurso sobre la tenencia responsable, tanto por el mantenimiento de la familia, como por el compromiso que se debe tener a la hora de asumir la sexualidad y sus consecuencias.

“No, en esos años nada (regulación). Tener 12 hijo hoy en día así como están las cosas no se podría vivir, hay que tener para que estudien” (Luis, 66 años, 1º Generación)

“Ahora tienen menos hijos, para criarlo mejor y darles estudio.” (Javier, 71 años, 1º Generación)

La instalación, en la década del sesenta, de estrategias públicas enfocadas hacia las mujeres, y que tenían como objetivo disminuir las tasas de natalidad, incorporar métodos anticonceptivos y posibilitar el acceso a la escuela, favorecieron la entrega de una orientación sexual que les permitió controlar la tenencia de hijos, y en consecuencia, obtener nuevas oportunidades laborales y económicas. La modificación de la sexualidad y los patrones tradicionales de procreación se puede apreciar en todas las generaciones, pero la transformación principal es la del grupo etario mayor, quienes tomaron la decisión de no tener tantos hijos como sus padres. Se aprecia entonces una conciencia y una acción importante para el cambio en la generación mayor, no sólo en los hombres, sino también en las mujeres que decidieron no tener más hijos, en conjunto con sus parejas. Esto habla también de una “liberación” paulatina de las mujeres en la toma de decisiones respecto a su reproducción y su cuerpo, lo que favorecerá la idea de sexo como placer, más allá de la reproducción.

No obstante, si bien se asume la responsabilidad de la educación sexual en la actualidad, se cuestiona a la vez, la actual libertad de los jóvenes en la paternidad temprana y en su sexualidad considerada como “sin conciencia”.

Del mismo modo, pudimos apreciar como la mujer es considerada la responsable del cuidado en el control de la paternidad, desligando a los hombres de su responsabilidad reproductora y sexual, siendo ella, quien debe soportar los controles médicos –a veces fallidos- de natalidad.

“Es que a veces tienen guagua y eso te jode. En cambio, como el hombre no va a tener nunca una guagua, así que por ese lado, o te va bien o te va mal. Y la mujer teniendo una guagua jodió. Y si tiene pocos recursos, no puede seguir estudiando. (...) Y la mujer que es adinerada no va a tener un hijo así como así. Porque tiene mayor educación. (...) Al tener un hijo, la mujer se limita”. (Manuel

B., 46 años, 2º Generación)

Los jóvenes varones, si bien reciben consejos de sus padres sobre sexualidad, no existe un control paternal y social tan fuerte como sucede con las mujeres jóvenes. Esto nos demuestra que, a pesar de los avances en la regulación de la reproducción y natalidad, y el uso de métodos anticonceptivos, en una sociedad patriarcal, estas acciones también conllevan el desarrollo del estigma y prejuicio sobre la sexualidad femenina, y en consecuencia, con la idea aun presente de que las soluciones, al ser un tema femenino, deben ser enfocadas en las mujeres. No obstante la decisión de regular la tenencia de hijos también pasa por el control masculino, donde el hombre, de edad intermedia y con conocimiento de las nuevas consecuencias económicas, decide disminuir su prole beneficiando la educación y la posibilidad de movilidad social por sobre el número de trabajadores tempranos que pueda tener.

Por otro lado, se consolida un nuevo proyecto de futuro en los jóvenes, que considera la idea de formar familia y tener hijos tomando distancia de lo observado en generaciones anteriores. Esto es: menor cantidad de hijos, tener una carrera profesional o técnica, colaborar con la familia desde su situación económica alta, y tener una estabilidad socioeconómica antes de tener descendencia, para que su propia familia tenga una buena situación social.

“Antes la gente decía “ay, voy a ir a trabajar y voy a tener 20 hijos”. Por mí que tenga dos y listo, para andar trayéndolos bien vestidos. Me gustaría tener hijos después de que salga con una carrera, aunque yo estoy seguro que no voy a tener después de mi carrera. Pero, aunque tenga hijos igual voy a terminar mi carrera”. (“Piña”, 17 años, 3º Generación)

“Para tener hijos hay que ser capaz de abastecerse uno primero, porque es una gran responsabilidad, no es un chiste tener hijos de los 20 a los 30, no es mi idea por lo menos. Tener una casa, algo donde caerme muerto”. (Gustavo, 17 años, 3º Generación)

Esto nos habla también de una conciencia de las oportunidades actuales y de un nuevo tipo de responsabilidad frente al costo económico de la crianza que son tomados en cuenta, sobre todo por la experiencia vivida con familiares cercanos. Pero también existe quien es más crítico frente a todas las ideas de futuro, diferenciando el discurso ideal de futuro y las prácticas reales de los jóvenes, especialmente pensado desde el discurso femenino:

“Pero es que todas dicen eso y después, no todo es posible. Porque no creo que, si en una disco te gusta un niño y quieres acostarte con él, no decís “ay no, no” y te vai de la disco. Y si sale. Y si estoy pololeando y tu pololo te pide acostarte, ¿vas a decirle que no?”. (Maicol, 18 años, 3º Generación)

Afectividad: Hombres más emocionales y sentimentales

Si bien a los hombres se les asocia a la firmeza y a la rudeza, características propias de quienes deben ejercer dominio sobre otros, mientras que a las mujeres se les relaciona con la sensibilidad, la dulzura y el afecto, es decir al mundo de las emociones, la sufrida vivencia de los varones entrevistados ha hecho de estas experiencias una oportunidad de incorporar nuevas formas de relacionarse sobre la base del sentimiento, antes ocultado por el simple hecho de no poder o no saber cómo compartirla. En nuestra investigación hemos observado que todos los hombres, sobre todo los de la generación mayor, creen y sufren en el amor, en la desilusión, en la soledad y en el abandono de interés sexual desde la mujer, y no temen compartir sus emociones.

“Uno se casa enamorado, yo me casé enamorado de mi mujer y la mujer mía también. Pero ahora se rompieron las relaciones. Ya no hay arreglo. (...) Es que tuvimos harta familia y después la señora se empezó a comportar mal conmigo. (...) Ella, ella es la porfiada, ella me echa la culpa a mí. Después que nos casamos, como después de 5 años, comenzó a porfiar. (...). Ahora ni conversamos, yo vivo la vida solo (...) y yo me preparo todo, como si fuéramos aparte. (...)Uno, como se casa enamorado, nunca piensa que van a cambiar las cosas. No era así, pero era media arpía, pero yo nunca pensé... pensé que se le iba a pasar, pero no, fue peor. Fue cada vez peor”. (Javier, 71 años, 1º Generación)

“Mire, ella nunca ha sido muy diligente para hablar, nunca. No demuestra. No como yo. Ella no, como que lo tiene adentro, no sé. Ella dice que sí (está enamorada), pero yo no sé, últimamente es una mujer muy fría, (...) y a mí me gusta contar chistes, cualquier cosa, conversar, y a ella no le gusta ninguna cosa. (...) Es que dos viejos, ya no pasa nada, todo termina, la naturaleza se pone muy fría. Le gusta puro trabajar, estar haciendo cuestiones. Yo cuando estaba pololeando con ella, (...) yo me dormía en sueño y ella póngale a tejer”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

“Y ella me hizo sufrir a mí, la señora,(...)ella daba muy pocas respuesta, quería pero era muy corta de genio, no me daba mucho (sexo) (...) y uno como que se aburre”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

“Simple, (yo quiero que mi polola) que me quiera” (Patricio, 17 años, 3º Generación)

Es interesante observar como los hombres, ya sea por su edad avanzada y su reflexión inherente, o la juventud, con los estímulos externos con figuras no tan rígidas en las formas masculinas antiguas, logran encontrar espacios de expresión de sus emociones, en una conversación casual, como antes sólo era permitido para las mujeres. A diferencia de otras masculinidades rurales estudiadas, los hombres que conocí manifestaban sus enamoramientos, su amor incondicional y su sentimiento de tristeza al experimentar abandonos, soledad y arrepentimientos que incluyen asumir culpas que antes sólo eran atribuidas al mundo femenino. La forma de manifestarlo varía según la generación, pues si bien, los de la generación intermedia presentan un hermetismo mayor, los jóvenes llenan el espacio con naturalidad, y con la seguridad de que los problemas podrán ser solucionados, mientras que los mayores, poseen un aire de melancolía por cómo fue llevada su vida sentimental y de reflexión desde la última etapa del ciclo de vida. Es cierto que generalizar la afectividad puede ser inexacto, y que existen casos que aun resguardan sus emociones como si la vida les hubiese sido tan difícil que prefieren soportar y enfrentarla solos, como símbolo de fortaleza, como una herida de batalla masculina, pero los avances y apertura poseen un ritmo que no se debe pasar por alto.

“Es que generalmente cuando yo tenía un problema nunca lo cuento, trato de salir solo, como sea, siempre ha sido así, me acostumbre así, eso me sirvió un poco cuando estuve con mi tío porque no le podía contar a nadie (...), en eso me endurecí, como que, era terrible para mí pero me las comía todas”. (Mariano, 64 años, 1º Generación)

“Yo nunca le hacía eso ni la abrazaba porque me gusta demostrar el cariño de otra forma”. (...) ” La gente que se deja caer es la que se va para abajo. Y si siento un dolor yo lo olvido. Es que a mí los dolores no me pueden dominar”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

Respecto a la generación intermedia, entendemos su posición de hermetismo o “*ser para adentro*”. Esto es porque, en su incapacidad de expresar dolores, se considera que su rol de jefe de familia se está construyendo sobre la base del poder y la protección frente a los miembros más débiles, o bien, en el caso de no tener una familia propia o con hijos, su masculinidad se ve enfrentada a la imagen que debe proyectar frente a los menores y a los mayores, además de sus pares casados, por lo

que son más reacios a reconocer sus emocionalidades frente a la pareja o con sí mismos, no así con la relación con los hijos, donde expresan sus sentimientos sin aprensiones. Es por eso que sus respuestas fueron concisas, evadiendo los problemas más profundos, o justificando su “seriedad” frente a su familia, al contrario de los mayores, quienes, asumiendo su fortaleza, reconocen el dolor sentido.

No estamos diciendo que se iguale la forma de aceptar la emocionalidad de la misma forma en hombres y mujeres, sino que se pudo apreciar una naturalidad en los comentarios y reacciones frente al tema sentimental, lo que posibilita un nuevo escenario donde las nuevas generaciones puedan enfrentarse de manera cada vez más natural, a esta dimensión emotiva del ser humano. Todo esto entendiendo que a pesar de estas transformaciones, el poder, el dominio masculino y su sentimiento de protección frente a los otros sigue presente, pero en distintos grados, abriendo aspectos íntimos, pero sin renunciar al rol masculino de “ser el más fuerte”, mostrándose firme ante situaciones o momentos de crisis, reafirmando su masculinidad en la capacidad de sentirse tranquilo, valiente e impasible, autoconfiado, resistente y autosuficiente, como parte de la función de ser el protector familiar.

Es quizás por este peso y contradicciones entre sus modificaciones y sus continuidades que intentan liberar, a través del consumo de alcohol, la sociabilización de las emociones y sentimientos, sobre todo en las generaciones mayores e intermedias. Pero los avances en este aspecto los irá aliviando de las presiones aunque sea a un paso lento.

Percepción del Cambio Femenino

- Mujer Proveedora

Si bien hemos establecido la división y jerarquía de roles adjudicados a cada sexo biológico, en relación a los espacios dentro de la familia, como un factor que permanece, y entendemos la división sexual del trabajo como uno de los pilares del sistema patriarcal donde se considera al hombre como el principal garante del bienestar económico de la familia, comprendemos del mismo modo, que los contextos van transformando las funciones y van modificando el tipo de relaciones antes establecidas.

Sin embargo, esto no implica una aceptación del cambio sin resistencias, pues existe un grado de inseguridad que emerge cuando los roles y las jerarquías se ven

trastocadas, o profundiza la idea de la mujer como sujeto que necesita protección constante, lo que se traduce en una negación, condicionamiento o conflicto, por la salida de las mujeres a trabajar, pues es él quien debe proteger a la mujer del mundo público, que es donde se desarrollan algunas acciones que podrían afectarle.

"Mi hermana no trabaja casi nada. Se dedica a la familia, aunque tienen un hijo no más, y ya está grande. El marido trabaja, no trabaja aquí casi, trabaja por afuera. Está casi siempre sola. (...) Mi papi no hubiese dejado que mi mami trabajara. Y yo tampoco creo que la dejaría, pero en el campo, es diferente, si tuviera una profesión o un estudio, pero así en el campo que vaya a trabajar a las viñas igual que uno, yo creo que no. Porque es sacrificado y también empiezan los problemas. Problemas de que van a andar con enredos, que aquí que allá. (...) Es el cahuín el que no me gusta y trataría de protegerla". (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

Cuando es la mujer la que asume la función económica, además de las otras funciones de cuidado en la familia, ya sea por problemas económicos, por disminución de la oferta del trabajo masculino o, la ausencia de un hombre, se inicia una o muchas negociaciones al interior del núcleo familiar, donde la presión de otros integrantes apoyan u obstaculizan su salida.

A pesar que no son muchos los casos en esta localidad en que la mujer casada trabaje, pudimos apreciar la dinámica de negociación que se estableció en uno de los hogares, donde, a pesar de la negación inicial, por considerar a la mujer "muy nerviosa" y no querer exponerla, es a través de la presión de las hijas que logran que la mujer realice una actividad permanente que le permita obtener remuneración, lo que finalmente es entendido como un beneficio para el marido, pues aumentan los ingresos del hogar, sin que la mujer salga de su espacio doméstico.

"Es ella a la que le gusta (trabajar), a mí no. Por mí no trabajara. (...) Es una terapia porque ella es nerviosa. (...) Yo preferiría que no trabajara, es mucho, a veces se acuesta muy tarde y duerme pocas horas. (...) Sí, hubo conversaciones (para que no trabajara) pero es que se meten los hijos. 'sipo, déjela', y 'ella sabe'. Entonces ya, uno para estar tranquilo, mejor no hablarlo, mejor hasta ahí no más". (Rafael, 65 años, 1º Generación)

Si bien observamos en las generaciones joven e intermedia, y desde la reflexión posterior de la generación mayor, una aceptación de la necesidad de que la mujer trabaje, es en la juventud, donde la igualdad se presenta como un discurso más aceptado y comprendido en torno a las decisiones individuales, y no sólo a las necesidades económicas.

“Yo no le exigiría que trabajara, pero si ella quiere trabajar... Pero a ella no le daría el derecho que me exigiera”. (Gustavo, 17 años, 3º Generación)

“Ayudaba mucho casarse con una señora que ayude al hombre es muy bueno, que no gana el puro hombre no más” (Víctor, 82 años, 1º Generación)

Los jóvenes no sólo no entienden este rol desde lo económico, donde es necesario que las mujeres trabajen, sino que efectivamente es lo que esperan que suceda, de un modo natural. Aun así, son los hombres quienes viven con la obligación de ser sostenedor, mientras que la mujer aún tiene la oportunidad de decidir si quiere o no participar del rol económico de la familia. De esta manera, la mujer, a pesar de participar en la parte económica del hogar, permanece en sus labores domésticas, como parte de sus obligaciones de género, incrementando la sobrecarga de trabajo y el aumento de las funciones y responsabilidades para suplir las necesidades de los miembros del hogar. Esto las sitúa en una situación, frente a la mirada de los hombres, de sacrificio, pero de crecimiento social, percibiendo la importancia de salir al espacio público y enfrentarlo, así como una reflexión más profunda que permite poner el foco en la decisión y la posibilidad de cambiar sobre las personas antes que el género.

“Las mujeres trabajan casi en lo mismo que trabaja uno hoy en día y ahora por lo menos las mujeres se hacen respetar, antes los gallos eran más machistas y todo el cuento les echaban la caballería encima, ahora no ahora uno les dice algo y ellas hablan lo que tengan que decir”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

“Es que yo pienso que es lo mismo. No creo que sea más fácil ser hombre. Yo pienso que depende de la persona, porque si una mujer quiere trabajar en un trabajo de hombre, lo puede hacer también, porque depende de ella”. (Gustavo, 17 años, 3º Generación)

"Bueno lo malo es que una mujer en el campo se sacrifica, es más sacrificada la vida que para un hombre porque de repente el trabajo del campo es más duro, más pesado, más pesado, más de todo, porque para uno mismo el trabajo del campo ya está acostumbrado y es hombre, por el mismo caso del que hay que levantar árbol, tiene más fuerza. Una mujer también que sea buena para trabajar pero igual es más pesado para una mujer". (...) "Lo bueno que trabaje es que sirve para darle una ayuda más a la casa". (Aladino, 54 años, 2º Generación)

La imagen de mujer de trabajadora y madre, es la que prima dentro de las ideas que surgen desde los hombres. Este es un cambio que la segunda generación ha visto más generalizado, por lo que las temporeras ocupan un espacio dentro del mundo

masculino, y esto va transformando las percepciones sobre ellas, estableciendo una comparación sobre los roles rurales, y las responsabilidades que tiene cada uno.

En aquellas familias cuya madre es separada o soltera, los jóvenes varones también aportan con su trabajo a los ingresos familiares, al igual que tíos y/o abuelos maternos. Esto expresa una realidad compleja y difícil de llevar para una mujer soltera o “sin hombre”, en un mundo masculino. A pesar de esto, la imagen de una mujer proveedora, entrega herramientas y aspiraciones a las mujeres jóvenes, las cuales manifestaron que dan por hecho que su futuro es el trabajo, y la independencia social y económica que esta involucra.

- La sexualidad de ambos

La edad de inicio y la forma de asumir las relaciones sexuales, también han sufrido variaciones, puesto que las generaciones mayores, recuerdan sus primeras relaciones a la edad de 18 años promedio, para ambos sexos (aunque se conocieron casos de mujeres que iniciaron su sexualidad a una edad mayor). A medida que nos acercamos a la generación más joven, se observa una cada vez más temprana iniciación de las relaciones con el género opuesto, así como sus encuentros sexuales. En la actualidad, el pololeo se presenta desde más joven 12-13 años.

Por otro lado, la existencia y reconocimiento de multiplicidad de parejas sexuales en las mujeres ha calado hondo en las expectativas y referencias sociales que se tenían y aún conservan, El cambio también pasa por el entendimiento de nuevos límites y permisos, que desafían el control patriarcal tradicional hacia las mujeres. Esta nueva manera de entender la sexualidad se incorpora tardíamente en lugares rurales conservadores, lo cual se demuestra en las diferentes percepciones actuales que se tiene sobre la sexualidad de la mujer en comparación con tiempos anteriores.

Los varones mayores de la primera generación hablan del embarazo “precoz” en los adolescentes mientras que los hombres de la generación intermedia hablan de irresponsabilidad y poco cuidado de los jóvenes, a pesar que en sus experiencias personales, el embarazo generalmente fue antes que la consolidación de la relación, ya sea en matrimonio o convivencia.

“Hoy día, tanto hombres como mujeres es más precoz. Pero todo lo que se ha avanzado en ese terreno desde mi punto de vista ha sido para mejor, y bastante mejor, porque hoy día, con la enseñanza que se le da a partir de muy chicos a los niños. Hay muchos papás que eso no les gusta, pero ellos

tampoco son capaces de enseñarles. Entonces alguien tiene que enseñarles. Y a estas altura de la vida ninguna mujer puede decir si es madre soltera es porque la engañaron. Entonces, tanto hombres como mujeres están preparados para eso. Y eso es bueno". (Martín, 73 años, 1º Generación)

Este concepto de "precoz" también puede deberse a una transformación en la forma de ver al sujeto "joven", antes entendido como un pequeño adulto, mientras que en la actualidad, se le observa como un nuevo grupo etario, más cercano a la infancia que a la adultez.

Finalmente, los atributos ideales para que las mujeres sean sus esposas o parejas son parte de una imagen conservadora de cómo "debe ser", asumiendo su rol de cuidadora de los otros, trabajadoras y leales, que cumplan con sus responsabilidades y estén siempre o la mayoría de las veces disponibles para el acto sexual con su marido. Esto se nota en la frustración y en las emociones de celos y rabia en un varón de la generación mayor, cuando su mujer comenzó a negarse a tener relaciones con él.

"Y ella me hizo sufrir a mí, la señora,(...) no me daba mucho (sexo) (...) y uno como que se aburre". (Víctor, 82 años, 1º Generación)

Por otro lado, los hombres, en su rol de padres, viven con el miedo de que sus hijas, en el contexto de sexualidad actual, arruinen sus vidas con un embarazo precoz, por lo que -ante sus ojos y prejuicios- hay que resguardarlas y controlarlas. Esto instaura una diferencia entre las mujeres "dignas" con las que se puede establecer el compromiso, mientras que otras, por el contrario, son aquellas mujeres que no pueden considerarse como justas beneficiarias de los cuidados otorgados por los hombres.

Esta visión de mujer pasiva en lo sexual y proyectado a todos los ámbitos de la vida, poco a poco se va quebrando, remplazado por nuevas visiones de mujer activa, independiente económicamente, educada y sexualmente sin compromisos. Si bien no es necesario tenerla cerca, la imagen va alcanzando las propias construcciones de la identidad de género de hombres y mujeres.

Las relaciones de poder y violencia en lo público y en lo privado: Cada vez más críticos:

La relación con el patrón autoritario y dominante era soportada y validada en una sociedad que se sostenía en una autoridad paternal controladora e incluso violenta para formar un ideal de hombre rural, con sus valores y sus formas de relaciones

jerárquicas. Los hombres hacendados, padres, maridos, hijos y hermanos, también prolongaban esta dominación masculina, otorgándole el poder que ellos deseaban tener. Sin embargo el cuestionamiento sobre las bases de las injusticias y la calidad de vida que llevaban, la pobreza y la violencia, llevaron a los hombres a construir desde los cimientos, un grupo cada vez más crítico, que enfrentará al poder familiar, laboral o político. No obstante, frente a ellos, emergieron también aquellos que defenderán este sistema de autoridad, bajo la idea de estabilidad, paternalismo, protección y obediencia.

“Es que antes el patroncito era todo, aquí todavía queda gente que sigue sacando el sombrero cuando ven a un gallo que sea más o que ande un poco más pintocito por ultimo, yo no me saco el sombrero ante nadie porque soy igual que ellos, no tendré la misma plata pero soy persona igual”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

Si bien, siempre han existido personas que enfrenten el poder y la dominación, las circunstancias actuales, las motivaciones globales, la información de derechos y la educación, hacen que no sólo permanezca esta crítica, sino que también exista una sensación de injusticia que permanece en algunas masculinidades rurales, que no considera natural las condiciones de explotación y violencia, lo que se traduce en una activa participación en organizaciones o en el reconocimiento de condiciones ilegales de trabajo.

“Anteriormente en la década del 60 estuvimos en un sindicato, y ahí yo partí, pero en ese tiempo era un problema de democratización de las organizaciones. Habían unas que había formado la iglesia, otras de comité campesino que hubieron de antes del año 30 y después se rompió la triunfo campesino y yo salí, no fui dirigente y seguí participando, la otra organización que se formó después que era ya más de izquierda. (...) Después de eso vino el golpe, y prescribieron todas las organizaciones, especialmente las sindicales, las cooperativas también, todo realmente”. (Martin, 73 años, 1º Generación)

“El año pasado tiré azufre y no me pagaron, a las tres de la mañana dije ‘entonces ¿Por qué voy a estar?’ y me dijo ‘Pero es mejor para tu persona’. ‘No po -le dije yo- aquí no es que sea más malo y que sea mejor para mí, (...) y si me salen de las 5 o antes de las 8 supuestamente que tienen que pagarme más’”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

Otro de los cambios que influye en la configuración de la masculinidad respecto al

tema de la violencia en el aspecto público y privado, es el incremento de la jefatura femenina del hogar, producto generalmente por el abandono de la pareja. Esta nueva situación o fenómeno, tiene como consecuencia el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad, conocimiento de redes locales disponibles, y la incorporación de nuevas actividades públicas. Esta última, es también resultado de un cambio en el rol de proveedor, pues es la mujer quien pasa a ser la proveedora permanente y principal cuando los problemas económicos y laborales afectan a los varones, o por la necesidad de mantenerse, independientemente, cuando sufren la enfermedad del esposo, o el abandono de sus hombres. Todos estos factores, a pesar de tensionar las relaciones entre los géneros a través de resistencias y conflictos al interior de esta unidad básica social, modificaron los patrones tradicionales de autoridad masculinos y han logrado que los hombres más jóvenes incorporen ciertos roles con un enfoque más equitativo y participativo en el hogar, y a su vez, critiquen las diferencias y discriminaciones hacia la mujer bajo estos aspectos.

También es importante la transformación de las relaciones de poder al interior de la familia o la comunidad, en la cual los jóvenes se encuentran en una posición muy distinta a aquello que vivieron sus padres o las generaciones anteriores, puesto que el poder paterno que se ejercía hacia la familia era mayor que el actual, utilizado bajo el sentimiento de temor y de control, con una violencia “naturalizada” tanto por hombres como por mujeres.

Las relaciones de poder y de violencia, se entiende desde el concepto de “machismo”, mostrándose frente a él como críticos, desde todas las generaciones, a partir de la propia experiencia y el entendimiento de las transformaciones contextuales en cuanto a los derechos de las personas.

“No, no me gusta para nada lo del machismo a mí. Bueno a medida que lo fui viendo por ahí, porque los viejos de antes, de toda la vida fueron un poco machistas, era lo que ellos decían y punto. Yo pienso que todas la gente tenemos derechos y por qué los demás tenemos que pasarlo a llevar”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

En la generación mayor, las relaciones de poder y de violencia no sólo se ejercieron desde lo masculino hacia lo femenino, sino también hacia otras virilidades sumisas, como los hijos. Y, aunque esto no era permanente, se reconocen episodios de violencia justificada, aunque esto le significara una culpa posterior:

“Yo a este le pegué una vez, por culpa de la señora (...) que me dejó mal a mí, y yo andaba por el fundo para abajo cuidando a los animales, me dio rabia, no les pegaba nunca”. (Víctor, 82 años, 1º Generación)

Pero también observamos en esta generación una autoridad masculina mermada, que incluso reconocen una postura sumisa de los hombres frente a las mujeres que ejercen o pueden ejercer violencia sobre ellos.

“Hay que buscar una que no sea muy alterada, para que no le pegue todos los días a uno”. (Luis, 66 años, 1º Generación)

En la generación intermedia, la violencia entre las parejas y con los hijos es relacionada con el pasado, como algo menos evidente en la actualidad, reflejando una superación parcial - por lo menos en el discurso y en los casos abordados- de las prácticas violentas.

“Igual uno comparte cosas de protección a la mujer, obvio. Porque estamos en el siglo XX-XXI, no puede ser que una mujer sea como antes, con el modernismo de ahora. Ni el hombre, si el hombre antes le pegaba, lo azotaban por cosas que eran absurdas, por pasar encima de usted sin tener una debida precaución o moderación, lo retaban, pegaban tremendo grito y le pegaban tremendos azotes, con correas y con palos. Pero eso ahora no existe. Igual todos hemos cambiado”. (Manuel B., 46 años, 2º Generación)

Frente a la injusticia, abuso de poder y la violencia observada en las generaciones anteriores, los jóvenes también tienen su postura crítica, reconociendo ciertas situaciones de violencia injustificada y de desigualdad de géneros en su crianza.

“Es diferente también el trato de los papás con los hombres y las mujeres. Con nosotros son, por lo que se ve, más brutal que con las mujeres”. (Patricio, 17 años, 3º Generación)

Sin embargo, también se justifican ciertas diferencias entre los géneros, cuyas desemejanzas, condicionaría el trato hacia ellos y ellas.

“Son muchos más protectores con las mujeres que con los hombres. Es que a las mujeres uno las pesca y les hace cualquier cuestión, una mujer a un hombre no creo”. (Maicol, 18 años, 3º Generación)

Cambios contextuales

- Valoración de la Educación como factor de movilidad social y estatus

La educación, si bien actúa como causa de las transformaciones, también es una consecuencia de éstas, y a su vez, un elemento que sufre modificaciones. Ella fue dotando a los individuos de proyectos de vida y de estatus sociales que antes eran alcanzadas sólo por una parte pequeña de la población.

En una primera etapa, los padres eran valorados por sus conocimientos sobre letras y números, aunque no hubiesen asistido a la escuela. En la generación posterior, las escuelas que se encontraban al interior de los fundos condicionaban la educación y la orientaban a favor del sistema político imperante, por lo que, la institución escolar en esta instancia no era tan valorada, en contraposición a la inquietud e interés por los acontecimientos que estaban sucediendo en el país, o la reflexión frente a los acontecimientos sociopolíticos.

La apertura del país a la educación básica obligatoria y las políticas que permitieron mejorar el acceso a ella, ampliaron las posibilidades de superación de la adversidad económica y del surgimiento personal, frente a la resignación de la generación anterior. De este modo, la posibilidad de estudiar se posiciona lentamente, como opción concreta, con experiencias que varían desde el cursar algunos años de enseñanza básica hasta una colegiatura completa y la consecuente aspiración a una educación superior.

La educación se presenta como una fuente de cambio que permite fortalecer las concepciones que se tienen de la actividad política y las opiniones informadas, algo que muchos hombres de la generación mayor destacan en mayor medida en el conocimiento que tenían sus padres pero no el que obtienen sus hijos en las escuelas. Para esta primera generación, el trabajo significaba la forma de enfrentar las condiciones de pobreza generalizada que atravesaba a los campesinos en la época hacendal, lo que obligaba al hijo mayor a tomar la responsabilidad de salir a trabajar para apoyar a la familia o a la madre soltera. A pesar de considerar la opción de estudiar y de intentarlo, ellos optan por trabajar por sobre quedarse en la escuela.

Para la generación intermedia encontramos casos distintos, tanto de una escolaridad completa como la del abandono del colegio para privilegiar la escuela. Si bien, dos de los entrevistados en la segunda generación son hermanos mayores, y tres de ellos eligen el trabajo, es posible entender una similitud con la generación

anterior, en la cual el hijo mayor es quien posee menos opciones de completar la escolaridad, no así el hermano menor, que tiene más posibilidades de cursar todos los niveles.

En lo que respecta a las nuevas generaciones, el colegio no se abandona, y logran compatibilizar trabajo y estudios, puesto que en sus aspiraciones y proyecciones de surgir y salir de las condiciones en que vieron a sus familias.

Estos cambios en el contexto referido a la educación han determinado nuevos estatus y consideraciones sociales, tanto de los otros y como las propias, ya que, a mayor educación del sujeto, mayor es también la crítica frente a la ignorancia de la población en su conjunto, adjudicando a la ignorancia los problemas sociopolíticos de la localidad y la violencia con la que se actuaba.

“Eran otros tiempos. Ahora la gente tiene educación, y aunque no tenga educación ve televisión, conversan con otro tipo de gente. Es otra vida. Es diferente. (...) En esos años no daban deseos de estudiar por como eran los profesores. Ahora no, ahora a los niños los tratan psicológicamente. Los profesores son altamente preparados, antes no había un profesor a la altura que hay ahora”. (...) Para los hombres igual, exigencias estrictísimas que ahora nadie las tiene”. (Rafael, 65 años, 1º Generación)

“(Respecto a las decisiones políticas de la localidad) Yo digo que la gente en este pueblo es muy inculta”. (Daren, 17 años, 3º Generación)

Las aspiraciones también van transformando la masculinidad, al ser un parámetro de comparación frente a otros, pero también por el acceso femenino a la educación superior (técnica y profesional). Si bien, no encontramos muchas jóvenes que estudien en universidades, las carreras técnicas también permiten obtener herramientas para su independencia, lo que ha ido modificando el rol masculino y su estatus social, sobre todo en la juventud.

“Yo creo que es muy sacrificada la vida en el campo. Yo no creo que opten por eso ellos, de hecho los mismos hijos míos no salieron igual que uno, es que uno tiene otra forma, uno trabaja así igual que un animal. Ahora llevan otra vida. (...) “Se está perdiendo (...) porque la juventud ahora quiere más, o sea trabajan menos y quieren ganar mucho más. (...) A lo mejor tienen más comodidad para mortificarse menos”. (Aladino, 54 años, 2º Generación)

La generación intermedia y la joven, vivieron por primera vez la posibilidad y realidad de estudiar, sin embargo, conversando con los jóvenes, ellos quieren tener un

título técnico por las oportunidades que les abren y la presencia de numerosas instituciones con esta modalidad, pero sus aspiraciones profundas son las de tener una profesión universitaria y abandonar el lugar donde nacieron o vivieron su juventud.

Esto se debe a la oferta educativa limitada, pues quienes quieren estudiar deben salir de sus casas hacia establecimientos educativos fuera de la localidad, y vivir parte de su año escolar en otras ciudades. Todo esto también otorga mayor independencia tanto a mujeres como a hombres, acortando la brecha de desigualdad establecida en generaciones anteriores, sumado a la experiencia de vivir también otras realidades de ciudades más grandes.

Del mismo modo, esta independencia y alejamiento de la familia, refirma la característica rural, donde desde pequeños los jóvenes deben asumir tareas de adultos, en comparación a lo que sucede con los niños y jóvenes urbanos centralizados.

Quienes alcanzan una educación superior, o la posibilidad de ella, van adquiriendo la idea de que el *trabajo en el campo* es demasiado dura para sus aspiraciones y para las de su familia, ya que el trabajo profesional encuentra pocos espacios de desarrollo en la localidad, lo que provoca un abandono permanente de jóvenes tanto física como de identidad masculina campesina tradicional, puesto que privilegian su identidad masculina por sobre la rural, al identificar la “realización como hombre” en la obtención de estudios, profesión y dinero, y no desde el contacto con la naturaleza. Sin embargo, la realidad es más compleja de lo que sus aspiraciones consideran, lo cual es identificado como un conflicto y un mal que afecta a los jóvenes rurales, los cuales terminan frustrados o desilusionados por las condiciones desiguales, no sólo de su localidad, sino a nivel nacional.

“Los jóvenes se han revelado porque ellos entienden lo que están haciendo, saben dónde está el problema. (...) El campesino ve las injusticias, pero no sabe de donde provienen. (...) La sociedad y los medios le muestran a los jóvenes una sociedad abundante de todo, y cuando llegan a eso se dan cuenta que no es así. (...) Todo un soñar despierto, y cuando se sueña despierto es más complicado que soñar durmiendo porque cuando se despierta se acoge a lo que está en la realidad, pero cuando estás despierto no hay otra realidad que la que él está viendo y la que quiere”. (Martin, 73 años, 1º Generación)

- Identities juveniles en época de Modernización y Globalización

Los cambios que conlleva la modernidad (carreteras, televisión, transporte, telecomunicaciones, etc.), el desplazamiento de los límites entre lo rural y lo urbano y los nuevos contactos con realidades, grupos musicales, expresiones artísticas, religiosas y músicas del mundo, rompen con lo tradicional del campo chileno, y comienzan a influir en los jóvenes con tendencias nuevas, que van modificando y resignificando ciertos elementos tradicionales, pero que también cierran espacios de diálogo y de comprensión intergeneracional.

Para los jóvenes, las formas de pensar, actuar y manifestarse son los principales elementos de confrontación, no sólo entre generaciones, sino con la cultura rural que los rodea, generalmente asociada a una idealización de la relación campo-naturaleza, pero también con un estado de educación e información menor, y a un aislamiento espacial y cultural.

La música electrónica, el metal y el hip hop son las preferencias en sus gustos musicales y en sus formas de vestir, lo cual causa un gran rechazo en la población mayor y una crítica a su atuendo y a su poco rescate de sus raíces.

“Me ven vestido así, piensan que soy delincuente. Me molestan porque me visto de ancho no más. (hiphoper). Habían dicho que cantara algo más típico.”. (Gustavo, 17 años, 3º Generación)

“A uno lo critican como se viste. Me dicen ‘vos soy volado’, ‘soy guachituro’, es mucha ignorancia”. (Daren, 17 años, 3º Generación)

La existencia de un rechazo a una nueva cultura, manifestada en jóvenes hiphoperos, pero también en todos los demás jóvenes, lejanos a su tradición rural, nos revela también la falta de comprensión de un fenómeno que las generaciones mayores no alcanzaron a conocer, y que es, en esta época, donde se ve con mayor fuerza sus elementos identitarios. Hablamos de la adolescencia y la juventud. Esto, creemos, es porque en los tiempos de sus padres y abuelos, el paso de niño a adulto era inmediato, y en este cambio de identidad etaria, eran ellos, como adultos los que se sentían parte responsable de mantener su cultura identitaria rural. Esto no sucede con una juventud que busca diferenciarse y expresarse de manera distinta a como lo hacen los niños y los adultos, ya sea de su localidad como del resto de la sociedad.

Por otro lado, para los jóvenes, el nuevo mundo se presenta conectado, con

oportunidades y con información, algo que hacen suyo, como parte también de su identidad. Los jóvenes rurales se acercan cada vez a sus jóvenes pares urbanos, pero aun –conscientes o no- siguen reproduciendo ciertos elementos que los mayores no logran apreciar a simple vista, es por eso la existencia de un prejuicio de “delincuentes”, de “vagos”, o bien la constante crítica a sus manifestaciones.

Frente a la responsabilidad que tienen de mantener la cultura rural, y la idea de que es posible que en ellos la distinción cultura urbana/cultura rural sea más débil y difusa, los jóvenes tienen una opinión bastante clara de lo que implica transformar aquellas costumbres, dada las actuales condiciones que sus padres o abuelos no tuvieron, como el contacto exterior con el mundo globalizado, la superación de ciertas diferencias que se relacionan con un nivel social menor, entre otros. Sin embargo, hay ciertas costumbres que aprendieron desde pequeños y que los hace sentir parte de su identidad de campo, y que aún lo practican con orgullo. Esta contradicción se entiende en un mundo donde quieren mantener el origen y las costumbres masculinas del campo y la distinción con el “otro” varón de la ciudad, pero a la vez se presenta con “no ser menos” o tan diferente entre sus pares, o bien, como un paso lógico al conocimiento que se tiene de nuevos estilos y formas de expresión que quizás los identifique más como jóvenes y no tanto como hombre de campo. Es decir, la influencia de los estilos musicales y tribus urbanas han decantado las preferencias en el canto a la divino, utilizando como formas de expresión musicales el hip-hop, por lo general, en la cual se utiliza el mismo patrón de improvisación –a veces- o de repetir y memorizar, como en otras formas tradicionales campestres, aunque las temáticas son críticas sociales globales, más que de costumbres o historias locales. No obstante, también existe la conciencia de una identidad rural que se resiste a desaparecer, pero sí es capaz de transformarse, y donde ellos, son un factor fundamental.

“Yo dejé de cantar canto a lo divino en primero medio. Es que uno cambia, cuando uno ve a la gente de afuera uno cambia. Hasta ese momento yo vivía solamente en este mundo. Después uno conoce otras cosas. Pero no me dejó de gustar. No he dejado de practicar cosas que se hacen en el campo”. (Daren, 17 años, 3º Generación)

“Es que ahora los niños tienen otro estilo no igual que uno. Los mismos hijos míos, yo me fijo, a lo mejor allá andan así, pero llegan aquí ya se ponen sombrero, se ahuasan, tiene ropa de huaso, todo entonces todas esas cosas. (...) A ellos sólo se le da por seguir la vida de aquí porque el más chico incluso

tiene un caballito por ahí que yo mismo se lo regalé. Yo se lo estoy criando, pero siempre con la opción de comprar montura chamanto, de eso tienen todo. (...) cosas de huaso". (Aladino, 54 años, 2º Generación)

Del mismo modo, las formas de pensarse a sí mismo como *hombre* en un escenario nuevo, de la mano de las nuevas transformaciones sociales que han experimentado las mujeres, van modificando los patrones de masculinidad propios del mundo rural, las identidades de género en cada una de las generaciones, con más fuerza en la más joven, afectando las formas de vida rurales, y en las relaciones sociales de género.

Las nuevas identidades juveniles, asociadas a creencias y filosofías distintas a las tradicionales, les dan un punto de vista crítico frente a lo que la gran mayoría de los pobladores expresan e identifican. Nuevas religiones o incluso un ateísmo ambiguo se sumergen en rituales tradicionales bajo el marco del catolicismo, pero ahora cuestionado como institución, a diferencia de otras generaciones más conservadoras.

Sin embargo, todos tienen un patrón de creencia y de rituales católicos, como catecismo, bautizo, misas, etc., utilizando estos rituales como una forma de participar colectivamente en ceremonias locales o como distracción, pero lejos –desde el discurso- del sentido de veneración o celebración de la virgen o del santo: *"Yo tengo creencias de todas las religiones, tengo creencias de la iglesia evangélica, algunas de la iglesia católica".* Asisten a las misas *"Porque es obligación. Te sacan de la sala y es bueno porque no tienes clases".* (3º Generación, jóvenes Nilahuinos)

En el caso de la generación intermedia, si bien desarrollaron su adolescencia y juventud en un periodo de expansión económica y tecnológica importante a nivel nacional, su contexto sociopolítico rural determinó su conducta más tradicional y conservadora de algunos espacios y elementos identitarios, a diferencia de los jóvenes, para quienes la experiencia de la generación mayor e intermedia y la mantención de los rasgos identitarios tradicionales, se relaciona con la cultura aislada y de pobreza.

Frente a esto, pudimos apreciar también que, así como existe una tendencia a romper con lo tradicional, está presente una idealización asociada a la cultura rural cada vez más lejana, como una forma de reconocer un punto de origen puro, propio de su masculinidad: el contacto con la naturaleza, la vida tranquila y la responsabilidad.

La irrupción del mercado también va modificando los elementos utilizados en el día a día. La ropa utilizada tradicionalmente por las generaciones mayores se pierde con las nuevas identidades juveniles, que adquieren elementos extranjeros resultado de su apertura al mundo y a otros lenguajes y estilos. Sin embargo, en la generación mayor también se puede observar que ciertos elementos tradicionales en su vestimenta ya no son utilizados, remplazando el poncho, la ojota y la chupalla, por jockeys y poleras. Sus rasgos de vestimentas son compartidas por la generación intermedia y mayor, no así con los más jóvenes, que buscan en elementos más amplios para manifestar su búsqueda de identificación y validación como generación. Su desplazamiento cotidiano es a través de bicicletas, pues sólo en contadas ocasiones se vio a familias desplazándose a caballo.

Frente a esto podemos mencionar como ciertos elementos característicos del campo, como el poncho, el sombrero, el caballo y las espuelas, son apropiados por otras clases sociales, como símbolos de estatus o pertenecientes al mundo del folclore, mientras el mundo rural, en su desarrollo, abandona, dejando sus distinciones a elementos valóricos y relacionados con el trabajo de la tierra.

Los Jóvenes más urbanos tienen otros sueños.

Con el estatus, viene una serie de privilegios y obligaciones que forman parte de la configuración y validación de las nuevas masculinidades. Y son –como dijimos– estos tiempos de modernidad y globalización, los que modificaron las fronteras entre lo rural y lo urbano. Pero también las influencias externas cambiaron los sueños y las proyecciones que tienen los jóvenes, quienes, en su desarrollo identitario más urbano, aunque conservando algunos elementos de la vida de campo, van abandonando aspectos identitarios importantes, así como también van dejando la localidad que los vio nacer, lo que tiene como resultado una población juvenil inexistente durante gran parte del año.

Esta generación transcurre su vida en un sistema que los obliga a salir para buscar un mejor futuro, por las escasas oportunidades en su lugar de nacimiento. No obstante, al preguntarles a los jóvenes qué querían hacer, todos respondieron que querían estudiar una carrera (universitaria en su gran mayoría, técnica la minoría), vivir en una ciudad, con otros ritmos y oportunidades, viajar y recorrer el mundo, y darle los mejores beneficios a sus familias.

Bajo estas aspiraciones y anhelos, la vida de trabajo en la tierra se aleja de sus

intenciones. El trabajo al sol y esforzado no es la mejor alternativa para ellos, en el futuro, debido a que el gran esfuerzo que significa trabajar con las manos y la tierra no tiene la recompensa en dinero que ellos esperan.

El anhelo de tener un trabajo que les de comodidades, es muy cuestionado por la generación mayor, pues entienden la crisis de realidad que tienen los jóvenes, especialmente las mujeres, en sus sueños y prioridades. Para ellos, como se dijo anteriormente, los jóvenes sueñan con autos, zapatillas de marca, conocer el mundo, pero esto solo les traerá frustraciones, pues es muy difícil salir de la condición en que viven, sea su lugar de residencia, rural o urbana.

D. Conclusiones

Transformaciones de la identidad masculina en contexto Rural

Las identidades y relaciones de género se van adecuando y adaptando a los cambios y devenires de la sociedad chilena. Es así como en el transcurso de nuestra historia social podemos apreciar las variaciones contextuales que responden al avance y a las apertura del sector rural a un mundo más globalizado y con procesos de modernización que afectan las comunicaciones, la información, el desplazamiento y las relaciones de trabajo, además de los cambios políticos que han condicionado la identidad campesina.

Dicho de otra manera, todos los elementos y factores de la masculinidad descritos, se enmarcan en un espacio cuyas transformaciones también van influyendo en la manera en que se asume y se expresa la masculinidad, evidenciando nuevas formas de relacionarse y de actuar, pero también expresando modos de reproducción en la configuración de género. Dentro de estos factores identificamos el contexto político nacional e internacional; los cambios en la educación; los medios de comunicación; y los cambios intrínsecos generacionales.

En el caso de las transformaciones en el contexto político y económico a nivel nacional encontramos como hitos principales, la época hacendal, la Reforma Agraria, la contrarreforma proveniente de la dictadura militar, los años de represión y control militar de esta época, la vuelta a la democracia, y la instalación de grandes viñedos y fundos en la localidad.

En lo que se refiere a las transformaciones internacionales, emergen los cambios en los derechos laborales, la declaración de los derechos de la infancia, y los derechos de la mujer. Todos ellos van influyendo en la forma en que se va a desarrollar la participación, el poder y la violencia, otorgando nuevos marcos de pensamiento y de acción en cada generación, lo que determinará la forma en que las identidades de género se construirán.

Por consiguiente, podemos mencionar que la generación mayor (varones sobre los 60 años) vivió una época de reformas radicales, de participación política activa, con conocimiento de lo que sucedía a nivel país, y con un pasado de dinámicas patronales muchas veces violentas y controladoras. Esto fue formando una grupo etario que vio posible realizar cambios en sus vidas y en las formas de actuar ajenas. Del mismo modo, esta generación es constituida por hombres que experimentaron la privación de

sus tierras y de la capacidad de trabajarla, de alimentarse de ella. Esto produjo una pérdida del eje central de su identidad, y la búsqueda de resignificación a partir de ciertos elementos relacionados.

Por otro lado, la generación intermedia vivió una época distinta de represión y de miedo, ocultas pero latentes, que formó varones más pasivos, tradicionales y conservadores en sus costumbres y pensamientos, que buscan rescatar lo tradicional, pero con las dificultades que el sistema económico y las nuevas grandes empresas (viñedos y fundos) traen consigo.

Por último, la juventud, con el conocimiento de cada uno de los cambios internalizados y naturalizados, construyen una masculinidad más urbana, distante y crítica de lo tradicional y local, pero que conserva ciertos elementos tradicionales de masculinidad.

En que se refiere a los cambios en la educación, éstos también abrirán nuevas puertas y oportunidades para los distintos actores:

La primera generación, la mayor, describe su infancia en escuelas dentro de las haciendas, con dificultades para trasladarse, en condiciones educativas precarias. Ellos tuvieron una experiencia interrumpida, pues optaron finalmente por trabajar por sobre la asistencia a los establecimientos educacionales.

Para la época de la generación intermedia, el estado ampliaba el acceso de todos los niños/as y jóvenes del país a colegios y liceos, por lo tanto, su experiencia es más completa, aunque muchos de ellos no terminaron los estudios o no tuvieron una formación profesional técnica.

Los jóvenes, en cambio, viven en un contexto educacional donde existen distintas variedades y opciones, como los internados, liceos y escuelas, a los que, obligatoriamente deben asistir, y por lo tanto, su educación media completa los proyecta a nuevas carreras y nuevos desafíos y aspiraciones, conectándolos con otras experiencias y proyectos de vida.

Ligado a los dos puntos anteriores, las comunicaciones también abrieron la posibilidad de entrar en un mundo global que permitió establecer contactos y conocimientos de nuevas ideas y tendencias artísticas, políticas y sociales que contribuyeron a generar diversas expresiones de identidades, individuales y colectivas. Esta influencia es mayor en la generación joven, los cuales muestran vínculos con tribus urbanas más ligadas a lo citadino o internacional, escapándose de lo tradicional rural.

No obstante, consideramos que, en las generaciones anteriores, las comunicaciones a través de la radio y el televisor, también tuvieron un impacto profundo en la inmediatez de la información, otorgando oportunidades de escuchar programas sociales y musicales en épocas de represión política y a la vez, logrando la influencia de las transmisiones centralizadas que mostraban un país distinto al que estaban viviendo en la época de dictadura. Todos estos elementos, entendemos, impactaron en cada generación, según sus recursos y etapas tecnológicas correspondientes.

Por último, creemos necesario considerar como factor de cambio, la variable generacional como proceso cultural, donde cada grupo de personas que representa una nueva juventud o adultez, modificará algunas tradiciones o resignificará ciertos elementos, contribuyendo al dinamismo cultural de las zonas rurales.

Estas diferencias son también parte de un fenómeno relativamente reciente, que el grupo etario mayor no alcanzó a conocer, y que es, en esta época, donde se aprecia con mayor fuerza. Hablamos del periodo de adolescencia y juventud. Esto es, porque, en los tiempos de la primera generación, nacida en las décadas '40 y '50 del siglo XX, el paso de niño a adulto era inmediato, lo que implicaba aceptar una responsabilidad en la mantención de su cultura identitaria rural, y una aceptación social como pequeños adultos tanto para el resto del mundo masculino como para su núcleo familiar. Frente a esto, y con la emergencia del fenómeno cultural de la juventud, los sujetos que se identifican con este grupo etario, buscan diferenciarse y expresarse de manera distinta a como lo hacen los niños y los adultos, ya sea de su localidad como del resto de la sociedad.

Considerando lo anterior, y como resultado de nuestro estudio, se pudo establecer que estamos frente a masculinidades que han sufrido los cambios contextuales acaecidos en el agro chileno (la época hacendal, la Reforma Agraria, la contrarreforma proveniente de la dictadura militar, los años de represión y control militar de esta época, la vuelta a la democracia, y la instalación de grandes viñedos y fundos en la localidad), y que expresan algunos atributos tradicionales masculinos y otros rasgos con características femeninas incorporadas en su configuración.

Es por esto, que consideramos fundamental establecer aquellos factores que componen esta masculinidad mermada, que se reproduce en la transformación, como

una forma de identificarse y diferenciarse a sí mismos, como hombres rurales, reproduciendo su dominación, aunque en la práctica se manifiesten límites difusos y resignificados.

Es así como en nuestra investigación, vemos que existen elementos identitarios de género que aún están presentes, los cuales, si bien se van transformando en relación a la generación o a la clase, en su base siguen repitiendo parámetros y atributos de los sistemas de género imperantes en nuestra cultura hacendal, fundada en saberes, prejuicios, juicios, valores y significados, reproductores de un modelo de masculinidad tradicional que está en los orígenes de nuestra cultura chilena.

Por un lado, encontramos una primera masculinidad cuyos rasgos tradicionales se enmarcan en un contexto rural de menor educación, aislamiento, y con una historia de contacto y apertura inicial al mundo moderno, cuya experiencia local y familiar los ha hecho particularmente críticos de los abusos paternos y patronales, lo que ha condicionado una primera generación de transformación considerable, respecto a las generaciones anteriores.

Por otro lado, observamos una generación intermedia, cuya infancia se desarrolló en un contexto político de represión, cuyas experiencias escolares son más modernas y más prolongadas, aunque en algunos casos, éstas se ven concluidas por la necesidad de trabajar o por las oportunidades escasas de trasladarse a otros centros educativos, repitiendo algunos obstáculos de la generación que le precede. Mientras que en otros casos, se tuvo un nivel socioeconómico que les permitió una apertura al mundo y a la educación superior, pero que actualmente trabajan la tierra o en otros trabajos. Esto los ubica en un espacio de transición, pues si bien se sitúan en un contexto de apertura al mundo urbano, se presentan como más tradicionales y conservadores respecto a la generación mayor y la generación menor en lo que respecta a roles de género y espacios masculinos, así como su valoración e identificación con el trabajo y la tierra, y en la idea de siempre retornar a la localidad y a sus costumbres. Esta idea de retorno y conservación de sus tradiciones se explica en un deseo de conservar el espacio de privilegios para los hombres, pero además en la presión actual, dada su situación etaria y social presente, la cual necesita una constante confirmación de su identidad masculina productiva y hegemónica frente a su familia y a las otras generaciones de varones.

Finalmente, se encuentra el grupo de masculinidad joven, más abierta a una igualdad de género, pero que aún expresa prejuicios sobre la mujer, propios del sistema patriarcal tradicional, a pesar de poseer una educación plena y establecida en centros urbanos, con intereses fuera de la localidad, y con influencias de nuevas ideologías, ropas e identificaciones juveniles, de otras partes del mundo urbano.

En lo que refiere al tipo de masculinidades que se conforman en el contexto rural en la localidad de Nilahue, podemos establecer que éstas presentan una continuidad, en la cual, tipología y diferenciación dentro de este grupo parece repetir sus categorizaciones con ciertos matices, dependiendo de las experiencias vividas en un contexto determinado. Sin embargo, es necesario mencionar que si bien, en cada hombre y en cada generación se asumen los valores patriarcales que le caracterizan, contribuyen, a la vez, al surgimiento de adaptaciones y resignificaciones dentro de la misma tipología.

En primer lugar, existe una masculinidad dominante, que ejerce su poder sobre las mujeres y sobre los hijos, y que siente como su deber el protegerlas y educarlos. Esto no sólo lleva a un sentimiento de responsabilidad con el género y con el grupo etario más débil, sino que también muestra una superioridad moral de parte de los hombres, representantes del respeto y del compromiso con el trabajo y la familia.

Aquí también aparece la imagen de patrón/padre como el ejemplo de masculinidad hegemónica por excelencia, del cual, emergerán sentimientos de odio y de admiración, que determinarán las maneras de actuar y relacionarse en todas y cada una las generaciones, como un ideal de gallardía, destreza y control.

Asimismo, observamos cómo está presente un tipo de masculinidad dual, donde, por un lado, las otras mujeres son reducidas discursivamente a objetos de placer, pero a la vez, es una masculinidad dependiente de sus mujeres-compañera, especialmente en la generación mayor, donde se expresa el enamoramiento y la desilusión sentimental sin la intención de esconder sus emociones, afectos, ternuras, dolores y tristezas.

Por último, las masculinidades subordinadas y marginadas se reflejan en la eterna lucha que tienen especialmente los jóvenes rurales con las masculinidades ciudadanas, donde se observa una jerarquía espacial, pero también de clase social, la cual se identifica como un elemento que complica su identidad hegemónica.

Del mismo modo, la homosexualidad aparece en cierto modo invisibilizada en el

discurso y en los grupos de pares inmediatos de los hombres, siendo alejados de sus círculos y de sus experiencias de amistad. Esto último nos demuestra que, si bien existen prejuicios, ante ciertos estereotipos de hombres femeninos, también experimentamos que la soltería y los gestos no masculinos, no son constituyentes de exclusión, siempre y cuando se realicen las tareas masculinas esperadas en un contexto masculino.

A partir de lo observado y analizado, hemos podido apreciar que la estructura patriarcal rural no difiere tanto de las características del sistema sexo-género del resto de nuestra sociedad y cultura, especialmente en la construcción de identidades masculinas. Esto se refleja en la actitud y discursos frente a identidades divergentes, y en aquellas valoraciones que se entregan a las categorías de género, especialmente sobre las mujeres, las que son entendidas como sujetos que deben ser supeditados a los hombres por ser diferentes, débiles y con características particulares no aptas para el ámbito y las labores masculinas, bajo la estructura androcéntrica.

Lo anterior se ve reflejado en el poder que tienen los hombres en cuanto a propiedad de la tierra, con títulos, procedencias y descendencias; además de manifestarse en los procesos transversales de socialización de género; en los espacios homosociales y ritos de validación; en la importancia del trabajo desde la infancia, en el dominio de lo político-público; en la poca disposición a los cambios a pesar de las modificaciones en el trabajo o en un contexto de necesidad económica; a los juicios emitidos sobre las mujeres y su sexualidad controlada, por sobre las libertades naturalizadas de la sexualidad masculina; el control de la natalidad atribuida como un rol femenino; y a los roles del sexo-género distribuidos en las labores domésticas, todas asociadas a una concepción tradicional de dominación masculina, construida y reproducida socialmente por la cultura patriarcal.

Las distintas situaciones y experiencias que hemos presenciado nos fueron revelando la manera en que se va construyendo y reafirmando la masculinidad en este contexto y en cada generación.

En primer lugar, vemos como la diferenciación o jerarquía de los espacios y actividades, el control manifestado como protección y las libertades masculinas, van estableciendo los límites que demarcan no sólo el ser más o menos hombre, sino también la manera de sobresalir frente a sus congéneres y a las mujeres. Esto se expresa en las distintas maneras en que es descrita su masculinidad, a través

de valores, conocimientos y logros. También se refleja en las diferentes formas de socialización y en los permisos otorgados a los hijos según su sexo. Para todos los entrevistados, los hombres tienen más libertades para socializar que las mujeres, pues éstas suponen mayor riesgo de sufrir accidentes o violencias, al no tener una capacidad de defensa presente –supuestamente- en los hombres. Del mismo modo, las diferencias también implican un trato más brutal por parte de los padres hacia los hijos varones en comparación a las hijas mujeres.

En los casos mencionados, la influencia e importancia de la representación del padre y de la madre, la forma de relacionarse entre ellos y con sus hijos, el uso espacios establecidos, son fundamentales para la configuración de la identidad masculina inicial: La figura del padre aparece como ejemplo de trabajo, conocimientos, mientras que la madre se ejemplifica desde la bondad y la rectitud, lo que va influyendo en la construcción identitaria en torno al cómo debe ser un hombre, qué se espera de ellos, qué actitudes o conductas los hace menos varoniles y cómo debe ser la mujer con la cual deben establecerse.

Por otro lado, en la imagen que se tiene de “la mujer” y la sexualidad asociada a ella, también están presentes diferenciaciones basadas en las categorías construidas y a los estereotipos establecidos, los cuales determinarán las relaciones que se desarrollaran y los discursos que se expresaran durante todo el ciclo vital masculino:

Primeramente, vemos como la imagen de mujer ideal es representada a través de la figura de una compañera de vida, que les otorgue estabilidad, que sea confiable, bondadosa, los haga sentir cómodos en una situación doméstica, que cumpla los deberes de la casa, que sea fiel y comprometida, segura de sí misma y que les permita una relación tranquila. Frente a esta imagen de mujer idónea para el compromiso, aparece en contraposición la imagen -que ellos consideran- de hombre ideal que busca una mujer, el cual debe entregar protección, dinero y mantención. Esto demuestra una visión práctica del matrimonio desde el –supuesto- punto de vista femenino, atribuido a su interés por el aspecto económico, pero también expresa una visión de las relaciones amorosas desde el punto de vista masculino, dado el interés en las actividades domésticas que la condición de mujer conlleva en esa cultura, complementadas además por expectativas en torno a una personalidad femenina que les entregue tranquilidad en su diario vivir. Cabe mencionar, que estos supuestos sobre la visión femenina respecto a los varones, estuvieron condicionadas por el

prejuicio cultural existente y/o por malas experiencias en relaciones que terminaron por afectar la imagen de las mujeres en general.

En el caso de los jóvenes, la imagen generalizada de la mujer está expresada en la idea de una fémica controladora, demandante, posesiva, celosa y compleja, lo cual los lleva a preferir evitar “complicaciones” y tener breves encuentros con ellas.

A partir de estas visiones, establecemos una continuidad en la imagen de mujer a partir de las relaciones sentimentales, que se contraponen a la imagen maternal santificada, estableciendo además, una de lo femenino y lo masculino, poniéndose a sí mismo como un ejemplo valórico en la búsqueda de una compañera de vida.

Existe además, en todos los hombres entrevistados, una estigmatización de la mujer rural en relación a la labor del hombre de campo, lo que tiene como consecuencia el establecimiento de comparaciones valóricas sobre estas prácticas, dado que, para ellos, el trabajo más pesado es el de hombre rural, por sobre la comodidad doméstica de las mujeres, y donde, el embarazo, sería la salida fácil para ellas, frente a los desafíos profesionales que puede tener un varón. Esto no quiere decir que no existan opiniones de valoración positiva para las mujeres que se han enfrentado al trabajo en la tierra o en otros ámbitos que demandan fuerza y fortaleza, empero, la comparación siempre está presente, y tienden a profundizarse a medida que nos acercamos a la generación joven.

Asimismo, aparece una doble moral en la cual se manifiestan críticas que expresan exclusividad de ciertos atributos tanto para hombres como para mujeres y como éstos ocasionan conflictos sociales cuando son apropiados por el otro género. Nos referimos a características tales como el gusto por la sexualidad libre, la vida social sin límites, especialmente nocturna, gusto por el alcohol, relaciones de pareja y sexo constantes, que en la mujer es visto como negativo, adjudicándole epítetos que, al margen de la palabra de moda en cada una de las generaciones, recurren a la misma sanción social y moral.

Del mismo modo, creemos que, en la protección y resguardo “del otro” mujer, va un sentimiento machista de responsabilidad frente al género femenino, por considerarse a sí mismo poseedor de más recursos sociales y personales que ellas, reflejado en la obstaculización o cuestionamiento de iniciativas femeninas que buscan practicar actividades adjudicadas al mundo masculino. A partir de lo señalado, es posible afirmar que este esfuerzo por mantener los roles y actividades tradicionales de cada género es parte de una búsqueda de reafirmación identitaria, basada en la

exigencia autoimpuesta de ser necesitado y deseado, lo cual fortalecería su rol masculino social.

Por tanto, la violencia simbólica ejercida desde la masculinidad toma la forma de prejuicios y juicios de dominación, celos, infidelidades y servidumbre, a pesar de tener ideas aparentemente igualitarias frente a los derechos y una práctica que se mueve entre estas dos tendencias, demostrando su dominio justificado desde su rol históricamente público, reproduciendo a nivel discursivo el patriarcado donde están insertos.

Por otro lado, el inicio de una sexualidad activa, el consumo social de alcohol y los enfrentamientos violentos presentes en todas las generaciones, constituyen importantes ritos sociales de validación donde se afirman a sí mismos como varones poseedores de características masculinas como la fuerza, la competitividad y el valor.

Relacionado con lo anterior, y a pesar de que en las distintas generaciones se observa un contexto distinto respecto a la necesidad del trabajo frente a la oportunidad de acceder a una educación de largo plazo, creemos que el trabajo es parte de la identidad de género de todas ellas, conformándose como su “deber ser”, su capacidad, su rol de protector y proveedor, y el parámetro que se utiliza para valorarse y medir a otros hombres.

A este respecto, el trabajo en la infancia y el asumir responsabilidades frente a su hogar, se presentan como un rito de paso de niño a hombre, de conocimiento, de responsabilidad e identidad, como un elemento que consolida y valida su ser social masculino rural, como un buen heredero de los conocimientos del padre, y de un sujeto que se consolida en ello y en los valores asociados, como la responsabilidad y el compromiso.

De este modo, todas estas masculinidades demuestran un eje centrado en el trabajo que, si bien, dejó de ser una relación directa con la tierra, conserva los conocimientos y experiencias, mantenidas por generaciones, y sostenidas desde la masculinidad. Del mismo modo, los trabajos que no se ligan a la tierra, mantienen relación con los conocimientos del padre respecto a otras labores, tales como el comercio, la mecánica, entre otros.

Por lo tanto, la fuerza física, el esfuerzo en el trabajo, el manejo de información

sobre los problemas sociales, la capacidad intelectual, el grado de conocimientos académicos, las opiniones exclusivas sobre temas políticos y su participación en ellos, entre otros, se presentan como prerrogativas masculinas, que forman parte de su sentimiento (o búsqueda) de superioridad, producto del manejo pleno del espacio público, frente a un espacio privado utilizado por el género femenino muchas veces desvalorizado.

En lo correspondiente a las transformaciones en la configuración de la identidad de género masculina, el cambio se experimenta en primer lugar, en la manera en que los hombres asumen su rol de padre, el cual presenta características más emocionales y activamente afectivas. Asimismo, existe un traspaso de funciones, o por lo menos, una flexibilización de roles, los cuales reconocen más cercanía con sus hijos, sobre todo en los jóvenes (en su proyecto de paternidad) y en sus abuelos. Sin embargo, esto no sucede con los varones de la generación intermedia que tienden a reafirmar su rol de proveedor y castigador, por sobre el cuidador.

Esto nos muestra un avance significativo en la reasignación de funciones e incorporación de características consideradas “femeninas”, proporcionando un espacio que potencie las adecuaciones generacionales, y permita atravesar límites tradicionales que integran aspectos de género antes invisibilizados en la constitución masculina. Sin embargo, esto también provoca tensiones en lo correspondiente al aspecto discursivo o simbólico en torno a cómo debe ser un hombre, y aquello llevado a la práctica, lo cual confronta la manera de entenderse y de desenvolverse con el otro género y con sus congéneres.

Si bien, no es menos cierto que aún se sigue reafirmando la masculinidad en cuanto al papel de responsable de la familia, ésta se establece desde otros elementos que comparte con el género femenino. Es por esta razón que creemos que es en la afectividad desplegada en el ejercicio de la paternidad, donde el hombre se reencuentra como sujeto emocional, desarrollando cambios profundos con su propia identidad masculina y permitiendo el cambio en las generaciones posteriores.

Siguiendo la misma línea, el propio reconocimiento de sentimientos y emociones también es parte de las transformaciones en la masculinidad. En esto nos expresa un nuevo ámbito que comienzan a comprender como no exclusivo de las mujeres, sino que asumen sus emociones y sentimientos como una plataforma donde

consolidar su rol de esposo.

El tamaño y constitución de las familias también es considerado un elemento de cambio que afecta especialmente a los hijos y a la economía del hogar, puesto que, en la actualidad, no se requiere tanta mano de obra inmediata, sino que se privilegia la educación y por lo tanto, la economía debe cuidarse en torno a esta prioridad. Esto emerge en un marco contextual de instalación, en la década del sesenta, de estrategias públicas enfocadas hacia las mujeres para controlar y disminuir las tasas de natalidad, la incorporación de métodos anticonceptivos, y la educación sexual en los consultorios y colegios. Todo esto permitió -y permite- un crecimiento más controlado de la población en zonas rurales, un desplazamiento en las actividades y ocupaciones de jóvenes y niños, una nueva concepción de las relaciones sexuales, especialmente femeninas, una readecuación del concepto de familia, y el control que ejerce el patriarca sobre ella.

En este punto creemos que una familia reducida condiciona el poder masculino, ya que se reduce el sujeto dominado, lo que puede orientar el control sobre éste, pero a la vez, demuestra un cambio en la concepción de los hijos, desde entenderlos como un sujeto “mano de obra” a alguien que refleja la esperanza de surgimiento y movilidad, y como la oportunidad de trascender a partir de una vida mejor de la que se tuvo.

En cuanto al maltrato y la violencia hacia las mujeres e hijos, si bien se identifican discursivamente como parte de las costumbres de la sociedad tradicional chilena rural, éstas fueron adaptándose en cada generación según las experiencias de cada individuo, disminuyendo su presencia y frecuencia en todos los varones entrevistados, los cuales expresaban su desacuerdo frente a esta práctica, dado el trauma producido por las agresiones sufridas en su infancia, juventud y adultez. Visto desde otro aspecto, el cambio desde la mujer también afecta la forma de plantearse a sí mismo el significado de ser varón, pues, los límites definidos como “no soy mujer”, “no soy niño” “no soy homosexual” (Badinter, 1993), se van difuminando y cuestionando, estableciendo adecuaciones, pero a la vez marcando diferencias y expresando actitudes dominantes que dejan entrever una inseguridad frente a la inestabilidad de roles y características ahora flexibles.

Surge entonces una aparente contradicción y tensión en la apertura femenina hacia el mundo laboral, que implica transformaciones importantes a nivel público, pero que en su rol doméstico, sus características se presentan sin mayores modificaciones,

estableciendo, por un lado, espacios de comprensión de su acción laboral fuera del hogar y como apoyo económico, pero por el otro, no se arriesga su labor al interior del hogar como cuidadora de otros, aun si son ellas las que aportan de forma permanente los ingresos en sus familias. No obstante, el paso de lo privado a lo público, establece nuevos límites, formas de entendimientos y negociaciones que son significativas en el proceso de cambio en la configuración de la identidad de género.

De este modo, la mujer proveedora, la sexualidad libre, la apertura de lo público, van rompiendo la visión de mujer pasiva proyectada a todos los ámbitos de la vida, lo que genera comparaciones, nuevas exigencias y un cuestionamiento a la “liberación” femenina en la toma de decisiones respecto a su reproducción y su cuerpo.

En cuanto a los cambios contextuales, podemos decir que la influencia de los Derechos de la Infancia y de la Mujer determina parte de los avances locales y globales, lo que provoca que sean principalmente los jóvenes de la tercera generación quienes vislumbran al machismo como causante de las desigualdades entre hombres y mujeres, suponiendo la importancia de ciertos cambios.

Del mismo modo, existe una mayor consideración de los procesos individuales y personales, desde una manera más reflexiva en la cual se dejan de lado los absolutismos, mientras surge la idea de relativismo de los géneros y la importancia de las personalidades por sobre los mandatos tradicionales. Esto está especialmente presente en el discurso de los jóvenes, que han absorbido de mayor forma la cultura urbana y global, expresando ideas sobre la diversidad y la igualdad, la cual estaría basada en lo particular de cada persona y no en su género o sexo.

No obstante, -y como ya hemos mencionado- a pesar de ser un grupo que expresa de manera más abierta las posibilidades de cambio de roles y de una igualdad de género más efectiva, son los propios jóvenes quienes cumplen la función de reproductores de ideas y comentarios sexistas, diferenciando valores en el trabajo doméstico y público, resaltando la naturaleza débil de las mujeres, e incluso manifestando que las mujeres se aprovechan de su condición, mientras el hombre se esfuerza más para no perjudicarlas. Empero, entendemos que las contradicciones de este grupo etario son consecuencia del cruce entre su cultura tradicional, su socialización, los cambios contextuales que muestran nuevas formas de entender la igualdad, y el momento del ciclo vital que están experimentando, lo que puede mostrar diversas maneras de analizar la sociedad en la cual viven, pero también las formas en

que estos discursos no son efectivamente llevados a la práctica cotidiana de las relaciones entre géneros.

En resumen, y a partir de lo expuesto, pudimos constatar la estructuración de una masculinidad que es el resultado de una historia de rupturas, renunciadas, pérdidas y quiebres con su status y con su herramienta de trabajo principal, la tierra, que expresa una manera de reconfigurarse a sí mismo en distintos contextos, proponiendo nuevas formas de ser que expresen de mejor manera lo que consideran correcto, pero que a su vez, que intenta reproducir su identidad de género con elementos tradicionales simbolizados en la relación con el trabajo, en el discurso representativo de la mujer y en la socialización y validación de la masculinidad.

Desde otro punto de análisis, todas las transformaciones en la configuración de la masculinidad y en la identidad masculina rural son percibidas por cada grupo de varones de manera distinta, enfocadas y visualizadas en dos actores específicos: la mujer y el hombre de la generación joven.

Para el primer grupo etario, el más veterano, los jóvenes de la localidad de Nilahue Cornejo poseen distintas características que los conforman como la generación renovada, pero también son quienes llevan el peso de la identidad rural en transformación y resignificación.

Entre las características positivas mencionadas sobre el cambio en la identidad, se destacan la información y educación, pero a la vez, critican la falta de compromiso con la historia de la localidad, con la política, y con las responsabilidades laborales adjudicadas por el mundo masculino rural. Del mismo modo se critica el sistema en que han crecido estos nuevos varones, que los ha alejado de los valores descritos anteriormente como característicos del hombre campestre.

Las reflexiones acerca de sus experiencias de infancia por parte de la generación mayor, llevan de la mano una nueva forma de practicar la crianza, basada en su intención de cambiar las malas experiencias vividas. Sin embargo, estos nuevos métodos de cuidado e instrucción también son percibidos con cierta inquietud frente a otras crianzas, pues la flexibilidad también se relaciona con la permisividad de los padres frente a los jóvenes, los que les entrega una vida más fácil y por ende, menos esforzada, y por último, se le identifica como causa directa de la disgregación de la

familia al no tener figuras autoritarias potentes en el núcleo familiar. Esto se traduciría en jóvenes más individualistas, cómodos, ambiciosos, y cercanos a la cuestionada cultura citadina.

Por su parte, para la generación intermedia, la imagen sobre las generaciones jóvenes se compone de un sujeto adolescente que no acepta las normas y los compromisos, ya sea en la escuela o en el trabajo, y de un varón desordenado y vicioso, distante de la conducta de los mayores.

Desde esta generación intermedia se manifiesta también la diferencia en la crianza, a través de las modificaciones en el trato de los padres hacia los hijos, y en la influencia que tiene la educación, la conformación familiar y las leyes familiares, en el actuar presente de los jóvenes, catalogando el contexto social actual como “riesgoso” en cuanto a la libertad sexual o social de los jóvenes varones. Esto nos habla de una visión nostálgica de su propia infancia y juventud y a su vez una visión desde la posición de padres en plena labor de crianza, inquietos por lo observado en las generaciones más cercanas a ellos.

Por otro lado, las mujeres han sido claramente identificadas como portadoras de transformaciones de la localidad, es decir, en la cultura rural. A ellas se les atribuye el uso de una libertad cuestionada, límites traspasados, y el fin del comportamiento recatado, pero a la vez, como una figura que representa cambios con respecto a los roles y las ventajas de éstos, sobre todo en materia económica.

Las nuevas generaciones, hombres y mujeres, surgen frente a los grupos etarios conservadores, como una nueva forma de enfrentar la sexualidad, y asumir las consecuencias de ella, dejando atrás algunas de las imposiciones culturales más conservadoras. Esto no quiere decir que se hayan eliminado las connotaciones negativas y prejuiciosas frente al actuar femenino y la sexualidad, sino que existen ciertos discursos que nos hablan de una aceptación de éstas como resultado natural de las transformaciones socioculturales, asumiendo además el papel de las familias y la sociedad como un factor clave en la educación e información de los jóvenes.

Asimismo, desde la perspectiva identitaria local, afirmamos que la reproducción de ciertos elementos simbólicos que refuerzan la masculinidad rural, ya sea en instancias cotidianas, tales como el uso de animales como medio de transporte o en las actividades relacionadas con el trabajo, así como en rituales de liberación y

exposición de algunos elementos o acciones, sólo son, en la actualidad, utilizadas como elementos típicos, resituando la cultura tradicional de manera expositiva, en instancias tales como los rodeos, fiestas patrias, entre otros. Esto permitiría establecer una imagen folclórica del mundo campestre inmutable, cuyos elementos se destacan en relación con lo que fue un pasado, permitiendo la conformación de una historia idealizada de su localidad y su identidad rural, especialmente para aquellos que buscan su origen para situarse en su actualidad.

Como hemos visto, las nuevas generaciones aportan con interpretaciones del presente y del pasado, pero también son ellas mismas un sujeto en constante transformación, cuyos elementos externos, como la educación, las comunicaciones y las influencias juveniles del mundo los determinan como una generación que lleva su identidad rural hacia nuevos niveles y resignificaciones, combinando la idealización de la relación hombre-tierra, con la introducción de nuevos códigos, modas, intereses y nuevas características de su género, reinterpretando y reproduciendo las configuraciones de su masculinidad, con conductas y valores ligados al campo chileno y otros comportamientos y elementos apropiados más alejados de la identidad rural.

Pero también entendemos que todas las generaciones aportan elementos de cambio según el contexto vivido, algunas más evidentes o reconocibles que otras, pero todas, con sus críticas al pasado y sus vivencias, aportan a este devenir de la identidad masculina rural, las que van adaptándose a partir de las relaciones entre los mismos pares generacionales, y con aquellos que pertenecen a otros grupos etarios (Intergeneracionales e intrapares).

De esta manera, en cada una de las generaciones, subsisten algunas características masculinas, las cuales varían pero no se transforman completamente, entendiendo el proceso de construcción y configuración de la masculinidad como algo dinámico, en permanente reconfiguración, inconsciente y consciente.

Del mismo modo, vemos como estos elementos se van entrelazando con el contexto global, en el cruce que se da entre los elementos locales y los mundializados, en el traspaso progresivo de los límites a nivel económico, político y social, y en la tendencia hacia la defensa de tradiciones frente a la globalización cultural.

Esto provoca una constante tensión entre lo nuevo y lo tradicional, entre divergencia y normatividad, entre extranjero y local, lo masculino tradicional y lo

masculino feminizado, produciendo un enfrentamiento simbólico-discursivo entre las distintas generaciones, sus consideraciones nostálgicas del pasado y los prejuicios del presente, la sensación de avance, y las esperanzas de surgir, todo esto rodeado de un marco de búsqueda de permanencia, y a la vez, de adquisición de nuevos elementos que traspasan lo tradicional.

Sin embargo, esto es un fenómeno que es posible observar en un contexto agrícola, puesto que su devenir está determinado por las transformaciones en el sistema de producción y por los cambios globales que suceden y abarcan este contexto. Esto es importante de mencionar, puesto que, en otras realidades rurales, como la ganadera, las masculinidades pueden desenvolverse y desarrollarse de distinta manera.

Finalmente, creemos necesario reiterar la importancia de establecer aquellos elementos de la identidad masculina que se configura a través de cambios, costumbres, conflictos y tensiones, que muestran el modo en que los hombres han interpretado las variaciones y sus consecuentes adaptaciones de tal manera de comprender los procesos de los géneros en la historia de nuestro país y entender los nuevos elementos identitarios presentes en la actualidad, permitiéndonos analizar los temas de género que surjan, sus cuestionamientos, inseguridades y tensiones, lo que nos posibilitará obtener diálogos importantes y profundos con los distintos actores sociales, viabilizando además la aplicación de políticas públicas acordes con estos nuevos acontecimientos.

E. Bibliografía

- Aguirre Baztán, A. (cord.) (1995) *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Barcelona, Marcombo.
- Andrade, X. y Herrera, Gioconda (eds.) (2001) "Maculinidades en Ecuador". Flacso. UNFPA. Ecuador, 2001.
- Araya, Alejandra; Vega, Alejandra; Eltit, Bernardita; Belliard, Camila; Llermaly, Camila; Carolina, Franch; Mejias, Elizabeth; Gálvez, Francisca; Pemjean, Isabel; Jimenez, Lily; Ubilla, Lorena; Rivera, Magdalena; Alarcón, Marieta; Hernandez, Paula; Solis, Richard; Mora, Tamara; Catepillán, Tomás. "Pumanque. Lo que perdura cuando cae lo material". Vicerrectoría de Extensión, Facultad de Filosofía y Humanidades; Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG), Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, y Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile. Universidad de Chile, 2011
- Badinter, Elisabeth. (1993) "XY. La Identidad Masculina " Ed. Cast.: Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1993.
- Báez R., María Eugenia; Carrasco K., Alfredo; Hernández S., Claudia: "La Violencia en la pareja: ¿Sólo las mujeres son víctimas?" Programa de Diplomado en Salud Pública y Salud Familiar. Módulo I: Tendencias en Salud Pública: Salud Familiar y Comunitaria y Promoción. Osorno, marzo - mayo del 2006
- Barker, Gary y Greene, Margaret E. (2011) "¿Qué tienen que ver los hombres con esto?: Reflexiones sobre la inclusión de los hombres y las masculinidades en las políticas públicas para promover la equidad de género". En *Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género*. Francisco Aguayo y Michelle Sadler (editores) Noviembre 2011. Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Antropología
- Bauer, Arnold, (1994) "La sociedad rural chilena desde la Conquista a nuestros días". Editorial Andrés Bello, Santiago, 1994
- Bengoa, José (1988) "Historia social de la agricultura chilena". Tomo I "El poder y la subordinación". Ediciones Sur, 1988
- Bengoa, José. (1990). *Haciendas y Campesinos. Historia Social de la Agricultura Chilena*, Tomo II. Santiago: Ediciones SUR. Colección estudios Históricos.
- Bengoa, José. (1983) *El campesinado chileno después de la reforma agraria*. [Libro]. Colección Estudios Sociales. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1983; 1ª edición. Obtenido desde: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=105>. [Consultado en: 19-07-2012]
- Bengoa, José (1996) "El Estado desnudo", En: Montecino-Acuña (comp.) (1996) "Diálogos sobre el género masculino en Chile, Santiago, PIEG.
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Reportes Estadísticos Comunales, "Pumanque", Chile, 2012. En: <http://reportescomunales.bcn.cl/index.php/Pumanque>
- Bourdieu, Pierre. (1998) *La dominación masculina*. Anagrama, España, 1998.
- Bourdieu, Pierre, Hernández Rodríguez, Alfonso & Montesinos, Rafael (1998). *La masculinidad: aspectos sociales y culturales*. Abya-Yala Quito.
- Botello Lonngi, Luis (2005). *Identidad, masculinidad y violencia de género Un acercamiento a los varones jóvenes mexicanos* Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Psicología. Madrid, 2005.

- Canales, Manuel. (2005) “La nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos”. N° 12 de la serie Temas de Desarrollo Humano Sustentable “Chile Rural, un desafío para el Desarrollo Humano”. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)
- Cazés, Daniel (1998) Metodología de Género en los Estudios de Hombres. La Ventana, NÚM. 8 / 1998
- Comesaña Santalices, Gloria (2004) "La ineludible metodología de género" publicado en la Revista Venezolana de Ciencias Sociales Vol. 8, núm.1, de Enero-Junio 2004. Vicerrectorado Académico de la Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt, Costa Oriental del Lago, Edo. Zulia, Venezuela.
- Chonchol, Jacques (2006) “Reforma y Contrarreforma Agraria en Chile. Consulta de Expertos en Reforma Agraria en América Latina. Diciembre 2006. Santiago, Chile. Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe.
- Connell, R. W. (1997) "La Organización social de la masculinidad", En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds), Masculinidad/es. Poder y Crisis, Ediciones de las Mujeres N° 24, ISIS Internacional, FLACSO Chile, Santiago. 1997
- De Keijzer, Benno (2001), "Hasta donde el Cuerpo Aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina" En: Cáceres et al. (2001), La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú.(De Keijzer, 2001)
- De Souza Minayo, María Cecilia (1997). El desafío del conocimiento. Investigación cualitativa en salud. Lugar Editorial. Buenos Aires
- Díaz-Romero, Pamela., (2004). “Modernidad, modernización y modernismo”, en: Seminario “El nuevo contrato social para las mujeres en Chile: balance y perspectivas”. Grupo Iniciativa Mujer (GIM) y UNFPA. Chile.
- Faur, Eleonor (2006) “Genero, Masculinidades y Políticas de conciliación Familia-Trabajo” Nómadas (Col), núm. 24, abril, 2006, pp. 130-141 Universidad Central, Bogotá, Colombia <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/1051/105116598012.pdf>
- Faur, Eleonor. (2004). *Masculinidades y desarrollo social. Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. Bogotá: Unicef - Arango Editores.
- Figueroa, Juan Guillermo y Franzoni, Josefina. (2011) “Del Hombre proveedor al Hombre Emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos.” “Aprender a ser mujer, aprender a ser varón. Relaciones de género y educación. Esbozo de un programa de acción”. (2001) Capítulo 3 y 4. Graciela Morgade
- Fuller, Norma (2001) “Masculinidad cambios y permanencias”. Lima: Pontificia Universidad Católica de Perú Fondo Editorial.
- Gómez, Sergio, (1990) "Cambios en la cultura campesina 1965-1990. (Algunas notas)", diciembre 1990, 22 p., FLACSO-Chile, Serie Estudios Sociales, N° 4
- González, Soledad (comp.) Las mujeres campesinas y las transformaciones en el agro chileno", en Relaciones de Género en América Latina, PIEM, El Colegio de México, México.
- González-López, Gloria / Gutmann, Matthew C. (2007) "Machismo" (publicado originalmente en inglés en el “New Dictionary, of the history of ideas” editado por Maryanne Cline Horowitz (Editora en Jefe), Volumen 4 “Maquiavelismo a Frenología” por Charles Scribner’s Sons, 2005.) En: Garda Salas, Roberto; Huerta Rojas, Fernando. (2007) "Estudios sobre la Violencia Masculina" Hombres por la Equidad. Centro de intervención con hombres, e investigación

- sobre género y masculinidades, A.C., México, Distrito Federal, En: <http://www.hombresporlaequidad.org.mx/Violencia.pdf>
- Güell, Pedro E. (1999) "Familia y modernización en Chile" <http://www.desarrollohumano.cl/pdf/pdf2/familia.pdf>
 - Gutiérrez, María Alicia [comp.] Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Buenos Aires 2007. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/gutierrez/>
 - Gutmann, Matthew (1998). "Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad". En Revista La ventana. México: U. de Guadalajara.
 - Guzmán, Virginia & Salazar, Rebeca. (1992) "El género en el debate de las políticas públicas". Ponencia Presentada al II Congreso Nacional de Ciencia Política. Iquique. Noviembre de 1992. Centro de Estudios de la Mujer, CEM. Propositiones 21, 1992
 - Harding, Sandra. (1998). "¿Existe un método feminista?", en E. Bartra (comp.), Debates en torno a la metodología feminista. México: UNAM
 - Helfrich, Silke. "Género, feminismo y masculinidad en América Latina". Ed. Heinrich-Böll-Stiftung. Ediciones Heinrich Böll, 2001
 - Hérítier, Françoise (2007). Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía. 1a. Ed. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica.
 - Hernández Sampieri, Roberto (1998) "Metodología de la Investigación"; Mc Graw Hill, 2ª edición, 1998.
 - Hopman, Jan (2004) "Homosexualidad, culpa y cristianismo" En: Olavarría, José y Márquez, Arturo, eds. Varones entre lo público y la intimidad. IV Encuentro de Estudios de Masculinidades); FLACSO-Chile; UNFPA; Red de Masculinidades -- Santiago, Chile.
 - Instituto Nacional de Estadísticas (INE).Censo 2002 y Proyección de Población 2012.
 - Instituto Nacional de Estadísticas (INE), "Resultados Preliminares Censo de Población y Vivienda 2012", Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Chile, 2012.
 - Jelin, Elizabeth (2005). "Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: hacia una nueva agenda de políticas públicas", Políticas hacia las familias, protección e inclusión social. Santiago de Chile: CEPAL, Naciones Unidas y UNFRA.
 - Kaufman, Michael. (1997), "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres". En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. Masculinidad/es. Poder y crisis. Ediciones de las Mujeres N°24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
 - Kaufman, Michael, (1995) « Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres », en Arango, León, Viveros (comps.), Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino, Bogotá, TM Editores, Ediciones Unidas, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Versión revisada del artículo Men, Feminism, and Mens's Contradictory Experiences of Power, publicado en Harry Brod y Michael Kaufman, editores, Theorizing Masculinities, Thousand Oaks, Sage Publications, 1994, pp. 142-165.
 - Kaufman, Michael (1999) "Las siete P's de la violencia de los hombres". Fundación Mujeres. Toronto, Canadá. Octubre de 1999
 - Lagarde, Marcela.,(1993). Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas presas y locas. Coordinación Gral. de Estudios de Posgrado. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. 2da. Edición.

- Lagarde, Marcela. (1994). "La regulación social del género: el género como filtro de poder, en Antología de la Sexualidad Humana. Tomo I. 1ª. Edición. Ed. Miguel Ángel Porrúa y Consejo Nacional de Población. México, D.F.
- Lamas, Marta (1996): "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género". En: "El Género y la Construcción cultural de la diferencia sexual". México, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.
- León, Magdalena, (1994) "La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina", Capítulo 7, Sección 2., Bogotá,
- Marquès Graells, Pere. (1996) Metodologías de Investigación. Modelo para el diseño de una Investigación Educativa, "A propósito del uso didáctico de un programa multimedia en el aula" Departamento de Pedagogía Aplicada, Facultad de Educación, UAB. En <http://dewey.uab.es/pmarques/edusoft.htm#inicio> Revisado el 10-06-12.
- Marqués, Josep-Vicent. (1997) "Varón y Patriarcado", en: Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds), Masculinidad/es. Poder y Crisis, Ediciones de las Mujeres N° 24, ISIS Internacional, FLACSO Chile, Santiago. 1997
- Mies, María. (1998). "¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista? El debate en torno a la ciencia y a la metodología feministas", en E. Bartra (comp.), Debates en torno a la metodología feminista. México: UNAM.
- Montecino, Sonia (2002) Nuevas feminidades y masculinidades: Una mirada de género al mundo evangélico de La Pintana, Centro de Estudios Públicos N°87,(invierno 2002).
- Montecino, Sonia (2002) "Mujer y género en la historia - Presencia y ausencia - Género y mestizaje en Chile". Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM. Departamento de Antropología, U. de Chile. Propositiones 21, 1992
- Montecino, Sonia; Acuña, María Elena (Compiladoras) (1996) "Diálogos sobre el género masculino en Chile, Santiago, PIEG.
- Montesinos, Rafael. (2002) "Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno". Biblioteca Iberoamericana de Pensamiento, Gedisa, Barcelona, 2002.
- Morgade, Graciela (2001) "Aprender a ser mujer, aprender a ser varón. Relaciones de género y educación. Esbozo de un programa de acción". Capítulo 3 y 4.
- Olavarría, José. (2006a) "Género y masculinidades. Los hombres como objeto de estudio". En *Persona y Sociedad*. Volumen XIX /N° 3/ Diciembre 2005, pp 141-161.
- Olavarría, José (2006b) Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina. En Gloria Careaga y Salvador Cruz Sierra, Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía. México: UNAM.
- Ortega Hegg, Manuel; Castillo Venerio, Marcelina (2005) "Masculinidad y factores socioculturales asociados al comportamiento de los hombres frente a la paternidad en Centroamérica . -- 1a ed. -- Managua:UNFPA- CEPAL, 2005.
- Pérez Nasser, Elia (2010) "Dificultades y construcciones en la configuración de las identidades masculinas Nahuas de tres generaciones de hombres de la sierra norte de Puebla: Estudio de caso". Memoria para optar al grado de doctor. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de ciencias políticas y Sociología. Departamento de Antropología Social. Madrid, 2010
- Rebolledo, Loreto. (1997) Las mujeres rurales en el contexto de la modernización agraria. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Revista Anales, Sexta serie, N° 5, Universidad de Chile, octubre, En: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/2987/2865>

- Ruiz Cantero, María Teresa (s/a) El enfoque de género en la investigación y la difusión del conocimiento. - [Universidad de Alicante] – en “Programa de Formación de Formadores/as en Perspectiva de Género en Salud”
- Salazar, Gabriel. Labradores, peones y proletarios (Siglo XIX). (1989) [Libro]. Colección Estudios Históricos. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1989; 2ª edición. Obtenido desde: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=233>. [Consultado en: 16-07-2012]
- Seidler, Víctor (2006) “Masculinidades, hegemonía y vida emocional” en: Careaga y Cruz Sierra. (Eds.), Debates sobre masculinidades. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México- PUEG
- Scott, Joan W. (1996) "El género: una categoría útil para el análisis histórico" En: Lamas Marta Compiladora. El género: la construcción cultural de la diferencia sexual. PUEG, México.
- Sharim, D. (2005). La identidad de género en tiempos de cambio: Una aproximación desde los relatos de vida. Psyke, 14.
- Tinsman, Heidi (2009) La tierra para el que la trabaja: Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria Chilena. Santiago de Chile, Editorial LOM, 2009.
- Torres Rivera, oscar; GEA (Grupo de Estudios Agro- Regionales) (S/a.); Plataforma Rural por la Tierra; Chile Treinta Años. "La Reforma Agraria de Chile", CEME- Centro de Estudios Miguel Enriquez- Archivo Chile. S/a.
- Tovar Guerra, Claudia; Pavajeau Delgado, Carol. (2010) “Hombres en situación de desplazamiento: transformaciones de la masculinidad” Revista Nº 36. Agosto de 2010 En: <http://res.uniandes.edu.co/view.php/653/view.php> Revisado el 11-06-12.
- Valdés, Ximena; Rebolledo, Loreto; Willson, Angélica. (1995) “Masculino y Femenino en la hacienda del siglo XX”. FONDART - CEDEM Santiago de Chile.
- Valdés, Ximena y Araujo, Kathya. (1999) Vida privada, modernización y modernidad. Ediciones CEDEM, Santiago. Págs. 301.
- Valdés, Ximena. (1998) “Temporeros y temporeras de la fruta. Modernización del agro y cambio en las relaciones sociales de género. En Revista Proposiciones No 28. Ediciones SUR. Santiago, de Chile.
- Valdés, Ximena. (2000) Masculinidad en el mundo rural: realidades que cambian, símbolos que permanecen. En: “Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia”. Ediciones. Flacso, Santiago, de Chile, 2000.
- Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds),(1997) "Masculinidad/es. Poder y Crisis", Ediciones de las Mujeres Nº 24, ISIS Internacional, FLACSO Chile, Santiago. 1997
- Viveros, Mara; Olavarría, José y Fuller, Norma (2001) "Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina". Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales. Julio 2001.
- Zapata Galindo, Martha. (2001) "Más allá del machismo. La construcción de masculinidades". En: "Género, feminismo y masculinidad en América Latina" Ediciones Böll. Octubre de 2001, El Salvador.

Páginas Web:

- Memoria Chilena® (2004) “La hacienda(1830-1930)” En: [http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=lahacienda\(1830-1930\)](http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=lahacienda(1830-1930))

- Memoria Chilena® (2004) "La reforma agraria(1962-1973)" En: [http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=lareformaagraria\(1962-1973\)](http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=lareformaagraria(1962-1973))
- Red de Masculinidad. En: <http://www.eurosur.org/FLACSO/masculinidad.html> Revisado el 11-06-12.
- Rojas Flores, Jorge. (2004) "Los trabajadores chilenos desde la colonia hasta 1973". Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, [en línea] <http://www.bibliotecaobrera.cl/wp-content/uploads/2008/10/los-trabajadores-chilenos-desde-la-colonia-hasta-1973-jorge-rojas-flores.pdf> [Revisado en: Julio de 2012]
- Observatorio Social,"Reporte Comunal Comuna de Pumanque Primer Semestre 2012" Ministerio del Desarrollo Social. Gobierno de Chile. 2012. Revisado el Febrero-2012. http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/indicadores/pdf/comunal_general/ohiggins/PUMANQUE.pdf
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Región de O'Higgins, "División Político Administrativa y Censal: Región del Libertador General Bernardo O'Higgins", Chile, 2007 Revisado el Febrero 2012. En: <http://www.ineohiggins.cl/archivos%5Cfiles%5Cpdf%5CDivisionPoliticoAdministrativa%5Cohiggins.pdf>
- Reinhold, Barbara. (2013) El estereotipo del "macho argentino" Revisado el 18-02-13. En: http://www.clarin.com/mundos_intimos/estereotipo-macho-argentino_0_868113327.html

Decretos Ley:

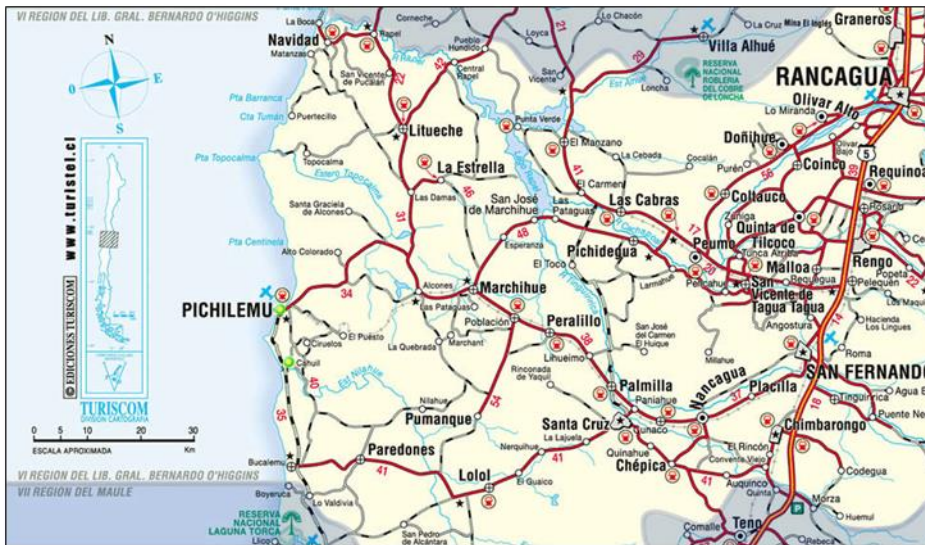
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. "Decreto con Fuerza de Ley 8582. DECRETO QUE FIJA LA NUEVA DIVISION TERRITORIAL DE LA REPUBLICA." Fecha Publicación: 28-01-1928; Fecha Promulgación: 30-12-1927; Inicio Vigencia: 01-02-1928. Organismo: MINISTERIO DEL INTERIOR. URL :<http://www.leychile.cl/N?i=5656&f=1928-02-01&p=>

Videos/Documentales:

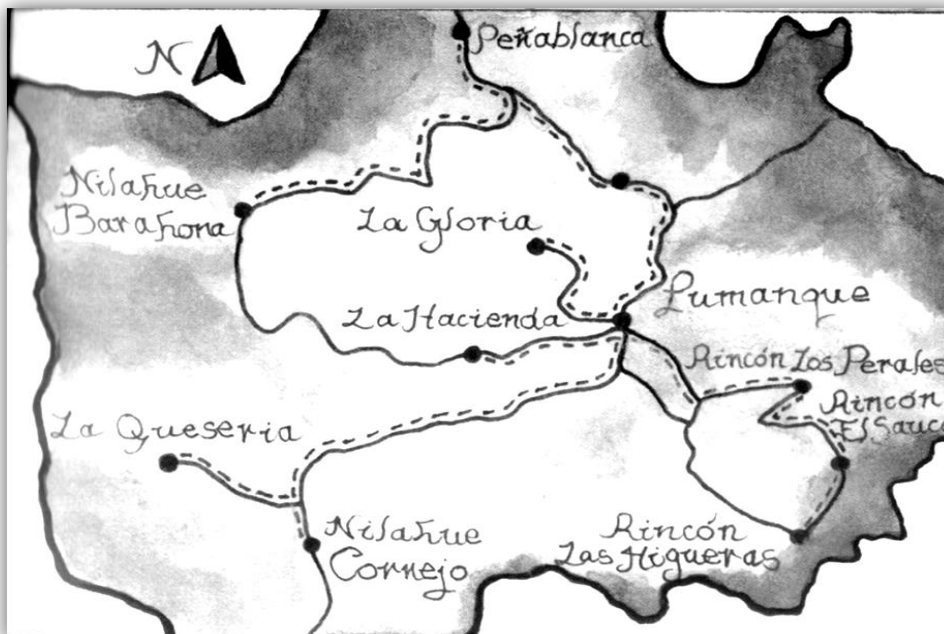
- Cabrera Barraza, Laura. Documental: "Memoria de Pueblo Chico". 2009. En: <http://vimeo.com/32842520>

F. ANEXOS

Anexo 1: Mapa de la Localidad y sus Alrededores.



Mapa Turístico de la VI Región del Libertador General Bernardo O'Higgins 2004.
<http://www.turismovirtual.cl/vi/vi.html>



Fotografía Sacada del libro: "Pumanque. Lo que perdura cuando cae lo material".
Universidad de Chile, 2011

Anexo 2: Fotografías de la Localidad de Nilahue.

Partido de futbol en el Estadio de Nilahue Cornejo



Funeral en la localidad de Nilahue



Iglesia y Escuela de Nilahue



Casas y terrenos de Nilahue



Almacén de Nilahue



Temporeros en Nilahue



Trilla en Nilahue



Anexo 3: Pauta Entrevista En Profundidad en Hombres Rurales. Construcción Biográfica

<p>1.- Identidad de genero</p>	<p>¿Qué es ser un hombre de campo? ¿Qué cree que identifica a los hombres de este sector que los diferencia de los ciudadanos? ¿Cómo era ser hombre de campo en los tiempos de su padre? ¿Cuánto ha cambiado hasta ahora? ¿Siente que se está perdiendo la identidad del hombre rural?</p>	
<p>2. Construcción identitaria. Relaciones y diferenciaciones de género en la Masculinidad:</p> <p>Relación madre/hijo padre/hijo</p>	<p>Relaciones parentales en la infancia, adolescencia y adultez. ¿Recuerda como era su relación con su padre y su madre? ¿Su madre trabajaba? ¿Qué opina de eso? Como era su padre, con su madre, con los hijos, con los amigos, con los patrones. Idem con la madre. Donde nacieron, donde vivieron, causas de los traslados</p> <p>¿Recuerdos sobre la Distribución del cuidado y trabajo doméstico y del trabajo fuera del hogar? ¿Actualmente, cómo se relaciona con sus padres (si es que aún están vivos)?</p>	
<p>Relación pares: Ritos de iniciación y de paso /homosociabilidad</p>	<p>-La masculinidad en la infancia. <i>Experiencias de juegos. Deberes y castigos. Hitos. Consejos y recuerdos importantes.</i> ¿Cómo fue su infancia?, ¿Hay algún suceso de tu infancia que consideres que te marcó y ha tenido algún impacto en cómo es hoy? ¿Qué quería ser cuando se imaginaba grande? ¿Recuerda cómo era su relación con sus hermanas y hermanos? ¿Qué cosas hacía con ellos? ¿Qué cosas le enseñaban sobre cómo debía ser un hombre de campo? ¿Qué cosas hacían sus hermanos que no hacían sus hermanas? ¿Era difícil la infancia en ese periodo? Que le decía su padre sobre cómo debe ser un hombre. Qué cosas hacía con él. Qué cosas aprendió de él. Qué cosas importantes rescata de él en su modo de ser (trabajador, padre o marido)</p> <p>-La masculinidad en la adolescencia. <i>Paso de niño a joven. Diferenciación femenina.</i> ¿Qué trabajos o colaboración tenía que hacer en la casa? Tenía que ayudar a su padre , en qué</p> <p>Su experiencia escolar, ¿cómo fue?, ¿Hasta qué curso llegó? Si abandonó, ¿por qué tuvo que hacerlo? ¿Cómo era como estudiante?, ¿cómo era la relación que tenías con sus compañeros?, ¿y con sus profesores?, Cómo se relacionaban niños y niñas? ¿Cómo era su grupo de amigos? ¿Quién era el líder de ese grupo? ¿Cómo era? ¿Había excluidos del grupo? ¿Había Deportes diferentes para jóvenes mujeres y hombres?</p> <p>¿Tenía amigas? ¿Qué pasaba con los homosexuales? ¿Afeminados?</p>	

	<p>¿Cómo era el trato entre los hombres? Como se divertía con sus amigos. (Primera borrachera con quien (¿amigos, padre, hermanos?)</p> <p>Su primera mujer. ¿Cómo fue la conquista? ¿Hubo otras? ¿Qué le decía su padre respecto a eso? ¿Su primera vez?*</p> <p>-Volverse adulto. <i>Paso de niño a hombre. Relaciones y trabajo. Comparación con las mujeres.</i></p> <p>El primer trabajo. ¿En que fue? ¿Cómo lo aprendió? ¿Dónde trabajo?¿Qué significaba trabajar para ud.? ¿Cómo lo consiguió? ¿Era pesada la carga de trabajo? ¿Había otros hombres? ¿Cómo era el trato? ¿Y las mujeres donde estaban? ¿Qué hacían? En qué gastaba su sueldo</p> <p>¿Cómo se divertían? (Fiestas, juegos) lugares de diversión ¿las mujeres participaban?</p> <p>¿Estuvo desempleado? ¿Cómo se sintió?</p> <p>¿Cómo asume la tensión entre la responsabilidad y pasarlo bien?</p> <p>Actualidad</p> <p>¿Qué hace en sus tiempos libres? forma parte de algún grupo; futbol, iglesia, música, junta de vecinos, club de huasos, centro de padres otro)</p> <p>¿Cómo se divierte? ¿Dónde? ¿Con las mujeres o solo hombres?</p>	
<p>3. Genero, Familia y División del Trabajo</p>	<p>¿Pensaba en formar familia? Qué pasó con los tiempos destinado a la diversión de hombres? Cómo y donde conoció a su pareja</p> <p>¿Se casó o conviven? ¿Quién tomó esa decisión? ¿Cómo fue ese momento? ¿Cómo era la Distribución del cuidado y trabajo en la casa y del trabajo fuera del hogar?</p> <p>¿Su mujer trabajaba? ¿Cómo fue su ingreso al mundo del trabajo?</p> <p>¿Las relaciones cambiaron? ¿Quién tiene las responsabilidades económicas? quien maneja el dinero ¿Quien toma las decisiones?</p> <p>¿Esto era igual con sus padres?</p> <p>Recuerdo Casas en el Pasado (Huerto, Tecnología) Y relacionar con casas en la actualidad: Tenencia de Tierra (hombre o mujer) y sus cambios (rural a urbano)</p>	
<p>4. Sexualidad, prejuicios, estereotipos, discriminaciones.</p> <p>Control de natalidad y planificación familiar.</p> <p>5. Las relaciones de</p>	<p>¿Qué cree que buscan las mujeres en un hombre?¿Y qué tipo de mujer busca ud.?</p> <p>¿Cómo se regula la cantidad de hijos y cómo se cuidan para no tener más?**** ¿Hubo situaciones de o celos?**** ¿Tenía otras mujeres por ahí? ****¿Tuvo otros hijos fuera del matrimonio?</p> <p>¿Cuál es la ventaja de ser hombres y cuál es la ventaja de ser mujer en este lugar?</p>	

<p>poder y violencia en la familia.</p> <p>6. Machismo.</p>	<p>¿Hay decisiones que siente que hubiese gustado tomar en ese periodo y no hizo?, ¿cuáles?, ¿por qué?</p>	
<p>5. Trabajo, violencia y Autoridad en las Haciendas y en la Actualidad.</p>	<p>EPOCA HACENDAL:</p> <p>-Condiciones laborales</p> <p>¿Cómo era/es la relación con el patrón? Que opinaba de él? ¿Cómo eran las condiciones de trabajo? ¿Cómo eran los espacios y tiempos de descanso y diversión en la hacienda?</p> <p>Dictadura Militar</p> <p>¿Cómo cambio la vida de su pueblo, de su familia y de ud.?</p> <p>-ACTUALIDAD</p> <p>¿Cuál es su ocupación actual? ¿Cómo evalúa las relaciones laborales actuales? ¿Cómo son los espacios y tiempos de dispersión en la hacienda?</p>	
<p>7. Proveedor y padre: Rol, imposición, Hijos, autoridad paternal</p>	<p>-Paternidad</p> <p>¿Es padre? ¿Qué significa para ud. ser padre? ¿Cuáles son sus responsabilidades? ¿Cómo es su relación con sus hijos? ¿Qué edad tienen? ¿Se parece a la relación que tenía con su padre? ¿Cómo ejerce su autoridad? ¿Cómo la ejercieron con ud.? ¿Y la madre? ¿Cómo se relaciona con ellos? ¿Siente que se sacrificaron algunas cosas?</p> <p>-Los nuevos padres estas preguntas se pueden aplicar para preguntar por el ser marido o conviviente en el tiempo actual</p> <p>¿Podría establecer una diferenciación con las viejas formas de ser padre? (autoridad, roles compartidos, afectividad, violencia, libertades, esfuerzos, responsabilidades, conciencia, etc.) ¿Cual le parece que es mejor? ¿Cuál cree que es el rol del hombre y de la mujer en la familia? ¿Y fuera de ella?</p> <p>Para jóvenes...</p> <p>¿Cómo te ves cómo padre? ¿Qué cosas cambiarías respecto a cómo fue tu padre contigo?</p> <p>Relacionar con Música, Vestuario.</p>	
<p>2. Importancia de lo político. Movilización de hombres. Participación</p>	<p>-Movilización Laboral y Reforma Agraria.</p> <p>¿Cómo fue su participación o que le contaron de esa época? ¿Militaba en algún partido? ¿Qué significaba participar en ellas? ¿Qué consecuencias tuvo? ¿Qué cosas se lograron?</p>	

<p>de mujeres. Sindicatos. Mutualismo, centros de madre. Movilización femenina, Lucha por la tierra. (Reforma, contrarreforma, nuevas formas)</p>	<p>¿Cuál era la participación de la mujer? ¿Hubo hombres que no participaron? ¿Por qué? ¿Qué opinión tenían de ellos? ¿Cómo se repartieron las tierras? ¿Quiénes quedaron como dueños?</p> <p>-Dictadura Militar ¿Qué edad tenía para el golpe militar? ¿Qué estaba haciendo en ese momento? ¿Cómo afectó la vida de su pueblo, de su familia y de ud.?</p> <p>Actualidad ¿Participa de alguna organización, sindicato, club o algo similar? ¿Quiénes participan con ud.? ¿Las mujeres se organizan de alguna forma? ¿Qué le parece esto?</p>	
<p>8. El Cambio en la conformación identitaria</p>	<p>Reflexiones de Vida ¿Le parece mejor la época adulta o infancia juventud? ¿Cuál considera entre su presente y el presente de sus padres que es mejor y por qué? ¿Que espera para sus hijos y para sus hijas</p> <p>Para jóvenes... ¿Qué opinan hoy en día tus familiares respecto de lo que estás haciendo?, ¿te apoyan?, ¿Tienes familiares de tu edad que también hayan optado por hacer otras cosas? ¿Estás satisfecho con lo que estás haciendo actualmente?, ¿qué cosas cambiarías de tu vida? ¿Qué es para ti ser joven?, ¿hasta cuándo crees que una persona es joven? ¿Cuál es la ventaja de ser hombres y cuál es la ventaja de ser mujer en este lugar? ¿Crees que las cosas van a cambiar mucho en un futuro? ¿Qué te gustaría que cambiara? ¿Cuáles mantendrías intactas?</p>	

Anexo 4: Matriz para la Observación en Terreno Tesis

Dimensión	Indicadores	Observaciones
Descripción del Espacio	<ul style="list-style-type: none"> - Levantamiento de lo físicamente relevante. - Rutas de Acceso. carta geográfica - Proyectos Estatales actuales. - Elementos del Paisaje Natural y Cultural (Vegetación, usos del Suelo, caminos pavimentados, tipos de Casas y otras estructuras, Centros Comerciales cercanos, elementos que demuestren niveles socioeconómicos - Relaciones entre ciudades y pueblos cercanos. - Existencia de Actividades económicas propias - Autoridades Locales, oficinas regionales y gubernamentales. 	
Actores sociales, organizaciones y movimientos sociales. Identidades locales y características socioculturales.	<ul style="list-style-type: none"> - Costumbres en escenarios y tiempos diferenciados. - Vestimentas y elementos identitarios. - Niveles de organizaciones y sus relaciones - Caracterizaciones, categorizaciones, descripciones, interpretaciones del “otro”. - Establecer un discurso social sobre la identidad rural y su historia - Creencias predominantes. - Lenguajes y conceptos característicos. - Simbologías utilizadas - Diferenciaciones socioeconómicas (apellido, genealogía, familias) - Tipos de Parentesco, sistemas sociales y políticos 	
Actividades públicas y Privadas	<ul style="list-style-type: none"> - Rutinas y Prácticas laborales, domesticas, políticas y sociales. - Uso del espacio diferenciado. - Actividades laborales. - Subsistencia y sistemas económicos - Caracterización y categorización del comportamiento en diferentes espacios particulares. - Relaciones sociales específicas entre actores distintos - Cambios en Conductas según temporalidad y espacios (festivos y comunes) - Acontecimientos particulares 	
Descripción de las Interrelaciones de Genero, definiciones de roles femenino masculino	<ul style="list-style-type: none"> - Relaciones sociales específicas entre actores distintos - Caracterización y categorización del comportamiento en diferentes espacios particulares. - Uso del espacio diferenciado. 	
Configuraciones y transformaciones sociales, económicas y culturales.	<ul style="list-style-type: none"> - Procesos de “globalización” y su manifestación en poblaciones con economías domésticas. - economías domésticas y sus articulaciones a los sistemas socio económicos dominantes - movilidad poblacional 	